

LOS SIETE RAYOS

ESTUDIO TEOSÓFICO
POR
ERNEST WOOD

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

ORIGEN DE LOS RAYOS

- I. La columna de Luz
- II. Conciencia
- III. La potencia del pensamiento
- IV. La potencia del amor
- V. La potencia de la voluntad
- VI. Materia, energía y ley
- VII. Lo divino y lo material
- VIII. Armonía
- IX. Los siete principios
- X. Relaciones recíprocas.

SEGUNDA PARTE

LOS SIETE RAYOS

- XI. El primer rayo
- XII. El segundo rayo
- XIII. El tercer rayo
- XIV. El cuarto rayo
- XV. El quinto rayo
- XVI. El sexto rayo
- XVII. El séptimo rayo
- XVIII. Cuadro sinóptico de un maestro

TERCERA PARTE

UTILIDAD Y PELIGRO DEL CONOCIMIENTO DE LOS SIETE RAYOS

- XIX. El rayo individual
- XX. Progreso sin peligro
- XXI. Etapas del conocimiento de sí mismo

Tabla de los principales términos sánscritos usados en esta obra.

Primera parte

Origen de los rayos

Capítulo I

La columna de luz

Al escribir este libro y exponer las que espero que sean, claras ideas acerca de los Rayos, no veo medio de prescindir de ciertas materias de abstracto carácter y sobre todas ellas la referente a la afirmación de la universalidad de Dios o Brahman, a Quien algunos consideran como si estuviera lejanísimo, en un plano superior y en lugar allende de nuestra visión. Lo cierto es que Sachchidananda Brahman (1) está ante nosotros y diariamente con nosotros.

Si analizamos el mundo de nuestra experiencia lo vemos compuesto de tres partes: La primera es una gran masa de objetos de toda clase, materiales en todos los planos, aún en los superiores. En segundo lugar hay un vasto número de seres vivientes con diversos grados de conciencia. En tercer lugar se ve cada cual a sí mismo.

La primera de estas tres partes es el mundo de *sat* o existencia: la segunda, el de *chit* o conciencia: la tercera el de *ananda* o felicidad, el verdadero ser.

Se comprenderá esto mejor si recordamos la historia de la gran columna de Luz. El excelso *ser Narayara, Vishnu*, alma y vida del universo, el de mil ojos y omnisciente, estaba reclinado en su lecho, el cuerpo de la enorme serpiente *Shesha o Ananta*, el tiempo sin fin, que yacía enroscada sobre las aguas del espacio, porque era la noche de la existencia. Entonces, *Brahma*, el gran creador del mundo de la existencia, llamado *sat*, llegase a *Vishnu*, y tocándole con la mano, le dijo: “¿Quién eres?”. Suscitóse entre ambos un debate respecto a quien era el mayor, y mientras proseguía el debate, con riesgo de enconarse, apareció ante ellos una gran columna de fuego y luz, incomparable e indescriptible, que dejó atónitos a los contendientes hasta el punto de que dieron de lengua a su disputa y convinieron en buscar los extremos de tan admirable columna. *Vishnu* la estuvo explorando hacia abajo durante mil años sin encontrar la base, y *Brahma* la estuvo explorando hacia arriba también mil años sin encontrar el capitel. Ambos volvieron contrariados. Entonces *Shiva*, cuya naturaleza es *ananda*, surgió ante ellos y explicóles que los dos eran uno en él, su Superseñor, la columna de luz, que era tres en uno; y que en futura edad, *Brahma* nacería de *Vishnu* y que *Vishnu* lo criaría hasta que al fin de la edad ambos volverían a ver a su Superseñor.

Algunos se figuran que ascendiendo hallarán a Dios, pero la verdad es que aunque descendieran de su presente estado y buscaran durante mil años no podrían encontrarle fin. Esto no significa que Dios esté aquí, pero invisible y desconocido de nosotros, sino que está aquí, visible y conocido, porque el mundo que vemos es Su *sat* y la conciencia por la cual conocemos al mundo visible es Su *chit* y el yo que no podremos menos de reconocer en nosotros es su *ananda*. Cada uno de nosotros está en aquella columna de luz, doquiera se mueva en el espacio de la existencia o doquiera vaya en el tiempo de la conciencia. Nadie puede escapar de estas tres realidades. Nadie puede decir: “yo no soy” ni “soy inconsciente” ni dejar de conocer el mundo exterior de la existencia. Aunque hay millones

(1)El término Brah man, que es neutro, se aplica en conjunto a la trinidad de Shiva, Vishnu y Brahma, mientras que Brahma es masculino y corresponde al tercer miembro de dicha trinidad.

de mundos en los mundos y seres en los seres, por doquiera están presentes *sat*, *chit* y *ananda*, y por doquiera son uno.

Las cosa que vemos, tocamos, gustamos, olemos y oímos son *sat*, verdadera existencia, y que en este reino de la existencia nadie escapará de aquello en que todos confiamos, el testimonio de los sentidos, aunque su clarividencia se extienda por todos los posibles planos de la columna de la luz.

El Universo Dios, el *Sachchidananda Brahman* no está compuesto del conjunto de las tres realidades *sat*, *chit* y *ananda*, sino que Aquello(1) se difunde en el espacio y en el tiempo, en lo que llamamos manifestación, donde y cuando las cualidades del *sat* y *chit* se actualizan entre los misteriosos cambios cíclicos que se suceden en la vida de la eternal superexistencia.

EL UNIVERSO DIOS						
BRAHMA SAT El mundo objetivo			VISHNU CHIT El mundo de la conciencia			SHIVA ANANDA (El Yo, la vida real)
T	R	S	K	J	I	Representado
a	a	a	r	n	c	
m	j	t	i	a	h	por
a	a	t	y	n	c	
s	s	w	a	a	h	Maya
		a			a	
7	6	5	3	2	1	4

(1)Se necesitaría un nuevo pronombre que expresara los tres géneros masculino, femenino y neutro, y sin embargo, tuviese forma de numero singular.

CAPÍTULO II.

CONCIENCIA

En los libros hinduistas y teosóficos los términos *ichchha*, *jnana* y *kriya* indican los tres constituyentes esenciales de la conciencia. Dichas palabras se traducen usualmente y con toda exactitud por *voluntad*, *sabiduría* y *actividad*; pero no se comprenderá el significado de estas palabras traducidas a menos que se tenga en cuenta que únicamente se refieren a estados de conciencia.

Estos tres estados de conciencia relacionan al individuo con los tres mundos: la voluntad con el del Yo; la sabiduría con el de la conciencia; y la actividad con el de las cosas y seres existentes. Por lo tanto *jnana* o la sabiduría es la genuina esencia de la conciencia.

Al darnos cuenta de la vasta extensión de estos tres estados, advertimos la deficiencia de sus nombres traducidos, que denotan principalmente el aspecto positivo o externamente operante de cada uno de los estados. La conciencia es siempre doble, por lo receptiva y vigilante, y por lo activa e influyente, es decir, que posee potencias y facultades. Cada uno de los tres estados es a la par una potencia y una facultad.

Ichchh es la conciencia del Yo y también la potencia de la voluntad.

Jnana es la conciencia de los demás seres y también la potencia del amor.

Kriya es la conciencia de las cosas y también la potencia del pensamiento.

Nunca puede verse la conciencia en ningún plano, ni aun con toda clase de clarividencias.

Solo puede verse la existencia.

Pero la conciencia puede experimentarse y desde luego la experimenta todo ser conciente.

Consideremos que por muy espléndido que entre la relatividad de las cosas sea el aspecto esencial de un *jivatma* o ser viviente en los planos superiores todavía pertenece al mundo de la conciencia o *sat*.

Además, la conciencia no está sujeta en tiempo ni en plano alguno a las limitaciones de *sat*; o dicho de otro modo, aunque a riesgo de mala interpretación, puede estar y está la conciencia a un mismo tiempo por doquiera, y no necesita atravesar el espacio para trasladarse de un punto a otro. Únicamente recorre el tiempo.

Si, por ejemplo, le digo a un individuo que se traslade de un lugar a otro, y después del traslado le pregunto: ¿Qué estaba usted haciendo?..¿Se movía usted?” debía esperar a que me respondiese: “ No, yo no me movía.” Y si apurando mas la materia le pregunto: “Pues entonces, ¿Qué hacia usted”?, me habría de responder: “Estaba pensando: estaba percibiendo el movimiento del cuerpo.”

Únicamente por el resultado de la percepción sensoria conoce el ser humano la posición y movimiento de su cuerpo.

Cuando un viajero va echado en el coche cama por la noche y el tren marcha suavemente, no sabe si la dirección del movimiento va en sentido de su cabeza o de sus pies; pero al recorrer las cortinillas de las ventanas, la vista de los objetos exteriores que parecen pasar velozmente, le da a entender y de ello infiere que el tren marcha en sentido de su cabeza, y entonces transmite a su cuerpo las imaginadas sensaciones de movimiento en dicho sentido.

Una vez comprendida y recordada esta libertad de las limitaciones de espacio, de que goza la conciencia, será posible tener idea de la naturaleza de la voluntad, sabiduría y actividad como operaciones de la conciencia.

Cuando los hombres hablan de Dios, no piensan por regla general en el Dios universal, a Quien he aludido, sino a un ser a Quien consideran como la suprema conciencia de nuestro sistema solar. Es una conciencia de la que todos participamos, no en el sentido de que entre nosotros se divida, sino en el de que de ella participamos con El.

Esta gran conciencia, llamada Logos solar por los teósofos, posee las tres potencias de voluntad, sabiduría y actividad. Esencialmente es Vishnu, pero Su voluntad lo pone en contacto con Shiva y Su actividad con Brahma. Sin embargo estos aspectos de Vishnu, se han llamado también Shiva, Vishnu y Brahma; y aunque estas personificaciones sean impropias, las menciono porque necesito referir la historia de la creación de Su mundo por nuestro Vishnu.

Ante todo vino Brahma a gobernar el poder creador o divina actividad. Para comprensión de los hombres, refieren los libros que Brahma efectuó su obra sentado en meditación, y que según meditaba iban tomando forma los mundos por el poder de Su pensamiento. Tal fue su actividad. Después entró Vishnu en el mundo material, hinchándolo de su vida; y Shiva fue su superexistencia con el poder del Yo.

El genuino Brahma trasciende la conciencia; pero el Brahma a que nos referimos no la trasciende, sino que tan solo es la personificación de Kriya de nuestro Logos solar.

He relatado esta historia con el exclusivo objeto de demostrar que la actividad creadora no fue acción con manos y pies en el espacio, sino lo que llamamos pensamiento. La potencia de Kriya toca la materia del espacio en el mundo de la existencia y le da forma con su influencia.

CAPÍTULO III

LA POTENCIA DEL PENSAMIENTO

Lo que es verdad respecto de las tres potencias o estados de la conciencia de Vishnu, lo es también respecto de la conciencia humana porque todas nuestras potencias son parte de la gran conciencia de Vishnu, así como la materia de nuestro cuerpo con todas sus propiedades está tomada del vasto océano de *sat* o existencia.

Lo que el pensamiento es en Vishnu es Su actividad en el hombre.

También es doble esta actividad, tanto si la consideramos en el Ser universal o en el aparentemente particular. Está en la facultad de discernimiento que sigue a toda percepción. Nadie recibe pasivamente. No hay pasiva recepción de modificaciones de conciencia, y toda percepción es un acto de la misma índole que el de asomarse a una ventana para ver quien pasa. Las cosas del mundo nunca entrarán exabruptamente o de sopetón en la conciencia de nadie; pero cuando la conciencia está en actividad se abre a la perfección de las cosas, y podemos percibir las en su aspecto negativo o en su aspecto positivo, de suerte que cada pensamiento entraña el poder creador en el mundo de las cosas, el mismo poder que el pensamiento de Brahma solar ejerció en el principio del mundo.

Esta verdad respecto de la actividad y la acción resuelve el problema que conturba a tantos estudiantes del Baghavad Gita.

En el mundo occidental predomina una espantosa confusión sobre las relaciones entre la voluntad y el deseo, con muchas controversias respecto de cual de ambos opera en el cuerpo y lo mueve a la acción. La respuesta a este problema es que ni la voluntad ni el deseo operan directamente en el cuerpo. La única potencia que influye en las cosas es el pensamiento o Kriya. Por medio de kriyashkti o poder del pensamiento se construye el cuerpo y se efectúan todas sus actividades no reflejas.

Prueba de ello es que al tomar la pluma para escribir lo hacemos por virtud del pensamiento. Quien observe nuestra acción verá que tomamos la pluma con la mano, pero el pensamiento movió la mano.

La Psicología occidental recibió un vislumbre de esta verdad con la teoría de Emilio Coué según la cual cuando en la mente humana hay un conflicto, una lucha entre la voluntad y el pensamiento (1) siempre vence el pensamiento. Así es, en efecto, si consideramos los resultados de la acción y también si tenemos en cuenta que la palabra “voluntad” está impropriamente empleada por Coué. La teoría es verdadera, pero toscamente expuesta.

Muchos ejemplos podrían aducirse para esclarecer vividamente esta idea. Uno de los mas expresivos es el sugerido por lo que le sucedió a un negociante de automóviles de Los Ángeles, quien tenía la costumbre de enseñar a conducir el coche al que se lo compraba. Hubo un comprador que en consecuencia estaba aprendiendo a conducir el automóvil, y tardó largo tiempo en dominar la conducción porque le obsesionaban los postes del telégrafo, como a muchos les suele ocurrir en semejantes circunstancias. Salía nuestro hombre de mañana temprano por el mejor camino que podía hallar solitario, guiando vacilantemente el automóvil, con la vista puesta en la calzada y sin acordarse de los postes telegráficos, hasta que en un recodo vió uno; y dijo para sí: “Espero que no voy a chocar

(1) Lo que está representado en la mente

contra ese poste. He de evitarlo”. Pero según iba repitiendo este soliloquio, el pensamiento del poste iba creciendo en su mente hasta ocuparla por completo sin dejar sitio para el pensamiento de la calzada. Entonces manifestóse notoriamente el poder del pensamiento, porque la idea del poste ocupaba su imaginación, llenaba su mente y dominaba sus acciones, aunque vivamente deseaba no chocar contra él. Sus manos, antes inseguras, se agarraron firmemente al volante y con la precisión de un experto automovilista se hubiera dirigido derechamente hacia el temido poste, si por fortuna no tuviera a su lado al instructor en la guía, pues de lo contrario, cabe dudar si hubiese tenido la suficiente serenidad de ánimo para detener el coche antes del encontronazo.

Este ejemplo demuestra el poder que sobre el cuerpo ejerce una firme y clara imagen mental, y cuán posible es emplearlo para mantenerlo o recobrar la salud, como afirma Coué.

También se nota este poder en muchas otras circunstancias desconocidas de la generalidad de las gentes.

Clarence Underwood, el conocido pintor norteamericano de anuncios comerciales, entre ellos el de una fábrica de jabones, en el que figuraban varias niñas escolares con diversidad de coloración de tez, nos muestra cómo el poder del pensamiento modeló el rostro y aspecto de una hija suya.

Dice a este propósito:

“Hace algunos años, cesé de pronto de pintar el tipo de mujer rubia, que había prevalecido en mi obra, y me puse a pintar una muchacha morena. Me preguntaban la gente que quién era y en verdad no sabía decírselo, porque no era ciertamente el modelo de que me servía ni tampoco una combinación de varios modelos. Era única y al menos para mí, un tipo ideal. Mi hija Valeria, a la sazón de seis años de edad, enamoróse intensamente de aquel moreno rostro de muchacha, y con frecuencia entraba en el estudio, para desde detrás de mi silla observar atentamente mi labor, y protestó vivamente cuando al yo descubrirla le ordené que se marchara.

Durante años pinté aquel mismo rostro con leves variaciones; y al cumplir Valeria 21 años, era la viva imagen de aquel rostro que yo había pintado tantas veces muchos años antes. Comprendí que esta semejanza era el resultado del amor y admiración que mi hija sintiera al ver la pintura de mi ideal modelo. Antiguos amigos míos notaron también el asombroso parecido, aunque en la época en que yo pinté aquel rostro, Valeria era una niña sin la menor semejanza con la pintura. Sus facciones fueron cambiando de conformidad con las del pintado rostro del que se había enamorado, y lo mismo puede sucederle a cualquiera otra muchacha.

La joven norteamericana de hoy día, está mas cercana al resultado del ideal artístico, de lo que ella misma se puede figurar.”

La creencia en el poder del pensamiento, y especialmente en la adquisición de la belleza corporal por el pensamiento en la belleza artística, se está difundiendo ampliamente por los Estados Unidos, y no es extraño que algunos famosos artistas de este país, consideren que al producir hermosas pinturas del rostro y del cuerpo humano, desempeñan parte importantísima en el rápido desenvolvimiento de una nueva y espléndida raza nacional. Sus pinturas están muy bien tipografiadas y circulan por centenares de millones en los ejemplares de las revistas ilustradas y en los magníficos carteles y anuncios del país, porque la belleza artística ha conquistado un positivo y permanente lugar en el comercio

norteamericano. Los jóvenes de uno y otro sexo, y a veces también los viejos, contemplan aquellas cromografías y anhelan “ser como ellas”.

Dice Harrison Fisher que cuando una jovencita admira un tipo de belleza visto en un grabado, y piensa mucho en ella, acaba por parecerse algún tanto al admirado rostro, como así lo observaron muchos pintores.

Howard Chandler Christy, cuya opinión no deja nunca de solicitarse en los concursos de belleza de los Estados Unidos, afirma que la talla de la mujer ha aumentado algunos centímetros desde que los grabados de las ilustraciones la representaron algo más alta, y pusieron así ante ella el femenino ideal de la belleza física.

Lo que está de continuo ante los ojos tiende a impresionar la mente que a su vez influye en el cuerpo; y tal es la razón de que marido y mujer propendan a parecerse uno al otro según pasan los años.

Muy análogo a estos efectos es el de la prenatal influencia del firme y constante pensamiento de la madre. Tal fue la idea de las madres en la antigua Grecia, que acostumbraban a contemplar las estatuas para que sus hijos nacieran hermosos.

La señora Rutth J. Wild, de Brooklin, cuya hija obtuvo el primer premio en un concurso de belleza en que compitió con muchas otras jóvenes hermosas, refiere que durante épocas de grandes dificultades materiales y morales, en que se había quedado sola en el mundo, determinó que si le nacía una niña llegara a ser una hermosa joven.

Al efecto frecuentaba el museo de Brooklin y permanecía sentada contemplando las estatuas de Venus y Adonis.

También llevaba consigo la cubierta de una revista ilustrada, con una cabeza femenina pintada por Boileau; y de continuo se representaba en la mente la imagen que de su futura hija se había forjado.

Llegado el tiempo, nació una niña como esperaba y dice a este propósito la señora Wild:

“Todos mis sueños y esperanzas se concretaron en la más hermosa criatura del mundo. Dijeron los médicos que jamás habían visto una chiquilla tan linda; y uno de ellos al saber que todavía estaba yo en muy apuradas circunstancias económicas, me ofreció por ella veinte mil dólares; pero ni por todo el oro del mundo la hubiera vendido, porque tenía conciencia de mi éxito. Al contemplar el rostro de la niña noté que era la viva imagen de la pintura de Boileau y colegí que sus facciones se desenvolverían según las líneas de belleza de las estatuas que durante el embarazo había yo contemplado. Así sucedió en efecto, y hoy día tiene el mismo brillo de cabellos, las mismas negras y espesas cejas y la exacta expresión de la pintura de Boileau que durante tanto tiempo llevé conmigo y que tan fervientemente contemplaba.

Otro caso es el de la señora Virginia Knapp de Nueva York, cuya hija Dorotea ganó el premio Venus de los Estados Unidos en el concurso de belleza celebrado en Madison Square Garden.

También la señora Knapp concentraba su mente en muy bellas cosas. Deambulaba solitaria por entre las naturales bellezas, y le pedía a la naturaleza que concediera a su hija alguno de sus atractivos. Afirma esta señora que la hermosura de su hija no es de herencia, sino resultado de su propia voluntad y determinación durante su periodo prenatal.

En estos casos influye directamente el pensamiento en el sensitivo cuerpo del feto, porque bien sabido es que entre éste y la madre no hay conexión nerviosa.

Está ya terminantemente comprobado que el pensamiento de un individuo puede afectar las mentes ajenas y también dejar su impresión en la materia física; y yo doy testimonio de

haber presenciado centenares de veces estos fenómenos realizados con perfecta exactitud y a menudo bajo rigurosa comprobación en la India y en otras partes.

No hay necesidad de detenernos en las conocidas actividades del pensamiento que gobiernan nuestra vida diaria y dan la tónica al ambiente de nuestra civilización. Bajo su dominio están todas las modalidades de la cultura y del esfuerzo humano: la filosofía, la literatura, la ciencia, la religión y el arte, aplicados todos a los nimios pormenores de la vida cotidiana. Dice Emerson que “todas las cosas son fluidas para el pensamiento” y verdaderamente en el transcurso del tiempo llegará el hombre a resolver por virtud del pensamiento muchos problemas de la vida y de la naturaleza y someterá a su servicio, fuerzas mas potentes que las hasta ahora conocidas, por lo que cabe esperar una cada vez mas creciente devoción a la confraternidad humana para realizar progresivamente el propósito de la vida.

CAPÍTULO IV

LA POTENCIA DEL AMOR

Así con *Kriya* o el pensamiento sirve para conocer las cosas materiales y sus relaciones, y es el poder creador de la vida material, así *Jnana* nos familiariza con la conciencia de los seres vivientes y ejerce el gran poder de amor en los hombres.

Jnana es sabiduría, que no se ha de confundir con el conocimiento. Acertadamente dicen los libros que todo nuestro conocimiento de las cosas es *avidya*, *ajnana*; pero éstos dos términos se han traducido impropriamente por “ignorancia” cuando en verdad significa “insabiduría”. La palabra ignorancia se refiere exclusivamente a la carencia de conocimiento, sin relación con *jnana*.

La *Jnana-vijnana-sahitam*, la sabiduría hermanada con el conocimiento, es la verdadera sabiduría que ha de conducir a la verdadera humanidad a la perfección, porque el Yo obtiene provecho cuando lo dirigen la sabiduría y el conocimiento.

Shri Krishna explicó con perfecta claridad el significado de la palabra Sabiduría en dos versículos del Gita, cuando habla de las cosas que los hombres pueden emplear en servicio de Dios y en beneficio de la humanidad.

Dice así:

“Más acepto que el de cualquier ofrenda es el sacrificio de sabiduría
¡oh Parantapa! Porque toda plenitud de acción ¡oh Partha! está culminada en la

Cualquiera que sea la índole de sus obras en este mundo, se distingue claramente al sabio del erudito. Si por ejemplo, es maestro o estadista, no tendrá ninguna idea ni plan preconcebido a que someter a sus discípulos o a los ciudadanos, sino que será sumamente sensible a las condiciones de vida con quienes trate, a sus pensamientos y sentimientos y al estado de su conciencia, respetándolos como respeta el ingeniero en sus proyectos las propiedades de la madera y del acero.

No el que mejor conoce un asunto es el más a propósito para enseñarlo, sino quien por ser sensible a la vida está capacitado para comprender la conciencia de sus discípulos. Porque necesita algo más que el conocimiento adquirido por el estudio; necesita la experiencia del corazón, dimanante de la simpatía y contacto de vida con vida. ¿Quién aventaja en todo el mundo en sabiduría a la madre que inconscientemente todo lo pospone a la felicidad de su hijo?

Por lo tanto, la sabiduría es una especie de sentimiento sublimado, o más bien un sublime sentimiento esencial del alma, que no se transmuta en ningún sentimiento inferior. Con cierta precaución cabe decir que su aspecto negativo es la simpatía o sensibilidad respecto de las vidas ajenas, y que su positiva modalidad es la potencia del amor.

La sabiduría es el real sentimiento humano, y su corrupción es el deseo.

La sabiduría es el amor a los seres vivientes, a la vida, mientras que el deseo es el amor a las cosas materiales. Si un hombre desea vivamente bienes materiales, poderío o fama en el mundo, deja atrás de todo esto el anhelo de más alta vida. Pero como incurre en el error de considerarse una personalidad material, un cuerpo con una serie de pensamientos y emociones a él adscritos, su idea del acrecentamiento de la vida le conduce a desear bienes materiales y poderío personal sin darse cuenta de que sus prójimos son seres vivientes, pues para él no son más que complejos y animados mecanismos materiales, que le placen o le disgustan según le sirvan o le estorben para la realización de sus planes o deseos.

Pero el sabio es sensible a la vida de los demás seres. La considera como propia en todo instante y no traza plan alguno sin tenerla en cuenta, de suerte que el amor que así llena su vida la enaltece y dilata sin codicia por su parte. Le es imposible ambicionar fama y no ansía ocupar las ajenas mentes para ampliarse y multiplicarse en ellas, sino que, al contrario, movido de universal simpatía, llenará su mente y su vida con los intereses y necesidades del prójimo.

El amor nos trae a la vida, no solo a la física, impeliéndonos a nacer en este mundo, sino que a cada instante nos dota de más exquisita sensibilidad y nos conduce a nuevas experiencias y deberes.

Conocida es la antigua descripción del avaro que baja a la cueva o sube al desván candela en mano y allí se encierra para deleitarse en la contemplación de su tesoro, adornándose cuello y brazos con las joyas en que se recrea con morboso placer.

Y sin embargo, no disfruta de positivo placer, porque siempre está de temor sobrecogido, y le sobresaltan las sombras que proyecta la trémula luz de su candela y se estremece a cada ruido. Verdaderamente el egoísmo del avaro recela del contacto con el prójimo y estrecha horriblemente su vida.

Pero el amor la expulsa y disipa todo temor y hace hombre al hombre. Es el real sentimiento humano, y quien lo pierde, pierde su verdadera vida aunque prosiga el movimiento del cuerpo.

Una narración muy frecuente en la India demuestra cuan distinto es el amor del pensamiento y como han de obedecerse los dictados del amor en todo cuanto atañe a la vida humana.

Hace mucho tiempo vivía en una populosa aldea de la India un ricachón potentado, ya viejo, y de mal genio, pues empleaba toda su riqueza y poderío en perseguir y atormentar a quienes no eran de su gusto, por lo que tenía atemorizado a los aldeanos. El hijo de este opulento magnate era de benigna condición, y todos anhelaban el día que heredase las riquezas y el poderío de su padre y fuese una bendición para sus vasallos.

Cierta día llegó a la aldea un errabundo *sannyasi* que iba por doquiera practicando el bien, y se detuvo allí algún tiempo. Muy luego se dió cuenta de la conducta del tirano señor, y se dijo tras breve reflexión:

“¿Por qué no matar a este viejo y librar a estas gentes de su angustia y dar al hijo ocasión de prodigar el bien que seguramente prodigara en cuanto pueda? El viejo no es feliz, y nada me importa lo que haya de ser de mí mientras deje hecho el bien”. Pero después se les pregunta a lo que han escuchado la narración: “¿Qué harían en el caso del *sannyasi*? Lo lógico parece que es un bien matar al tiranuelo.” Sin embargo, afortunadamente, la mayoría de los preguntados responden que no matarían al viejo, como tampoco lo mató el *sannyasi* del cuento al seguir los impulsos del corazón.

La sabiduría nos da a conocer que todos formamos una unidad, y tan insensato fuera creer que la dicha puede adquirirse dañando al prójimo, como alcanzar la verdad por deliberada falacia del pensamiento.

Análogo problema está hoy planteado en Occidente por el método experimental de la vivisección. Nadie se complace en ella; a todos estremece de horror, y los investigadores que han de practicarla la repugnan al principio, hasta que se le endurece el corazón.

Se practica la vivisección en nombre de la lógica y del bien de la humanidad, y al entendimiento le parece disculpable porque propende a disminuir el sufrimiento humano; pero aunque esta aminoración del dolor humano fuese posible, que no lo será por semejante

medio mientras el karma gobierne el mundo, resultaría de ello el endurecimiento de los humanos corazones y el retardo del progreso de la raza.

Seguramente que todos nos imaginamos la futura humanidad compuesta de individuos de grande amor y poder, sin arrastrarse por las quebrajas del suelo lastimosamente esclavizados a decrepitos cuerpos que han de cuidar y mantener con grave molestia e increíble dolor del prójimo. Sin embargo, parece que nadie se da cuenta de que su insabiduría aleja tan gloriosos días.

También se advierte la sabiduría en el ingenuo sentimiento que animaba al filosofo Emerson, quien al regresar a su casa de un viaje acostumbraba a chocar la mano con las ramas mas bajas de los árboles de su jardín, y afirmaba que le parecía como si los árboles se alegrasen de volverle a tener entre ellos. Lo mismo se nota en muchos de los escritos y poesías de *Rabindranath Tagore*, quien se compenetra con el espíritu de un pequeñuelo o de un arroyo, y siente la finalidad de la vida en las misereras callejuelas de una populosa ciudad.

Jnana, la sabiduría es amor, la conciencia de la unidad de la vida.

CAPÍTULO V

LA POTENCIA DE LA VOLUNTAD.

Recordemos la experiencia de aquel sujeto de Los Ángeles que no podía aprender a guiar el automóvil, a pesar de sus esfuerzos en dominar el volante, porque le obsesionaba el temeroso pensamiento de chocar con los postes del telégrafo.

Aunque este ejemplo demuestra la influencia del pensamiento, no denota la relativa flaqueza de voluntad. En aquel caso no estaba la voluntad vencida, sino en suspenso. El hombre aquel no quería; deseaba. He aquí la vulgar diferencia entre la voluntad y el deseo. La presencia de un deseo o una esperanza en la mente humana denota ausencia de voluntad; y quien cede a sus deseos, entrega interinamente su divinidad y abdica su trono.

Muy sencillamente puede demostrarse la completa separación y mutua exclusividad entre desear y querer. Si tenemos el lápiz sobre la mesa, y reflexionamos sobre tomarlo o no tomarlo, podemos llegar a la conclusión de tomarlo o a la de no tomarlo. No habrá deseo respecto del asunto, porque tenemos la seguridad de que en nuestro poder está tomar o no tomar el lápiz.

Pero si el lápiz pesara media tonelada o creyéramos que la pesara, diríamos entonces: “Desearía poder levantar este lápiz”.

Quien desea algo, reconoce por ello su dependencia de una probabilidad externa. Se halla en estado expectante, y no aguarda voluntariamente, algo que está seguro de que ha de llegar a su debido tiempo, sino que espera que ocurra lo que desea.

Si el pensamiento es la potencia que actúa entre las cosas materiales ¿qué es la voluntad? Es la potencia que actúa entre los pensamientos y las emociones y sentimientos. Es concentración. Es atención. Es la potencia que subdivide la mente en conciencia y subconciencia.

Si el hombre del automóvil hubiese conocido esta sencilla verdad de seguro desechara fácilmente el temor a los postes del telégrafo. Se hubiera dicho: “No pienses en el poste. Fíjate en la calzada y piensa en ella. Olvida el poste y llena tu mente con el pensamiento del camino por donde marchas”.

Si hubiese tratado de seguir su pensamiento en vez de sus manos, todo le hubiera salido bien.

Análoga circunstancia habrán seguramente observado por la noche muchos inexpertos automovilistas, cuando viene en opuesto sentido otro automóvil cuya presencia señalan los faros, sino que ha de apartar su vista de la luz y fijarse en la oscuridad del camino por donde va, aunque no pueda verlo.

El ansia no es una forma de voluntad, sino precisamente la expansión del deseo. Mientras que el deseo es ordinariamente la apetencia de poseer algo que no se tiene, el ansia va más allá y entraña el temor de perder lo que ya se posee o el de las varias probabilidades que amenacen estorbar la satisfacción del deseo. No es tanto el deseo un reflejo de la voluntad como un reflejo del amor; pero amor contrahecho más allá de toda semejanza porque se apega a las cosas materiales, mientras que la peculiar esfera del amor es la vida consciente.

Por lo tanto, la voluntad es el *atma*, el Yo que se conoce a sí mismo y manifiesta su poderío sobre todas sus relaciones con el mundo de las cosas y de la vida. La voluntad es el

Yo soy Yo, y tal se verá que es su naturaleza siempre que el hombre trate de determinar su porvenir. La voluntad está relacionada con el verbo “ser” y no con el verbo “hacer.

Cuando un individuo toma la determinación de “trabajar de firme en su negocio para ganar mucho dinero” se está diciendo casi inconscientemente a sí mismo: “Seré rico”; y esta idea va tomando cuerpo en su mente y mueve su ánimo hasta que el pensamiento de ser rico le determina la acción.

La voluntad conduce en definitiva a la verdadera vida superconsciente, a la bienaventuranza, felicidad o *ananda*. Este estado de existencia es independiente del tiempo; pero la conciencia actúa en el tiempo aunque no en el espacio, y al actuar evoluciona o se desenvuelve, si bien esta evolución o desenvolvimiento no significa forzosamente progreso. Este punto es de suma dificultad y ya trataré de él mas adelante; pero diré por de pronto que obscurece la conciencia y divide la mente, puesto que la voluntad se dirige a una parte de sí misma para el mejor conocimiento de esta parte durante algún tiempo. Es lo mismo que si un escolar concentrara durante cierto tiempo toda su afición en la clase de música y se olvidase de la geografía, historia y demás disciplinas escolares. Cuanto mas completo fuese este olvido, mejor aprendería la música.

Así es necesario proceder mientras se esté adquiriendo este nuevo conocimiento; pero posteriormente, la conciencia será mas capaz de estudiar conjuntamente la música, la historia, la geografía, etc, en vez de concentrar toda su fuerza en una sola materia.

Esto es lo que hace la mente subconsciente en que la voluntad, la sabiduría y la actividad operan sin que de ello se dé cuenta la mente consciente, o mejor dicho la parte consciente de la mente, puesto que no hay dos separadas mentes.

Para esclarecer este punto referiré lo que me ocurrió con un anciano caballero de una ciudad del Sur de la India, muy hábil en el gobierno de las facultades de la mente.

Entre los muchos experimentos que me mostró distinguióse el que hizo con una baraja. Primero escribió algo en un pedazo de papel, lo dobló y me lo dio diciendo que me lo guardase en el bolsillo. Después me invitó a que barajara los naipes y los extendiera dorso arriba sobre la tarima en que yo estaba sentado a estilo índico. Hecho esto me dijo que escogiera el naipe que se me antojase, como así lo hice al acaso. Entonces me dijo que mirase el naipe y al propio tiempo el papel que tenía yo guardado en el bolsillo, y vi que en el papel estaba escrito el nombre de la carta que al acaso yo había escogido. A petición del caballero, entregué la baraja a dos indios amigos míos que me habían acompañado a visitarlo, y repitió el experimento otras dos veces, dando a cada uno de ellos un papel distinto, sin tocar él para nada la baraja.

Entonces se me ocurrió intentar por mi cuenta un experimento de menor cuantía, y al efecto supliqué al caballero que me diese otro papel escrito, a lo que accedió gustoso porque no se limitaba a ostentar sus extraordinarias facultades, sino que tenía interés en instruirme tanto como posible fuese sobre el particular. Barajé las cartas, y las extendí como la otra vez; pero antes de escoger una, concentré mi mente en la suya y le dirigí en silencio este pensamiento: “Cualquiera que sea la carta que haya usted escogido, no la escogeré yo esta vez”. Enseguida levanté una carta, saqué el papel del bolsillo, lo desdoblé y con gran sorpresa del caballero, a quien jamás le había fallado el experimento, resultó que la carta escogida no era la misma cuyo nombre estaba escrito en el papel. Le referí entonces lo que yo había hecho, y él respondió que lo hecho por mí explicaba perfectamente lo sucedido.

En consecuencia quiso revelarme el secreto del experimento y me dijo:

“Ante todo elijo una carta cualquiera cuyo nombre anoto en un papel. Después concentro vigorosamente el pensamiento en este nombre y transfiero el pensamiento a la mente del sujeto que ha de escoger la carta. Este pensamiento queda fijo en la mente del sujeto con el mismo vigor que le di al transferirlo, pero sin que se ello se de cuenta la mente consciente del que lo recibe. Ahora bien; la mente subconsciente tiene sus propias facultades de percepción, y con acierto dirigida es capaz de ver las cartas como si al descubierto estuvieran aunque el ojo físico no las pueda ver. El pensamiento fijo en la mente subconsciente mueve el brazo y la mano hacia el punto en donde está la carta por mí elegida y también la elige el sujeto en acción.

Pero en este caso, cuando dirigió usted su voluntad contra la mía, deshizo la imagen mental que yo había forjado con mi pensamiento.”

Dicho esto me felicitó al estilo oriental por la fortaleza de mi voluntad, aunque hubiese sido muy posible que si se percatara de mi intención hubiese realizado con éxito el experimento, como así sucedió inmediatamente después con mis dos amigos indios, quienes a pesar de no querer levantar la carta escogida, la levantaron cada vez como si se les obligase. Podría argüirse que el caballero bien pudo colegir mi intención por transferencia de pensamiento, pero me parece que estaba demasiado preocupado del éxito de su experimento.

Tiempo después tuve una sorprendente continuación de este experimento en mi colegio de Hyderabad, provincia de Sind, a tres kilómetros de la ciudad de Trichinopoly, donde había pasado una mañana con el anciano caballero.

Una tarde, después de un día de mucho trabajo, estaba yo sentado en mi aposento junto con dos amigos, uno de los cuales profesor de Ciencias Políticas en mi colegio. Era este profesor un indio honrosamente graduado en Oxford, que durante su estancia en Inglaterra, había aprendido algunos juegos de prestigitación muy ingeniosos con las cartas, y aquella tarde nos estaba entreteniendo con varios de ellos por vía de asueto. Mi pensamiento estaba muy lejano de cuanto se refiriese a la investigación psíquica, pues me preocupaban las graves turbulencias del momento ocasionados por la agitación política suscitada entre los alumnos del colegio, que a mi parecer comprometía gravemente su porvenir. De súbito, sin previo aviso, oí resonar en mitad de mi cerebro una voz varonil que claramente pronunció estas seis palabras: “Cinco de bastos, intentad este experimento”. Yo creí que se refería a la experiencia pasad en Trichinopoli, algún tiempo antes; pero obediente a la voz escribí: “cinco de bastos” en un pedazo de papel, lo doblé y le dije al profesor que sin mirarlo se lo guardara en el bolsillo. Después le invité a que barajara las cartas, que yo no había tocado en lo mas mínimo, que las extendiese dorso arriba por el suelo donde nos sentábamos, y que escogiese después una al acaso comparándola con lo escrito en el papel.

Al descubrir la carta elegida resultó el cinco de bastos, y cabe imaginar la sorpresa del profesor cuando vió escrito “cinco de bastos” en el papel que yo le había entregado.

No se ciertamente como me guió la voz en aquel caso, pero de mis conocimientos sobre el poder del pensamiento, me parece muy razonable creer que el anciano caballero residente a tres kilómetros de allí, sabedor de nuestra ocupación, me había sugerido la idea ayudándome a realizar felizmente el experimento, que por otra parte es muy valioso como manifestación del modo en que el pensamiento y la voluntad pueden actuar en la subconsciente parte de la mente.

Al considerar el modo en que el pensamiento es la potencia operante en el cuerpo y en los menesteres de la vida diaria, debemos tener en cuenta que a veces el pensamiento es

subconsciente y que muchas de las llamadas vicisitudes de la vida provienen de la acción subconsciente del pensamiento dirigido a veces por la voluntad.

Por ejemplo, puede un hombre no tener nada que hacer cierta tarde y decide salir a dar un paseo. Se pone el sombrero o el turbante y el abrigo o la prenda de calle y toma por un lado u otro su camino. Durante el paseo encuentra a un amigo que le propone un negocio o le sugiere una nueva línea de conducta cuyo resultado es dar un completo y afortunado giro a su vida. Cuando mas adelante retrospicione este incidente, lo considerará como el punto de conversión de su vida, diciendo que fue mucha suerte salir aquella tarde de paseo y encontrar a su amigo.

Acaso no fue suerte ni casualidad, sino que el Yo interno, su verdadero ser movió a la personalidad a salir a paseo y tomar por la calle donde encontró al amigo, de la propia manera que resultó mi mano guiada para escoger la carta entre las de la baraja extendida por la tarima.

Todos tenemos mas o menos prueba experimental de que de cuando en cuando nuestro hombre interno logra impresionar la parte consciente de la mente, y a esta impresión, pues sabe muchísimo mas acerca de la verdadera y recta norma de vida que el yo inferior o personalidad operante en los límites de la mente vigílica.

Así distinguimos claramente entre el *ichchha* y *kriya*, entre voluntad y actividad; y vemos que la voluntad es independiente del deseo; que la actividad es la actividad del pensamiento; y que voluntad y pensamiento son dos potencias. El pensamiento influye en el cuerpo y en las cosas de la vida. La voluntad actúa en el Yo e influye en las emociones y pensamientos.

CAPÍTULO VI

MATERIA, ENERGÍA Y LEY

Hemos observado que en el mundo de la conciencia o *chit* están siempre presente tres principios manifiestos en diferente grado y proporción en distintos tiempos.

Así también en el mundo de la existencia o *sat* se distinguen tres principios llamados *tamas*, *rajas* y *sattva* que significan respectivamente materia, energía y ley.

Los psicólogos antiguos y modernos han observado también la inseparabilidad de estos tres elementos.

Hay estados de existencia material o principios de materia, no propiedades, que en diferentes grados y en distintos tiempos puede manifestar un cuerpo, análogamente a como la conciencia puede manifestarse en voluntad, en amor o en pensamiento, aunque las tres potencias se hallen siempre presentes.

El mundo objetivo es un mundo de cuerpos materiales que se obstruyen unos a otros y pueden bloquear la conciencia sometida a la materia por su inmersión en un cuerpo.

Si vemos un objeto es porque obstruye nuestra visión y el mundo está lleno de luz porque la opacidad o impenetrabilidad a la luz de su material atmósfera difunde los rayos solares. Cada átomo de materia es por decirlo así, un impenetrable punto opaco en el espacio, que solo puede ser accionado desde el exterior.

La impenetrabilidad o interpenetración de la materia a que los teósofos se refieren, solo se entiende en el sentido de que puede haber materia sutil entre los intersticios o poros de otra grosera o densa; y así aunque en tales casos dos o mas cuerpos o masas de materia se interpenetren y ocupen el mismo espacio, no se interpenetra la materia constituyente de los interpenetrados cuerpos.

A esta propiedad de opacidad, obstrucción, impenetrabilidad o resistencia que se observa en las cosas materiales del mundo objetivo la llamaron *tamas* los antiguos sabios. Es la propiedad de la materia que en el concepto y lenguaje vulgar se toma por la materia en sí misma, o sea la propiedad que da cuerpo y enjundia a la materia y forma en el espacio puntos a los que aplicar la energía.

Así tiene la materia lo que podríamos llamar voluntad propia, aunque es una voluntad negativa, una obstinación o terquedad en ser lo que es y no querer entregar su existencia.

Durante el siglo pasado predominó la idea de que el mundo estaba construido con infinitesimales ladrillos llamados átomos, de considerable variedad, que se disputaban inmutables y por tanto increados, eternos e indestructibles. Se creyó que así como con cien ladrillos se puede construir una de las muchas clases de casas, y que una vez construidas podía reformarse quitando y volviendo a poner de diversa suerte sus constituyentes ladrillos, así también el mundo constituido por átomos se estaba constantemente rehaciendo en sus mutables formas. Esta idea es verdadera en cuanto atañe a la practica de los proyectos humanos. Es la manifestación de *tamas* en cierto grado de seres materiales, y será verdadera en absoluto si la estabilidad fuese la única condición peculiar del mundo material que perciben nuestros sentidos.

El segundo constituyente de la sustancia es la energía de la materia, el *rajas* que para la ciencia moderna es la fuente y base de la materia, aunque el tiempo evidenciará que también es material aunque sin cuerpo ni posición.

El concepto que de la energía natural exponen los tratados elementales de mecánica sirve muy bien para describir esta constituyente propiedad de la substancia.

Sabido es que ningún cuerpo alterará su situación de reposo o de movimiento sin que reciba una u otra modalidad de energía, a menos que sea un cuerpo complejo en el que la operación de internas fuerzas activas altere su estado, como por ejemplo cuando un peñasco se desprende de la montaña.

Una bola de billar no se moverá por su propio impulso del punto de la mesa en que reposa. Una vez puesta en movimiento por el golpe del taco, no se parará si no recibiera del exterior la acción de una energía contraria, como la resistencia del aire, el roce de la mesa, el choque con otra bola. La energía de la bola en movimiento y la de la fuerza que detiene este movimiento son de igual magnitud.

Pero todos estos fenómenos son superficiales, en los que se manifiesta *rajas* como en los átomos se manifiesta *tamas*. Y así como puede descomponerse el átomo y atenuarse su *tamas* hasta quedar tan solo la energía, así también puede la energía surgir y luego sumirse en *sattva* o la ley, que es la verdadera esencia del mundo objetivo, como *jnana* lo es del mundo de la conciencia.

La energía trasciende el tiempo, como la conciencia trasciende el espacio. Por ejemplo, si levantamos del suelo una bola y la colocamos sobre la mesa, habremos empleado cierta cantidad de energía en levantarla, y la misma cantidad de energía se actualizará cuando en cualquier tiempo futuro caiga la bola de la mesa al suelo, como cabría demostrar si midiéramos el calor engendrado al chocar contra el suelo, o fuera posible que la bola efectuase algún trabajo en su caída.

El calor, el sonido, la luz, la electricidad, el magnetismo, la cohesión y la afinidad son modalidades de una sola y única energía, y no hay partícula de materia sin alguna de dichas modalidades.

Los recientes estudios sobre la relatividad han vuelto a plantear el problema de la conservación de la energía; pero las indagaciones realizadas profundizan las internas relaciones de las cualidades constituyentes de la substancia sin menoscabo del principio de energía.

Basta a nuestro propósito convencernos de que hay una energía natural y que esta energía no es espontánea.

La tercera propiedad constituyente de la materia es la ley. Ya sé que ha de causar extrañeza esta afirmación y que los científicos dirán de golpe y porrazo que en el universo solo hay materia y energía, aunque por otra parte declaran que por doquiera reinan la ley y el orden en el universo.

Hay algo de contradicción en este doble aserto, y los antiguos sabios de la India no incurrieron en ella, porque sin vacilar afirmaron que *sattva* o la ley es una de las propiedades naturales del aspecto material de las cosas y de los seres.

Así es, en efecto, y no mas difícil de concebirlo que la objetividad de la energía. Doquiera en el universo vemos la energía y la materia acompañadas de una ley que determina la índole de la actividad del objeto físico y de sus relaciones con los demás cuerpos. Todo elemento químico, todo átomo tiene su natural propensión a brotar en una especie de planta; y la actuación de dicha ley es parte de la natural existencia o *sat* de los seres y de las cosas.

Claramente comprendieron los antiguos sabios que *sattva*, *rajas* y *tamas* son las *gunas* o propiedades de la materia, y que toda materia no es mas que el conjunto de estas tres propiedades que a su vez no pueden ser mas que materia.

Las tres palabras sattva, rajas y tamas se usan también como adjetivos para describir el carácter de las cosas, como por ejemplo, cuando el *Bhagavad Gita* habla de los alimentos *satvicos*, *rajásicos* y *tamásicos* que contribuyen a formar el tipo de cuerpo físico en que predomina la respectiva cualidad, de modo que un cuerpo rajásico será un cuerpo enérgico y aun revoltoso y alborotadizo.

Todo objetivo material posee las tres gunas, pero una de ellas predomina y le da su sobresaliente cualidad, así como en toda conciencia hay voluntad, amor y pensamiento, aunque no se manifiesten en el mismo grado, y una de ellas imprime carácter y guía e inspira a las otras dos.

CAPITULO VII

LO DIVINO Y LO MATERIAL

Comparemos ahora el mudo de *sat* con el de *chit* para ver como están relacionados. El primero es propiamente material y al segundo le cuadra mejor el calificativo de divino; y debemos comprender que por muchas que sean las cosas del mundo material y muchas las conciencias del mundo de *chit*, no hay en realidad mas que una sola cosa en el mundo de *chit*.

Esta capital verdad es evidentísima en el mundo material y tiene suma importancia. El mundo material no está constituido por gran numero de cosas reunidas y sintetizadas como piezas sueltas a manera de ladrillos. Por el contrario, el procedimiento es inverso, pues todas las cosas que conocemos están abstraídas y como desglosadas del mundo material, pero no son mas que una sola y su unidad está demostrada por su reciproca dependencia eterna.

Consideremos lo que debe suceder en la mente del niño cuando abre los ojos al mundo. Primeramente lo ve en gigantesco conjunto, cual si fuese una compacta e indefinida masa de materia. Después va distinguiendo en esta masa los objetos de mayor tamaño o vividez, y posteriormente los mas menudos objetos.

Es algo semejante a la visión del viajero cuando el buque en que navega se acerca a la costa. Primero vislumbra una sombra que puede ser tierra. Después ve claramente que es tierra y aparecen los picachos de las montañas, luego los árboles y las casas, hasta que ya mas cerca percibe las gentes, los animales y aun las flores de las plantas.

Para adquirir conocimiento es necesaria análoga diferenciación de la masa o conjunto de las cosas del mundo objetivo. Todo silogismo tiene su premisa universal sin la que no fuera posible el claro conocimiento, que después de todo no consiste en algo nuevo, sino en la distinta percepción de lo que antes estaba confuso e inadvertido. Bien sabemos que percibimos las cosas por analogía y comparación.

Mucho mejor que si observamos separadamente a un perro y un gato, los conoceremos si los ponemos juntos y estudiamos sus analogías y diferencias.

El mas pensador sobre un asunto es el que ya posee mayor número de ideas de comparación, con tal que haya digerido bien estas ideas y estén claras y ordenadas en su mente. Todo pensamiento es abstracto. La mente no puede mantener dos ideas a un mismo tiempo, pero si una idea que incluya dos o mas, que en tal caso son partes de un conjunto.

Tan lógico como real es que lo menor depende de lo mayor y de la parte del todo. Característica de las cosas materiales es el no tener iniciativa ni cambiar por sí mismas, sino que su cambio depende de externas influencias. Así un libro puesto sobre la mesa, allí permanece porque está la mesa, que a su vez descansa sobre el pavimento y éste sobre las vigas que se apoyan en las paredes, y las paredes en los cimientos y los cimientos en el terreno. Además, la Tierra es un cuerpo material, sostenido en el espacio por los invisibles cables de la material energía de la naturaleza, y por lo tanto depende de su atracción, el sol.

Vemos así que únicamente se sustenta y sostiene por sí mismo el conjunto del universo material y que todas las partes dependen del conjunto.

No puede afirmarse en absoluto que el universo esté constituido de partes, sino mas bien que estas partes están, por decirlo así, desglosadas del conjunto en el que tienen su apoyo y raíz.

En el mundo de la ley existe eternamente toda objetiva realidad. Por ejemplo, cuando mezclamos dos volúmenes de hidrógeno u uno de oxígeno y hacemos pasar por la mezcla una chispa eléctrica, ambos gases desaparecen de la percepción objetiva, combinados en dos volúmenes de agua. Desde luego que en el agua resultante están el hidrógeno y el oxígeno con su misma materia y energía; pero conviene tener en cuenta que no hemos producido nada nuevo, ni siquiera en relación con las propiedades. Es evidente que el agua no estaba antes allí y lo está después de la combinación de ambos gases, de modo que si solo consideramos las propiedades aparentes de las cosas, creeremos que algo nuevo hemos producido; pero todo cuanto hicimos es manifestar la realidad siempre existente en el agua.

El mas apropiado símil que podemos dar de esta verdad es el de las cajas de cubos o hexaedros de madera que sirven de juguete instructivo a los niños para reproducir las láminas cromotípicas que le sirven de modelo. Cada una de las seis caras de cada hexaedro tiene pintada o grabada una porción arbitraria de los modelos, y el toque está en disponer los cubos o hexaedros unos al lado de otros de suerte que reproduzcan el modelo, para lo cual es necesario ir tanteando y discurriendo para acertar con la exacta ordenación.

Una vez que ha logrado el niño reproducir una lámina, vuelve a desordenar los hexaedros para disponerlos nuevamente de modo que las caras superiores reproduzcan otro modelo.

Podría figurarse el niño que es el autor de las láminas reproducidas, pero no hay tal, porque lo fue el artista que las dibujó, y todo cuanto el niño hace es ordenar los hexaedros de modo que aparezca el cuadro, escena o paisaje que compuso el artista.

Así al combinar el oxígeno y el hidrógeno aparece el agua, y nada se añade ni se sustrae de la realidad.

En todas las cosas ocurre lo propio, de suerte que en toda producción o invención humana rige la misma ley.

Esta realidad es la que la mente percibe en las usualmente llamadas leyes naturales. La ley es una realidad existente, es *sattva*, el mundo de las ideas, la objetiva mente universal.

También se le ha solido dar a *sat* el nombre del gran principio pasivo. Según ya dije, en la plenitud o conjunto del universo material no hay iniciativa, porque no hay tiempo, el cual pertenece a *chit*. Ya vimos la dependencia del libro respecto de la mesa, de la mesa respecto al pavimento, etc; hasta considerar la totalidad de las cosas. Esta totalidad ha de ser, existir y cambiar por si misma, pues no puede hacer nada de su misma índole que desde el exterior le infunda material energía. Por lo tanto, ha de ser divino al propio tiempo que material, Brahma alentado por Vishnu.

Pero *chit* es lo divino en todas partes. Es el gran principio activo, consciente, que es y existe y cambia por sí mismo, independiente, omnipotente, la esencia del tiempo.

He tenido especiales razones para emplear la palabra “divino” en vez de la “espiritual” que a caso se le haya ocurrido a alguien para expresar la idea. La palabra espíritu denota algo así como materia sutilísima, etérea, semejante a un aliento, pero todavía materia. En cambio la palabra “divino” deriva de la raíz sánscrita “div” que significa “brillar” y aparece en varios nombres como *div* (cielo) *divacara* (sol) y *Deva* (ser celeste).

Por lo tanto, significa divino lo que brilla con luz propia o interna, y muchos pueblos antiguos consideraron al sol como símbolo de lo divino, porque del sol dimana la luz, el calor y la vida de nuestro mundo, mientras que la luna fue símbolo de la materia, porque su luz es reflejo de la del sol.

Todo el que se tome el trabajo de pensar sobre este punto reconocerá que el Ser divino o Logos solar se distingue de Su mundo por Su carácter, independencia o iniciativa. Uno de

los nombres que mas propiamente lo describen es el de *Swayambhu*, que significa el Ser existente por Sí mismo. Es omnipotente, omnipresente y omnisciente porque es la totalidad del *chit* en toda su perfección, mientras que el hombre es parte de este *chit* y tiene las tres cualidades de potencia, presencia y esencia. Pero sin el prefijo omni.

En rigor no debería emplearse la palabra Dios para denominar esta suprema conciencia, que es nuestro máximo Hermano.

Nuestra conciencia es algo que utilizamos; no lo que somos, como nuestro cuerpo es también algo de que nos servimos.

Pertenece al Dios universal, a la vida real mas allá de la materia y de la conciencia allende *purusha* y *prakriti*, de lo material y de lo divino.

CAPITULO VIII

ARMONÍA

La parábola de la columna de Luz nos representó a Vishnu y Brahma en oposición y reyerta hasta que Shiva restableció entre ambos la armonía con Su presencia, dándoles a entender que los dos eran uno en El, y poniendo un nuevo día en existencia.

Así vemos que *chit* y *sat*, o en un plano inferior el hombre y el mundo objetivo de su experiencia, parecen estar en abierta oposición, hasta que descubrimos el justo motivo de su aparente hostilidad a pesar de la completa armonía de propósito en sus relaciones.

Tras el hombre y el mundo está *ananda* y *Shiva* tiene su punto de unión.

El contacto de *chit* con *sat* rebosa de *ananda* o felicidad, como lo evidencia cada ser viviente que ama su vida, pues lo que comúnmente llamamos vida es el intercambio entre *chit* y *sat*.

Es muy general la idea de que en los reinos inferiores al humano, la vida está llena de felicidad, que en el reino animal no es frecuente ni duradero el dolor. Y que solo hay temor en el momento de ver la vida amenazada de destrucción. Los millones de reses que mes tras mes van a los mataderos de Chicago y otras ciudades no denotan temor ni tristeza hasta que ven cercana la muerte, porque ni su conocimiento ni su imaginación les dicen lo que les aguarda, y en los pastos fue la vida agradable, aunque les pareciera mezquina a los hombres. Además, en estado natural, el temor influye generalmente en las glándulas y acrecienta las fuerzas físicas con estímulo de la conciencia, como el animal tímido que tiene la habilidad de burlar y eludir el ataque de su enemigo.

Conocida es la conseja de la corpulenta foca que hace algunos años vivía en un acantilado en la ciudad de San Francisco de California. Era la foca la reina de la manada que aun existe en aquel paraje y según tradición, lo era desde hacía ya ciento veinte años. Sucedió que un día vino del Sur otra corpulenta foca, en la flor de la vida, y parecióle que por su juventud debía ser la reina de aquellos acantilados. La advenediza trabó pelea con la foca vieja y ambas lucharon encarnizadamente por tres días hasta que la vieja murió cubierta de heridas.

Por esto se ha dicho que la naturaleza “tiene dientes y garras tintos en sangre de la presa”; pero si lo consideramos desde el punto de vista de la conciencia, veremos que no carecía de gozo la lucha de ambas focas.

Los irracionales viven mas por sensación que por reflexión, y la vejez no es para ellos tan provechosa como para el hombre. Cuando los sentidos del cuerpo empiezan a debilitarse, no tarda en emanciparse la conciencia, falta ya del vivo estímulo que antes la alentaba. Por lo tanto, no ha de movernos a lástima el que la conciencia de la foca se emancipara de su cuerpo en glorioso estallido entre la más intensa experiencia por que nunca pasara, sobre todo si consideramos que en la viva excitación de la pelea es sumamente improbable que el animal sufriera mucho dolor.

Verdaderamente no es del todo dichosa la vida del hombre, porque en el mantenimiento de sus nuevas facultades se pone en discordia con el mundo. El disfrute de *chit* le mueve al desdén de *ananda*, y Shiva se le ha de revelar antes de que recobre la perdida inocencia. En la vida del hombre han de reconciliarse amistosamente Vishnu y Brahma en unión con Shiva.

No está generalizada en los países occidentales la idea de que la armonía entre la conciencia humana y el mundo objetivo es una de las grandes realidades de la vida. Aun quienes creen que este mundo es de Dios, se figuran que es el lugar donde pone a prueba a las almas que creó, para transcurrido algún tiempo decidir cuales son las elegidas y cuales las réprobas. Y quienes tan solo admiten la evolución de las formas, no se percatan de que la mente humana, aunque considerada como producto de la naturaleza, está en armonía con su origen, a pesar de que ha desarrollado en sí misma un indeseable parásito que como obstinado intruso se mantiene frente a la naturaleza. Sin embargo, la armonía subsiste, y se añade a la maravilla de que el hijo de Shiva, nacido por la mera complacencia de *chit*, es como el renacimiento del mismo Shiva para unir a Vishnu con Brahma.

Explicado todo esto en lenguaje corriente, diré que la naturaleza se muestra amiga del hombre. Verdad es que el proceso de la naturaleza es de decadencia y que la obra del hombre no tardan en perecer; pero si así no fuese, no podría servir este mundo de escuela de Dios para el hombre. Si las cosas fuesen imperecederas y por extraña magia pudieran nutrirnos los manjares sin consumirse, pocos hombres trabajarían para producir nuevas cosas, y el extraordinario trabajo requerido para destruir las viejas que embarazarían la tierra, acrecentaría el desánimo de quienes quisieran trabajar para producir algo nuevo, y el hombre tendría escaso incentivo para ejercer sus facultades de pensamiento y voluntad. Cierto es que la naturaleza no ha hecho la vida demasiado fácil para el hombre, pero tampoco la ha hecho demasiado difícil, sino que siempre le ofrece experiencias favorables al desenvolvimiento armónico de todas y cada una de sus facultades.

El mismo hombre atestigua esta verdad, pues ha ido progresando a través de los siglos y firmemente adelanta para gozar de mayor poder en el porvenir mediante el activo empleo de sus facultades.

Uno de los Upanisadas da una curiosa definición del hombre diciendo que es a la par potente e impotente, sabio e ignorante. Si lo comparamos en estado salvaje con cualquier otro ser viviente, lo veremos desvalido e ignorante. Carece de ropaje y armas naturales; no es alípedo ni alígero para escapar de sus enemigos; no tiene el instintivo conocimiento que a los animales enseña lo alimenticio y lo venenoso, quiénes son amigos y quiénes enemigos; ni tampoco es capaz de construir una vivienda.

Pudiera creerse que la naturaleza hizo una excepción en el mundo; pero no hay tal. El hombre sin naturales vestiduras aprendió a usar de su inteligencia para fabricarse ropas con que morar en cualquier clima; y también le sirvió su inteligencia para fabricar armas y herramientas que le han dado el dominio del mundo.

Pudo el hombre primitivo quejarse de su ineptitud y rogar a Dios que la remediase; pero el hombre inteligente, reencarnación del primitivo, mira hacia atrás y da gracias a Dios por las ocasiones que le deparó y por el otorgado honor de construirlo a través de los siglos en un ser divino que a sí mismo se va formando constantemente por intususcepción de su propia obra, en vez de ser una cosa material modelada por yuxtaposición de externas influencias. Entonces ve el hombre a través del tiempo su armonía con el mundo y comprende que el mundo ha sido y es amigo, no un amigo sentimental, sino verdadero en sus necesidades.

Como quiera que el hombre pertenece al divino y no al material aspecto del universo, desenvuelve cada vez en mayor medida divinas facultades, y Dios le auxilia encarnado en el principio de armonía. Dios es omnipotente y sin embargo hay algo que no puede hacer, como por ejemplo que un gigante sea enano o que un cuadrado sea un círculo, porque si el

hombre es gigante no puede ser enano y si la forma es un cuadrado no puede ser un círculo. Tampoco puede hacer que una voluntad sea dependiente, porque si una voluntad no es independiente, no es voluntad. De allí que Dios reconozca la divinidad en el hombre para la evolución de su conciencia y sus facultades, y en este concepto es el hombre por sí mismo existente y creador y divino en todo tiempo.

La armonía entre *chit* y *sat* en nuestro mundo de experiencia es *maya*; llamada también ilusión, no porque sea en modo alguno una irrealdad, sino porque se la considera como verdadera vida, siendo así que la verdadera vida es *ananda* o felicidad. Por esto dicen los libros que para liberarse, el hombre debe emanciparse también de esta armonía una vez haya completado la evolución de su conciencia. Entonces debe destruir la llamada conjunción del vidente y la visión y permanecer en el estado de *ananda*, de *kaivalya*, de unidad, porque la unidad de Shiva no la quebranta ni aun la presencia de Vishnu y Brahma.

En el *Bhagavad Gita* dice *Sri Krishna*

Que esta armonía es su *daiviprakriti*. En lenguaje corriente la palabra vida denota la armonía entre *sat* y *chit*, porque cuando las gentes hablan de la vida no se refieren tan solo a su interna conciencia ni a la energía externa de la naturaleza, sino a la armónica interacción de ambas, y lo interno y lo externo toman en consideración.

Crean las gentes que al tratar de filosofía, debe de tener la palabra vida un significado nuevo y distinto; pero en nuestro caso no es así en modo alguno.

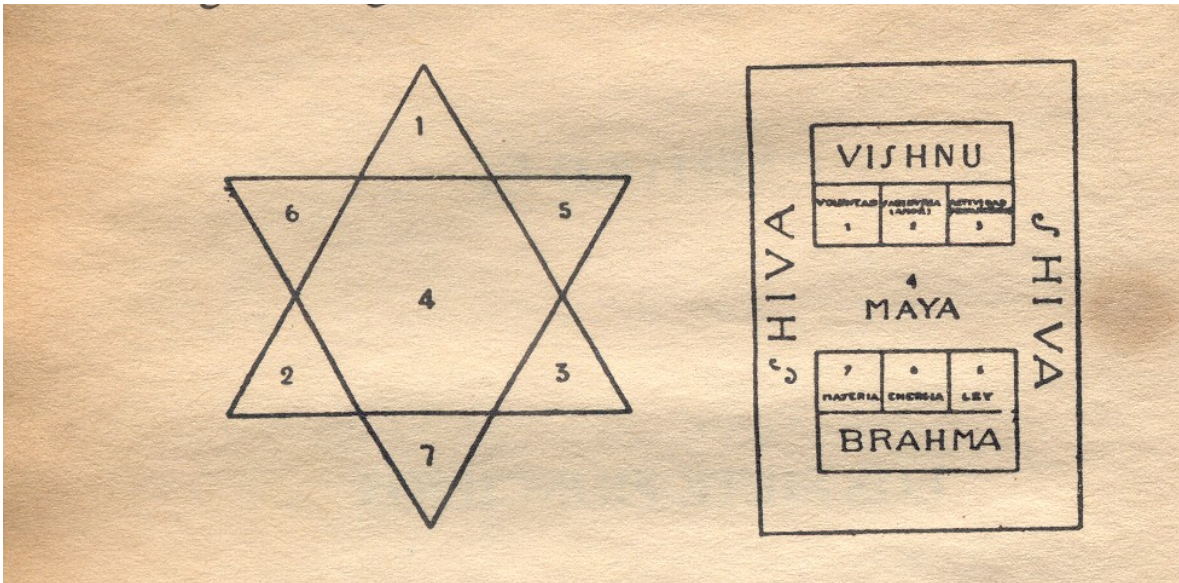
Nuestra vida es *maya*, es ilusión, únicamente porque no es la verdadera vida, la felicidad, la vida de Shiva, encarnado en la dualidad de *sat* y *chit*.

CAPITULO IX

LOS SIETE PRINCIPIOS

Como quiera que hay tres aspectos de conciencia y tres constituyentes del ser, cuya recíproca armonía es *maya*, resultan no mas ni menos que siete realidades fundamentales en toda la experiencia del mundo del hombre. Estas siete realidades no derivan de tres en nuestro sistema de *maya* o vida, porque este sistema es tan solo una parte de otro sistema superior en que ya existían las siete realidades; pero al constituir Shiva su Trinidad de Su séptuple ser, presta, por decirlo así, tres de los siete principios a Brahma y otros tres a Vishnu, reservando para Sí el séptimo, el *ananda*.

De esto se infiere que las siete realidades o principios son perfectamente iguales y ninguno de ellos está constituido por una mezcla o combinación con alguno de los demás; y por tanto, se les puede denominar propiamente principios o cosas primeras. Si por conveniencia los representamos numéricamente, serán los números nombres arbitrarios sin que den relativa posición a las realidades; y si para facilitar la memoria los representamos diagramáticamente, no se han de adscribir a los principios las propiedades matemáticas del diagrama. El peligro de usar tales diagramas está en que de por sí pertenecen a un principio, y dan motivo a que desde el punto de vista de éste, se vean los demás principios, obscureciendo de tal modo su verdadera naturaleza. Sin embargo, me arriesgaré a trazar los dos diagramas siguientes:



El primer diagrama apenas necesita explicación porque es el de dos triángulos equiláteros entrelazados, ya conocidos de los teósofos. Es la mejor indicación de los siete principios que he señalado con las cifras 1,2,3,4,5,6,7. El triángulo con el vértice hacia arriba es *chit* y el del vértice hacia abajo es *sat*.

El conjunto es un símbolo de la expresión por medio de dos relacionadas trinidades de siete principios iguales, a saber:

1. Ichchha
2. Jnana
3. Kriya
4. Maya
5. Sattva
6. Rajas
7. Tamas

El segundo diagrama muestra la distribución de estos principios en la Trinidad pero conviene tener especial cuidado de no considerar los dos grupos como si estuvieran uno encima de otro en el espacio.

En el largo camino que a la bienaventuranza conduce, todo ser humano ha de pasar en su evolución por tres grandes etapas; primero la de *sat*, luego la de *chit*, y finalmente la de *ananda*. Esto explica porqué todos los seres anhelan la felicidad; y los siete principios que mueven su vida en el mundo son medios conducentes a dicho fin, en el que desaparece hasta el amor, la verdadera esencia de la conciencia.

Como quiera que el hombre está actualmente en la etapa *chit*, considera a Dios en la naturaleza externamente a sí mismo, y a Dios en conciencia o *chit* o como en el interior de sí mismo; pero Dios está igualmente en ambas partes, y en la práctica los hombres buscan la felicidad en ambas esferas.

Sin embargo, como todo hombre pertenece a Shiva, tiene como Él operantes los siete principios que ponen su conciencia en contacto con las siete fundamentales realidades de la vida, aunque a diferencia de Shiva tiene desiguales los siete principios y siempre uno de ellos más vigoroso que los demás.

Este principio predominante es su rayo.

Los siete principios atraen constantemente a todos los hombres, pero cada hombre responde mayormente al de su propio rayo, que entonces deviene el supremo ideal de su vida, y puede exaltar su conciencia a la más intensa vida de que sea capaz.

He aquí los ideales que respectivamente sugieren los siete principios:

1. Libertad
2. Unión.
3. Comprensión
4. Armonía
5. Verdad
6. Bondad
7. Belleza.

Ichha es voluntad, y del examen que hicimos de este principio, se infiere claramente que es libre la vida de en quien predomina la voluntad, pues entonces prefiere la libertad a cualquiera otro bien del mundo.

Jnana es la sabiduría que, según vimos, pone una conciencia en perfecta vibración de simpatía con otra conciencia. Es el amor que sin cesar anhela más íntima unión, aunque la absoluta unidad, como la absoluta libertad solo es posible en *ananda*.

La comprensión significa una actividad del mental poder del pensamiento; y quien tiene *kriya* por rayo predominante, cifra todo su anhelo en comprender acabadamente el plan de las cosas.

En el capítulo dedicado al cuarto rayo explicaré la influencia en el hombre del principio de armonía, demasiada compleja para mencionarla brevemente.

También las razas y las naciones tienen como los individuos su dominante principio, y de ellos es ejemplo que en los primeros tiempos de la raza aria, y aun hoy día en la India, estuvieron y están en predicamento los tres hasta ahora citados ideales. Vemos allí quienes buscan al Dios interno, como ellos lo llaman, por medio de los tres ideales senderos que respectivamente se echan de ver con especial claridad en las grandes escuelas yógicas de Patanjali, de Shri Krisna y Shri Shankaracharya.

Pero al llegar al promedio de la raza, al pueblo griego, vemos en señalado predominio el principio de armonía, y los sabios inducen a las gentes a que consideren a Dios como Sat, y se despierte en los hombres el vivo anhelo de descubrir la verdad, la bondad y la belleza.

Las tres modalidades de buscar Dios exteriormente se corresponden con las de buscarlo interiormente, porque hay correspondencia entre el Dios externo y el interno, entre Dios en la naturaleza y Dios en la conciencia. Esta relación aparece entre *ichchha* y *tamas*, y por tanto, entre la voluntad en la conciencia y la estabilidad en las cosas. La voluntad es la estabilidad de conciencia, y la materialidad es como si dijéramos la obstinación, la terquedad de las cosas, en una palabra, el *tamas*, que según explicaremos con mayor amplitud mas adelante, es la belleza, el eterno equilibrio y ponderación de las cosas materiales perfectas, tanto en reposo como en movimiento.

Así como *tamas* corresponde a *ichchha*, así *rajas* con *jnana*. Este último principio es amor en el hombre, la energía de conciencia que mantiene unidos a muchos seres vivientes. *Rajas* se muestra en el hombre como deseo que acumula todas las cosas y busca la magnificencia universal. El ideal de un Dios bondadoso mueve al hombre a buscarlo en la naturaleza o tras ella como el dispensador de dones; y le adora, por decirlo así, como la suma de todo bien.

La correspondencia entre *kriya* y *sattva* es la misma que entre el pensamiento y las leyes de la naturaleza que constituyen la verdad acerca de las cosas. Quien busca la verdad por investigación de las cosas, comprende que en ellas hay una última verdad o realidad ante la cual todos debemos inclinarnos. El predominio de los tres últimos ideales en las postreras subrazas arias dio prevalencia en su vida a las tres grandes formas de adorar a Dios en Sat o naturaleza, a las que comúnmente se llaman ciencia, devoción y arte. Si parece obscuro el significado del segundo de éstos tres términos, recordemos que las naciones europeas en sus lugares de adoración, veneran y reverencian a Dios como dueño y dispensador de todos los bienes y lo estiman por lo que llaman Su bondad.

El siguiente diagrama muestra la correspondencia entre senderos externos e internos, los ideales que los gobiernan y su expresión en los negocios humanos.

voluntad - amor - pen-
samiento. Búsqueda
y operación en la
conciencia.

1 Libertad
Gobierno

2 Unión
Filantropía

3 Comprensión
Filosofía

1

2

3

4
Armonía

Interpretación

Imaginación

5 Verdad
Ciencia

6 Bondad
Religión

7 Belleza
Arte

voluntad - amor - pen-
samiento. Búsqueda
y operación en el
mundo de las cosas.

CAPITULO X

RELACIONES RECIPROCAS

Ya expliqué que Shiva es uno y que no conturba su unidad la presencia de Vishnu y Brahma que en Él existen y cada uno de ellos es trino. De aquí se infiere que, según ya dije, Shiva es también septenario. Al séptimo principio que por Sí retiene se le suele considerar como la síntesis de los otros seis; pero en rigor es el primer principio, no constituido por la combinación de los otros. Sino el de que derivan por deducción.

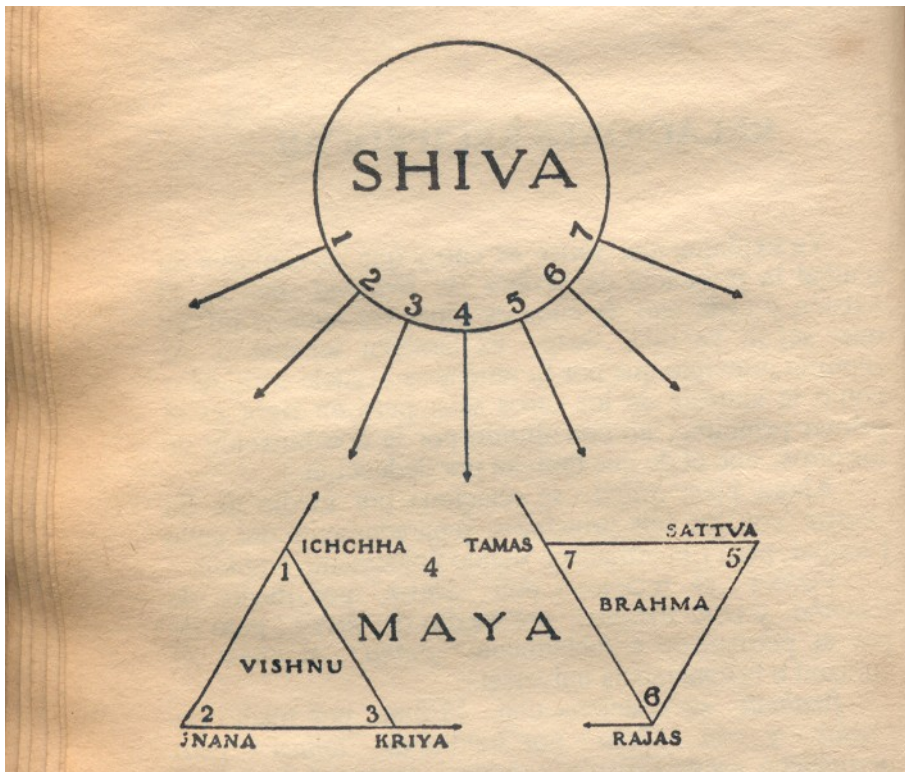
Ahora bien; Shiva se relaciona por medio de Su maya con los seis principios, separadamente del suyo peculiar, pero Él permanece siendo únicamente ananda.

Vishnu se relaciona con Shiva por medio de *Ichchha* y con Brahma por medio de *kriya*, pero de por sí permanece esencialmente *jnana*, el amor, el corazón o la conciencia universal.

Brahma se relaciona con Vishnu por medio de *rajas* y con Shiva por medio de *tamas*; pero permanece esencialmente *sattva*, la ley o la mente universal o mundo de ideas.

Vishnu y Brahma existen parejamente durante todo el periodo de manifestación o día de Brahma y Shiva los mantiene en armonía por medio de su yoga maya.

Así lo esclarece el siguiente diagrama:



La conciencia de cada hombre es una porción de Vishnu o *chit*; y la evolución en todos los planos a que aluden los teósofos es la expansión de la conciencia individual para compenetrarse cada vez mas con Vishnu o Logos teosófico, llamados por algunos el Dios o Conciencia suprema de nuestro sistema planetario. No es el Dios universal, sino el Dios de la conciencia cuya trina naturaleza está constituida por *Ichchha, jnana y kriya*.

Para comprenderlo así es necesario prescindir de planos y considerar a Vishnu como la entera conciencia del sistema.

El Gran Triángulo de la Jerarquía oculta de nuestro globo es una parte importante de *Vishnu*, de Quien son partes menores las conciencias individuales de los hombres.

Los tres miembros del Gran Triángulo de la Jerarquía oculta son el Señor del Mundo, el Buda y el Mahachohan, que respectivamente representan los principios *ichchha, jnana y kriya* del solar *Vishnu*, aunque no representan a *Shiva, Vishnu y Brahma*

Pero como quiera que Vishnu está relacionado con Shiva y Brahma a lo largo de toda línea de conciencia y no tan solo en la sede solar por decirlo así, tenemos que los miembros del Gran Triángulo desempeñan el oficio de Shiva, Vishnu y Brahma con relación a la conciencia del mundo.

Por lo tanto, el Señor del Mundo se parece, por decirlo así, a Shiva, el Dios universal, de modo que la conciencia de nuestro globo pueda conocer el Yo y cumplir su voluntad.

El señor Buda mantiene la unidad de *jnana* de nuestro globo y la ofrece al solar Vishnu.

Las funciones del Señor del Mundo y del Señor Buda son algún tanto ocultas y traspone los reinos de maya.

Pero el Mahachohan, que gobierna el *kriya* de nuestro globo, se vale de esta potencia para relacionarse con el trino Brahma, y por medio de maya relaciona la conciencia de nuestro globo con el trino mundo de materia. De esta suerte tiene cinco principios a su cargo.

Toda vida es vida de Shiva; pero como los hombres están pasando por la fase de Vishnu, aunque cada cual pertenece a uno de los fundamentales principios de la única vida de Shiva, está mostrando por ahora su esencial naturaleza mediante una modalidad de conciencia. Pero recordemos que la conciencia, el proceso del tiempo no es su vida real, ni la mera existencia, el proceso del espacio es su conciencia. Así como el hombre utiliza en su cuerpo una porción de Brahma, así utiliza en su conciencia una porción de Vishnu; pero su vida real trasciende la conciencia.

Ahora bien; como Shiva, el verdadero Dios para el hombre, es uno con Vishnu y Brahma, puede el hombre buscarlo mientras pasa por el consciente estado de vida *mayavica*, dirigiendo externa e internamente su conciencia hacia el universal principio expresado por medio de Vishnu y Brahma. La voluntad, el amor y el pensamiento tienen así dual aplicación, pues pueden dirigirse internamente a la conciencia o externamente a la materia, según el rayo a que pertenezca el individuo poseedor de dicha conciencia.

Por otra parte, aunque todo hombre viva en la trinidad de su conciencia, es septenario porque procede de Shiva, y los siete principios están inseparablemente presentes en todo hombre, pero al predominante por mas vigoroso se le llama su rayo.

Por lo tanto, el rayo de un hombre no solo no es una cosa material, ni tampoco es una distinción de conciencia, sino que le pertenece por su relación con Shiva.

Así es que no se le puede ver, porque la vista es uno de los sentidos, por alto que esté el plano de visión, y su objeto son siempre las gunas, *sattva, rajas y tamas*.

La conciencia nunca es *visible* y mucho menos lo es la *verdadera vida o ananda*.

Sin embargo, si un hombre actúa notoriamente en determinado sentido y tiene adecuado tipo de materia (vida en la fase de sat) para sus vehículos y propósitos, cabe inferir que su rayo le incitó a elegir su obra y determinó las características de su cuerpo.

Al hablar del rayo de un hombre considerándolo como el principio en él predominante, no olvidemos que también posee los otros seis principios, y que hablamos de un *hombre*, es decir, de quien es dueño de sí mismo hasta el punto de gobernar su vida desde el interior de su conciencia y no dejar que sea un conjunto de actos reflejos o de respuestas sumisas a las influencias del ambiente.

El hombre que busca a Dios por medio de un ideal es positivo y no está sumergido en sat ni por sat dominado como los hombres de muy atrasada evolución. Se vale del poder de su pensamiento para indagar la verdad, del sentimiento para descubrir la bondad de las cosas y de la voluntad en acción para hallar y revelar la belleza. Todas estas actividades son completamente diferentes del servilismo y negatividad del embrión del hombre que vive sin otro propósito que revolcarse en la ociosidad, en la indiferencia y en los egoístas placeres.

Los rayos de los animales están claramente señalados, pero no así los de los hombres hasta que hayan adelantado lo bastante en el reino humano, pues mientras no adelanten podrán considerarse en recto y natural sentido como fracasos de hombre.

Con el desenvolvimiento de sus facultades intelectuales se ha complicado de tal manera el karma y se ha abierto a tan diversas influencias, que generalmente el hombre pierde de vista por lo oscurecidos, los profundos anhelos espirituales de su verdadero ser.

Sin embargo, si alguien se tomara el paciente trabajo de analizar al hombre ordinario, echaría de ver que uno de sus siete principios es más vigoroso que los otros seis y guía las fuerzas de su alma hacia el universal aspecto de sí mismo.

En un hombre de carácter que no sea esclavo de su cuerpo ni de las personales emociones con este cuerpo relacionadas, ni de ideas fijas ni prejuicios adquiridos, sino que la voluntad, el amor y el pensamiento propio guíen su conducta, puede distinguirse el rayo con relativa facilidad, y también puede formularse a sí mismo algunas preguntas que le ayuden a descubrir el rayo a que pertenece, pero reservaremos estas preguntas hasta que hayamos descrito específicamente cada uno de los siete rayos.

En la vida ordinaria de los hombres, se manifiestan los rayos en los siguientes tipos generales:

1. ● El hombre de voluntad que se esfuerza en libertarse por el dominio del yo y de las circunstancias. **Es el gobernante.**

2. ● El hombre de amor que se esfuerza en lograr la unidad por medio de la simpatía. **Es el filántropo.**

3 ● El hombre de pensamiento, que se esfuerza en comprender por medio del estudio de la vida. **Es el filósofo.**

4 ● El hombre de imaginación que busca la armonía por un triple camino: **el mago, el actor y el artista simbólico.**

5 ● El hombre de pensamiento que busca la verdad en el mundo. **Es el cientista.**

6 ● El hombre de amor que busca a Dios como Bondad en el mundo. **Es el devoto.**

El hombre de voluntad que busca a Dios como Belleza en el mundo. **Es el artista y el artífice.**

Las manifestaciones y actividades de estos tipos generales son variadísimas, y en la Parte segunda de este tratado, veremos que incluyen respectivamente las características atribuidas a los rayos por los diferentes tratadistas de esta materia.

SEGUNDA PARTE

LOS SIETE RAYOS

CAPITULO XI

EL PRIMER RAYO

Dice el Manú de nuestra raza:

“El gobierno y dominio de sí mismo es felicidad; el dejarse gobernar por otros es desdicha.”

Este sentimiento anima a quien pertenece al primer rayo, porque es el primero de los tres rayos de independencia e intuición.

Se dice que las personas pertenecientes a estos tres rayos son independientes porque consideran el mundo más bien que como un maestro o una munificente madre o una hermosa mansión, como una tierra de aventuras para la denodada voluntad, de alegre corazón y la anhelosa mente, a la que llega de un lejano país con objeto de realizar hazañosas proezas.

Un hombre así rebose de iniciativas, porque no espera a que circunstancias y ocurrencias le impulsen a la acción, sino que las trata, a veces sin el debido respeto, como piezas de un juego en el que está empeñado, como materiales de un proyecto que va a poner en ejecución.

Se le llama intuitivo porque deliberadamente emplea sus facultades mentales y emotivas en el juego de la vida, donde las fortalece el ejercicio. Anhela en la voluntad más sensación del Yo; en el ánimo más sensación de vida; en la mente más sensación de las cosas. Busca a Dios o la felicidad en su íntima conciencia y en ello emplea su vida, mientras que otros, con su poder y destreza de pensamiento, voluntad y sentimiento, ponen la confianza en el mundo externo y aprenden las lecciones que les da la naturaleza.

Pero ambos senderos conducen a un mismo término: la amplitud de la vida interna y externa. Porque mientras el hombre busca a Dios en la naturaleza, la belleza, verdad y bondad de ella obran en él y actualizan las facultades de su alma; y cuando trata de dar pleno explaye a estas facultades que siente rebullir en su interior, advierte que solo puede emplearlas en el mejoramiento del mundo externo. Por lo tanto, todo hombre va retrocediendo en su interior y avanzando en su exterior a un mismo tiempo.

La nota predominante en el hombre de voluntad del primer rayo es el dominio de sí mismo. Quien pertenezca a este rayo tendrá muy vigoroso sentimiento del Yo, con una firmeza ante las circunstancias y los sucesos que difícilmente logrará nada de este mundo conmover o quebrantar. Se inclinará a las acciones positivas, con valor bastante para afrontar la vida como una aventura, sin entregarse a la ociosidad ni a la indiferencia; pero si no está evolucionando en otros aspectos pueden ser desagradables las consecuencias.

Quien lo esté y sea de recia voluntad y así mismo se denomine no habrá para él “patria ni hogar” determinados en el ancho mundo, sino que la dignidad del Yo será el punto céntrico y equilibrante de su existencia.

Pero no es la dignidad que exige que los demás la reconozcan o que por este reconocimiento se esfuerza, pues entonces indicaría dependencia de las cosas externas. Por el contrario, es un altísimo concepto de la hombría, de la propia existencia con estremeciente horror al ajeno dedo del importuno suceso o persona que osara tocar el sagrado santuario.

Así como nadie puede ver la belleza sin admirarla (aunque algunos la miren sin verla) ni ver la verdad sin reverenciarla, así todo el que siente el toque del Yo interno, no puede menos de ser celoso sacerdote de su intérrimo santuario. Esta dignidad está muy lejana del orgullo, pues un hombre así es demasiado altivo para ser orgulloso. No consiste en un sentimiento de superioridad, ya que prescinde en absoluto de toda comparación y medida con los demás. Su anhelo es ser uno con todos en igualdad de términos, y su interés se cifra mayormente en lo que es que en lo que está. Es el hombre sin deseos, que vive internamente.

En virtud de este activo poder que siente el hombre en su vida, el supremo ideal de este rayo es la independencia o vida interna, libre de las coacciones del ambiente, con tendencia a dominar las circunstancias y adaptarlas a sus planes.

El hombre del primer rayo siempre tiene en el ajedrez de la vida un plan de ataque, realizado en todo posible momento, y sin preocuparse del juego del adversario mueve audazmente las piezas según el plan de ataque que ha forjado.

Característica de la voluntad es llegar al fin por todos los medios posibles, es decir, mantener, de continuo la mente en acción hasta que pronto o tarde encuentre seguramente el camino de su meta.

Este sentimiento de su propia divinidad mueve a veces al hombre a decir “quiero”, aunque no sepa cómo podrá realizar su voluntad, porque tiene la infalible intuición de que su Yo interno es el final y absoluto árbitro de su destino y el fundamento de su fortaleza. Entonces el pensamiento conoce el Yo, la devoción lo adora, por él trabajan las manos, y todas las demás partes del hombre aman al Yo; y por tanto, puede verdaderamente querer con toda su vida y con todo su ser.

A causa de su interna fortaleza está gozoso en la adversidad y contempla amistosamente la destrucción que jamás cesa en el reino de la naturaleza. Hay quienes se horrorizan ante la inflexible ley de la naturaleza y contra ella batallan; pero el hombre de primer rayo solo ve en dicha ley una amplitud de su propio poder y la respeta como el púgil a un valioso adversario. Estima en cuanto vale la labor la labor del laborioso, y cuando algo está bien hecho ve tras ello la voluntad de quien lo hizo, y lo considera como un triunfo que lo capacita para cabalgar sobre las fuerzas del mundo, como en mas modesto orden conoce el experto nadador que está seguro en el agua, y casi inconscientemente da muestras de esta seguridad antes de lanzarse a ella, porque se la infunde su arte de nadar y no precisamente el agua. Así también el hombre de primer rayo no sufre ilusión alguna respecto al intrínseco valor de las cosas externas. No obra para obtener ganancias materiales que le proporcionen después cómodo descanso, y así es que ni fracaso ni la muerte le deprimen.

Cuando traza algún nuevo propósito está siempre dispuesto a quitar estorbos de los caminos de la acción, y olvida las cosas viejas o las aparta de su paso y a veces le inquietan las cosas inútiles o las personas que inmiscuyen en la obra superfluos sentimientos, ideas y palabras.

Generalmente tiene un plan en marcha y cuando lo realiza le sucede otro nuevo, con tanta regularidad como se suceden las olas del mar. A veces lo encontramos en disposición de destruir, rasgando alegremente viejas cartas y papeles, apartando de su librería viejos volúmenes, desechando muebles y ropas usadas, o lo vemos en el transcurso de un viaje librándose de todo ello como el perro se sacude el agua al salir del baño. Se dispone a emprender alguna nueva aventura con la altivez de su escueta fortaleza, libre de pies y manos y el ojo avizor.

Este espíritu de destrucción no se observa en el hombre del segundo rayo que con todas las cosas se encariña porque le hablan de la humana solicitud y trabajo, y tienen algo del alma y la energía del hombre.

Conozco a una persona sumamente espiritual de este rayo que recorta los sobres de la carta que recibe y aprovecha el interior para notas y apuntes, no por tacañería, sino porque ama las obras humanas, aunque a él le parece que lo hace por economía y por repugnancia al despilfarro.

El hombre del tercer rayo examinará repetidamente el objeto que ya no necesita, y por fin lo guarda diciendo que quizás algún día puede servir de algo.

El hombre de voluntad no ha tenido aún su día en el departamento de la economía política; pero cuando le llegue veremos que respeta tanto al consumidor como al productor, y en rigurosos términos dice que tanta retribución o paga merece el que consume alimentos y usa otros artículos, como el que los produce y fabrica; y cuando en remotísimo futuro advenga el día de su ideal anarquía, luego que el género humano haya aprendido la lección de fraternidad, no será necesario pagar ni retribuir a nadie.

El Yo es sagrado. No es, por tanto, extraño que las gentes respeten su personalidad, el unció yo que conocen, y esta indigna y ridícula personalidad es acerbo tormento para quienes no han percibido aún muy claramente su Yo interno. No es prudente menospreciar

la personalidad, porque verdadero es el dios que está tras el ídolo, y si el ídolo hace a veces el tonto o el loco, su energía proviene del dios interno que no tardará en surgir su genuino carácter. Así vemos que la personalidad es el verdadero compañero y el mejor amigo del hombre en la tierra, aunque parezca que obre como enemigo.

La voluntad humana da un sentido real a las cosas y pone la experiencia de cada individuo como última prueba de lo real, de modo que en esta prueba descansan los pensamientos y emociones. De nada vale el testimonio ajeno si no concuerda con el propio; y si el hombre del primer rayo sigue a un instructor no se le somete pasivamente, sino que lo acepta más bien como un guía que como preceptor, y si milita en las filas de un caudillo replica que “ha de hacerlo porque él lo manda”, el repone diciendo que “por haber decidido obedecerle, se obedece a sí mismo”. Podrá no ser consciente de ello de tan clara manera como muestra el ejemplo; pero lo cierto es que su único camino es el de seguir al interno Yo.

La persona perteneciente al primer rayo conoce que la vida es para la acción; y por tanto, le impele energéticamente la necesidad de decidirse en las cuestiones prácticas. Si suspende su juicio sobre alguna materia no es por flaqueza de voluntad, sino porque ha decidido suspenderlo; pero rara vez lo suspenderá, pues preferirá exponer interinamente su criterio mientras somete el asunto a revisión. Conoce que debe mover las piezas del juego, aunque no vea claramente el resultado. Por lo tanto, puede aprender mucho más de la experiencia resultante de sus acciones que de pensar en lo que puede ocurrir si obra en determinado sentido. Algún riesgo de terquedad hay en la fijeza de sus decisiones, porque no se detiene a considerar y reconsiderar vacilantemente un asunto o una acción. Una vez que se ha decidido no volverá sobre su acuerdo a menos que deliberadamente se determine a revocarlo. Esta fijeza de resolución suele molestar a quienes con él colaboran y a veces puede ocurrir que sin él darse cuenta se empeña en que tal o cual cosa ha de ser en la práctica tal como él la decidió en su mente. Y aun también proyectará quizás su íntima y firme convicción en el reino de la naturaleza, creído de que tal o cual cosa es como a él se le figura, y no querrá ir a ver si en efecto lo es o no. Todo esto deriva de que la voluntad es su principio predominante y sin cesar gobierna sus pensamientos y emociones y las polariza hacia su prevaleciente propósito o disposición de ánimo.

Las últimas modalidades del individuo están profundamente ocultas en el Yo, por lo que cabe considerar la voluntad como el Yo atento a la sucesión de los acontecimientos. Como quiera que el destino final de todos los seres es el mismo, todos tienen el mismo anhelo en el fondo de su corazón, y únicamente por medio de esta fundamental unidad cabe lograr la completa liberación. Entretanto, así como el yogui en meditación parece una roca sentada, así podemos decir que es una columna de hierro el hombre del primer rayo. Su temporal libertad estriba en su aptitud, como la de los antiguos estoicos que no se preocupaban de lo que no dependía de ellos, porque es completamente dueño de sí mismo y por tanto de todo lo que de su voluntad depende en el mundo. Nada le importaría a un hombre así sostener él solo una opinión en contra de toda la humanidad, sin que dude un momento de que está en lo cierto y engañados los demás. Si por otra parte fuese un hombre completamente evolucionado respetaría con profunda consideración el criterio contrario, pero sin compartirlo ni renunciar al suyo. Se ha trazado una norma de conducta que puede seguir aun en medio de las más adversas circunstancias y en contra de la general costumbre, aunque se quede solo con su norma, pues nunca se asimila los matices del exterior, y por esto lo eligen los Guardianes de la Humanidad para iniciar en el mundo nuevas normas de vida.

Como quiera que por medio de la voluntad puede el hombre modificarse a sí mismo, la practica del gobierno propio y de la austeridad le son fáciles al hombre de este rayo. Se gobierna y rige con vara de hierro. Si sabe que las carnes son manjar nocivo bajo los aspectos fisiológico y moral, se abstendrá de ella sin esfuerzo, y si el cuerpo protesta diciendo que apetece de nuevo el morboso manjar y le pregunta si es verdad que se lo negará vitaliciamente, el hombre del primer rayo, responderá que en efecto es perpetua la prohibición.

Si cree que ciertos ejercicios o prácticas son beneficiosos los efectuará sin que le cohíba la inercia o repugnancia del cuerpo.

Hará todo esto sin excitarse, sin tensión nerviosa, pues no hay cosa más tranquila y apacible en este mundo que la voluntad.

Algunos se figuran que las personas altaneras, jactanciosa y dominantes tienen muy recia voluntad, pero no es así, sino que tales personas proceden de la suerte porque les parece un eficaz medio de hacerse obedecer, en vista de que también obedecerían ellos si alguien todavía más altanero y jactancioso los dominase, a lo que jamás se sometería el hombre de firme voluntad.

Repetimos que la voluntad es la cosa más tranquila del mundo, y el hombre que a sí mismo se gobierna no considera la austeridad como un fin determinado, sino como el método de vida más propio del Yo cuya pureza es sagrada no como una cualidad adquirida o una virtud conquistada, sino como esencial atributo de su existencia.

En la India vemos esta potencia de la voluntad mayormente manifiesta en sentido nacional. Hay allí muchas gentes que mientras esté satisfecho el Yo interno apenas atienden a las cosas externas; y en la vida práctica encontramos quienes son fuertes en éste, pero débiles en otros puntos de su naturaleza, y nos dicen que hemos hallado nuestro camino y debemos ser dichosos en él, mientras que ellos persisten en seguir el que les parece que es el suyo.

El primer rayo es a menudo un sendero extrañamente silencioso, hasta el extremo de que el sonido interno es voz de silencio que guía al hombre por el sendero del yoga mucho más seguramente que la clarividencia.

Entre las filosofías prácticas, la de Patanjali es la típica del primer rayo, pues su Yoga Sutras contiene enseñanzas para el hombre de voluntad. Señala la *kaivalya* o independencia por meta de los esfuerzos del discípulo, y la subyugación del cuerpo, de los sentidos y de la mente por etapas de su consecución.

Aun en su curso preliminar, cuando habla esta escuela de la necesidad de reverenciar a Dios en todas las cosas para lograr el recto conocimiento, coloca en primer término la acción de *tapas* que en genuino y amplio concepto significa el gobierno y dominio propio en todos los aspectos.

Entre los griegos y romanos, el primer rayo dio origen a la escuela estoica, y especialmente en Roma culminó este aspecto de aquella gran filosofía. El verdadero estoico sentía entonces la dignidad del Yo; y aunque hubiese de escapar de su incendiada casa y ver en ruinas la labor de toda su vida, decía que no había perdido nada porque toda la riqueza la cifraba en el Yo. Así lo comprendía por experiencia, y afirmaba que por penoso que fuera cuanto le sucediese debía servir para enaltecer su vida.

No he hablado de los defectos de este rayo porque ninguno los tiene. Puede ocurrir que el individuo perteneciente a un rayo no haya alcanzado muy alto nivel en los demás principios de su constitución; y en tal caso el hombre de voluntad se manifiesta egocéntrico, despótico, astuto, osado, violento inconsiderado e incauto en sus propósitos;

pero no se han de achacar estos defectos al vigor de la voluntad; sino a la deficiencia de las demás cualidades; y la manera subsanarla no consiste en inutilizar la facultad que ya plenamente posee ni en desdeñar las incitaciones de su esencial carácter; sino en encauzarlas con mayor acierto, de suerte que comprenda el hombre cuán mucho más copiosa podrá ser su vida y cuán mucho más dilatados sus horizontes cuando aprenda a amar y a pensar como aprendió a querer, cuando respete todo de cuanto de bello, agradable y bueno existe en el admirable mundo que para escuela nos dió Dios.

A veces observamos en los niños la voluntad en forma de obstinación. El niño quiere hacer una cosa y está a punto de hacerla cuando un indiscreto adulto se interpone diciéndole que es su deber hacerla. Entonces se le quitan las ganas al niño que se resiste en estrepitosa protesta o en silente obstinación.

Sé de un niño de seis años, cuya madre quería ponerle determinada camisa, pero se negó el niño tercamente a dejársela poner porque no le gustaba como su madre quería ponérsela. Llamaron al padre . El niño no tenía real aversión a la camisa, y hubieran bastado unas cuantas palabras de persuasivo cariño para que obedeciera; pero el padre le dió un par de cachetes, y entonces el muchacho murmuró entre dientes: “Ahora no llevaré la camisa aunque me maten”.

Los padres y parientes ignorantes tratan de vencer en la porfía a los niños tercos y reducirlos a la sumisa obediencia; pero generalmente solo consiguen convertirlos en hombres de una voluntad tan vulgar y ñoña, que ni a ellos les vale ni sirve para los demás. Tal bondad no es otra cosa que malicia, como en rigor es guerra la idea que muchas gentes tienen de la paz.

Si el niño de nuestro caso se le hubiere tratado con amor seguramente respondiera con la voluntaria obediencia, y a la voluntad se añadiera el amor, de suerte que cuando hombre hubiera tenido amor apoyado por la voluntad y sin duda llevara a cabo meritorias acciones en el mundo.

Si el hombre del primer rayo interviene en la política de su país, para lo cual no siempre tiene ocasión ni tiempo ni motivo, será excelente político, pues por haber logrado gobernarse a sí propio, acertará a gobernar a los demás. Y si por otra parte tiene vivo el sentimiento de amor al prójimo, se esforzará en que los ciudadanos conquisten la libertad que él conquistó, no imponiéndoles reglamentos, leyes y ordenanzas coaccionantes de fuera adentro, sino estimulando su voluntad para que por impulso de dentro afuera enaltezcan su conducta.

El hombre puro y bueno de cada rayo solo anhela hacer a los demás partícipe del gozo y del ideal que halló para si mismo, y si es prudente empleará todo su poder en servicio de su ideal.

CAPITULO XII

EL SEGUNDO RAYO

La característica del segundo rayo es el amor, la positiva expresión y manifestación en la conducta de aquella sabiduría que por medio de la simpatía percibe el estado de conciencia de los demás seres y lo tiene en cuenta al relacionarse con ellos.

También es un rayo de iniciativa, porque el amor es la actuante energía del alma, el *rajas* de la conciencia y todas sus actividades propenden al fomento de la fraternidad y a que sea cada vez mas completa en la vida nuestra unidad con los demás.

Los individuos no pertenecientes a este rayo, aunque sean capaces de sentir mucha simpatía por los goces y penas del prójimo y reconozcan los beneficios que allega a los hombres la cooperación, no alcanzan a comprender fácilmente que la unión no es un convenio sino un hecho, y que la fraternidad es mas que cooperación, porque en la fraternidad interviene el sentimiento y no así en la cooperación.

Cuando el sentimiento de unidad está suficientemente arraigado en el corazón de un hombre, ya no juzgará a los demás desde su peculiar punto de vista, ni considerará las ventajas que de ellos recibe, sino que por medio de un delicado sentimiento se pondrá en contacto con las ajenas conciencias, de modo que se tome tanto interés por las necesidades del prójimo como por las suyas propias.

La esfera de dicho sentimiento se va ensanchando a medida que evoluciona el hombre del segundo rayo, y llega a ser el padre o madre ideal, el ideal ciudadano, el ideal patriota, el hermano de todos los hombres de modo que ama a cuantos mira.

Así mantiene en su corazón el solvente de todas las dolencias sociales, el gran poder del amor, y no es su mínima virtud la universalidad de este amor que le mueve a respetar no solo a sus afines, que por afines le halagan, sino a los que le son diferentes en grado o en clase; mas todavía, reverencia a los que de él difieren, porque poseen alguna parte de la viva, y loabilísima luz de conciencia que él no ha logrado incorporar aun a la pequeña parte de la suya propia.

Por fortuna para él no necesita medios de solazarse y divertirse, pero es indispensable que de ellos dispongan los demás, y así toda su actividad se encamina al altruismo, y el perfecto amor desvanece a la par el temor, la codicia y casi todas las causas de antagonismo entre los hombres.

Es posible gozar de los placeres de la riqueza sin la carga de su posesión, cuando los placeres nos lo proporcionan las naturales bellezas que no consienten monopolios, o cuando nos forjamos la imagen mental de la fruición.

Un pobre solía sentarse a la puerta del palacio de un magnate e imaginativamente disfrutaba de todas sus riquezas, y al detener la vista en los escaparates de las tiendas se figuraba poseer cuanto apetecía y necesitaba.

Al regresar de viaje hechó un individuo de menos su reloj de oro, y sin apesadumbrarse por la pérdida, pensó gozosamente en que alguien lo hubiese encontrado.

Desde luego que estos son ejemplares ideales de los hombres del segundo rayo, pero indican claramente el tipo de este rayo.

Quienes genuinamente pertenecen a él sufren de grado por su amor, y al extasiarse de amor no se dan cuenta de la índole sacrificial de muchos actos de su vida.

No auxilian al prójimo sufriente con objeto de evitarse a sí mismos el sufrimiento que por simpatía les ocasiona, ni cuidan de eludir la contemplación de lástimas y miserias ni apartarlas de su vista para mejor olvidarlas. Por el contrario, están siempre dispuestos a dar el rostro al mundo con todas sus imperfecciones y mescolanzas de alegrías y tristezas, y dicen humildemente:

“Solo Dios es la absoluta Bondad. Las cosas del mundo son relativamente buenas, mejores y peores, aunque en todas podemos gozarnos, porque lo peor propende a transmutarse en mejor, y cada muestra de benevolencia, compañerismo o servicio contribuye al mejoramiento que por fin ha de conducirnos al sumo Bien.”

La doctrina de la evolución progresiva y ascendente cautiva a los individuos de este rayo y les infunde una energía que no deja su amor en mero sentimiento, sino que lo derrama en máximo raudal.

Por esto la hipótesis de la evolución atrae a los individuos del segundo rayo, porque es ley de amor manifestada en la vida y en el mundo.

Consideremos la más apropiada definición de esta ley, la que enunció hace años Herbert Spencer diciendo que consiste en el progresivo cambio de un estado de incoherente homogeneidad a otro de coherente heterogeneidad de estructura y funcionamiento.

Esto significa sencillamente que cada organismo dotado de conciencia está en marcha hacia un estado más definido e independiente con mayor decisión de carácter; pero al propio tiempo le impulsa la ley a la unidad con los demás seres, en la cual su acción se utiliza en el adelanto de algo más que su separada personalidad.

También significa la evolución que lo antes análogo y separado se transmuta en distinto pero unido; y cuando llegue el término ideal de la evolución, la ley y el orden habrán triunfado del caos y las tinieblas y todos los canales estarán perfectamente dispuestos para que por ellos fluya la alquitara vena del universal intercambio de vida en la tierra como intercambiada está en el cielo.

El individuo del segundo rayo se goza y deleita en formar parte de este progresivo flujo de conciencia; y no se quejará de que el flujo no alcance más alto nivel, sino que considerará tales como son a cuantos se le alleguen, sin vituperarlos insensata y lastimeramente, esforzándose con todas las energías de su ser en estimularlos a que adelanten algo más en su perfeccionamiento.

A este sendero de humana evolución se le llama en la India el *yoga karma*. Sé que esta información es subversiva, pero es exacta; y en cambio es errónea la vulgar idea que considera el *karma*, la acción, las obras, como elemento esencial del *yoga karma*, sin tener en cuenta que el amor convierte el *karma* en *yoga karma*.

Shri Krishna divide el sendero del amor en dos grandes ramas: el *yoga bhakti* o devoción a Dios y el *yoga karma* o devoción al hombre. Nada más claro que la siguiente instrucción a Arjuna:

“Verdaderamente, así como Janaka y otros alcanzaron la perfección obrando en vista de la unidad de todos los seres, así debes tu obrar.”

Por lo tanto, al genuino hombre del segundo rayo le es imposible rehuir el mundo de la acción diciendo que no es cosa bastante para él o desdeñando las solicitudes de servicio que por doquiera en larga y corta medida se le dirijan. Su condición es ir por todas partes haciendo el bien. Nunca dirá en absoluto esto es bueno y esto es malo de hacer, sino que todo lo hará mejor de lo que fue antes de ser bueno.

Conozco a un magistrado que preside un alto tribunal de justicia en un país cuyas leyes penales castigan todavía con pena de horca al asesino. En su vida privada, el único pensamiento de este juez y castizo indio es hacer todo el bien que puede y no perjudicar a nadie; pero de cuando en cuando le obliga su deber condenar a muerte a un asesino.

Hace algún tiempo, uno de sus amigos espirituales le dijo: “¿No es incongruente con vuestros ideales la responsabilidad de la muerte de un prójimo, aunque sea de condición inferior? ¿No debierais dimitir un cargo que tanta crueldad os exige? ¿Por qué consentís en ser agente de tan malvada ley?”

El juez reflexionó hondamente sobre el asunto, y por fin decidió que no debía dimitir el cargo, diciendo: “Si yo, aún amando a los asesinos, condeno a uno a muerte, porque me es imposible salvarlo, puede ser que mi sucesor, no amándolos como yo los amo, condene a muerte a cuatro; y si el *karma* me castiga por el hombre a quién condené, debo sufrir el castigo en gracia a los tres hombres que salvé.”

El juez no quebrantaba la ley de amor y no mataba a uno para salvar a otro, sino que cumplía la ley estrictamente y salvaba vidas humanas.

También conocí a una señora residente en una populosa ciudad donde aún eran muy primitivas las ordenanzas para la recogida de gatos y perros vagabundos. El municipio empleaba dos hombres en este servicio: uno para capturar a los animales y otro para matarlos, y a cada uno de estos hombres se les pagaba en proporción del número de gatos y perros recogidos, los cuales tenían el breve respiro de tres días entre la captura y la muerte.

La señora, que amaba tiernamente a los animales y la apenaba el pensamiento de que sufrieran, reunió a unas cuantas amigas con las que formó una asociación en la que ingresaron algunos funcionarios públicos de mucho respeto y consideración social.

Entonces solicitaron del Concejo Municipal que encargara a la recién constituida asociación de todo lo atinente a la recogida de perros y gatos vagabundos. El municipio accedió a lo solicitado y entrególes en usufructo un viejo edificio con patio anexo, nombrando directora de la institución a dicha dama, quien empleó entonces a un dependiente para que con un camión automóvil recorriera la ciudad y recogiera los perros y gatos vagabundos a los que mantenía la asociación durante tres semanas, anunciando entretanto al público donde podían hallar los que se hubiesen perdido, o adquirir los que deseasen, de modo que hasta el cabo de tres semanas no mataban a los restantes. Tal era la compasión de la señora que los mataba con su propia mano a fin de que sufrieran lo menos posible.

El individuo del segundo rayo no hace el bien por el egoísta placer de hacerlo, sino porque a la práctica del bien le mueve su amoroso corazón.

Los individuos de este rayo son los mejores maestros e instructores. Recuerdo que hará unos veinte años leí un artículo del famoso profesor de la Universidad de Oxford, Bernardo Bosanquet, en que decía que no era conveniente confiar las cátedras y escuelas a los licenciados y doctores de más brillante talento, porque les había costado muy poco aprender lo que sabían y no se hallaban en disposición de comprender el estado mental de la generación de los estudiantes; y seguramente el amor es la cualidad más necesaria no solo en la educación, para desenvolver las facultades latentes del niño, sino también la instrucción para transmitir conocimiento.

Sabido es también que en muchos casos, el médico que mayor y más vivo interés se toma por el enfermo es no solamente el más popular, sino el más afortunado.

Muchas actividades de la vida se le deparan al hombre de cada rayo en todas las etapas de la evolución. En el régimen económico de nuestros días, además de las llamadas profesiones, el individuo del segundo rayo podrá ser un comerciante ideal, proporcionando a la gente lo que verdaderamente necesitan y les convenga. Justipreciará honradamente el valor de las mercancías, poniéndoles precio con razonable beneficio y se negará a vender las cosas producidas por medios inhumanos. El comercio se considera hoy tan solo como un medio de ganar dinero, y así se dice que el negocio no tiene entrañas; pero si bien se mira se verá que el comercio honrado depara una de las favorables ocasiones de servir a la humanidad.

Algunos se figuran que la facilidad de contraer amistades superficiales es indicio de pertenecer al segundo rayo; pero no hay tal.

Conocí a un caballero, de carácter sumamente apacible, que durante su larga vida no había tenido más amigos que las personas muy allegadas a la familia. Le pregunté un día que cómo era ello, y me respondió: "No puedo jugar con la amistad. Si me hago amigo de alguien es para servirle por todos los medios, en todas sus tribulaciones y dificultades; y

como ya tengo bastante con mi mujer e hijos, y no debo comprometer lo que necesitan, me abstengo de contraer amistades.”

Este caballero es ejemplo de un gran corazón combinado con el pensamiento de tercer rayo, siempre dispuesto a sacrificar sus placeres y diversiones en bien ajeno, pero de un modo perfectamente oportuno.

Desde luego que cada rayo de por sí está exento de defectos; pero posible es que los individuos del segundo rayo adolezcan de muy graves si están a bajo nivel las cualidades de los otros rayos.

Muchos hay que sufren intensamente al pensar en los horrores subyacentes en nuestra civilización, pero nada hacen para evitarlos, porque su voluntad es floja, y en cambio se amargan la vida y conturban las ajenas con sus quejas de que casi todo el poderío y el dinero del mundo está en manos de quienes no aman al prójimo. Si empleasen la poca energía que tienen en hacer algún bien, por leve que fuese, no añadirían su propio disgusto al cúmulo de miserias ya existentes en el mundo, sino que se prepararían para el ejercicio de mayor poder en el porvenir. Es condición de este mundo de ley, que nadie tenga poder ni oportunidad que no se haya esforzado en merecer.

Análogo es el defecto de llevar el altruismo a extremos absurdos, como cuando Goldsmith tiró por la ventana toda sus ropas de cama a un pobre vagabundo que a la sazón por la calle pasaba.

No son los demás dichosos si saben que uno sufre por su culpa, y quienes no hacen lo que deben para con su conducta alegrar el ambiente ajeno, son una grave calamidad para el mundo.

Los arrebatos que pudieran llamarse de generosa indignación, también son defectos en este rayo, mientras que el hombre del primer rayo es más capaz de mantenerse ecuánime cuando la ocasión es contraria, y el del tercer rayo es más propenso al temor.

De la propia suerte es peligroso el vivo amor cuando no le acompañan otros dones naturales, porque entonces puede causar más daño que beneficio a la persona amada, sobre todo cuando son deprimentes sus efectos.

Refiérese de una señorita norteamericana que en un modesto entresuelo vivía con su madre y una hermana menor, a las que mantenía con el producto de su cotidiano trabajo en la ciudad. La señorita acabó por corresponder al amor que la profesaba un joven anheloso de casarse con ella y retirarla de su oficio para instalarse los dos en el domicilio conyugal. Pero con mucho pesar por parte de ambos, la señorita no podía separarse de su madre, ya achacosa, ni de su hermanita que necesitaba asistir a un colegio de costosa matrícula para asegurar su porvenir, pues ya cumplía diez años.

Mientras los novios estaban en este callejón sin salida, el dueño del establecimiento donde trabaja la señorita, caballero de madura edad, benevolente ánimo y sagaz observador, se enteró de lo que sucedía, y muy luego se hizo cargo de que ni a la madre ni a la hermana les aprovechaba material ni moralmente el mismo y en condescendencia con que las trataba su empleada. En consecuencia tomó brusca determinación de llamarla un día a su despacho y despedirla en el acto.

No tenía ella por entonces ni la más remota esperanza de encontrar otro acomodo, y las cosas empezaron a ponerse muy negras en el aspecto económico, porque siempre habían saldado los gastos con los ingresos. Sin embargo, no tardó en llegar el eficaz remedio, pues la madre comprendió que algo debía hacer personalmente, y se puso a trabajar en una tienda donde pronto olvidó sus achaques, que desaparecieron al punto con tan refrigerante tratamiento, y ganó muchas amigas, de modo que su vida fue desde entonces más jubilosa y

robusta, mientras que la hermanita desechó sus vanidosos sueños y en los días de fiesta ganaba algo con que sufragar parte de los gastos de colegio. Los novios se casaron y vivieron dichosos bajo la benigna sombra de la paternal amistad del mismo dueño que por su bien la despidiera. Bien está tomar en brazos a un perro cojo cuando ha de subir una escalera; pero sería insensatez y mal cariño llevarlo a cuestas por la calle.

CAPITULO XIII

EL TERCER RAYO

Tiempo atrás vi un anuncio ilustrado que representaba a un joven acompañado de una muchacha, comprando bombones de chocolate en el mostrador de una confitería. El anuncio llevaba esta letrero: “Chocolates de Johnston: Del hombre que comprende a la joven que conoce.” La joven conocía que los chocolates eran buenos: el conocimiento peculiar al quinto rayo; y el hombre comprendía lo que los bombones significaban para la joven: era la comprensión propia del tercer rayo.

El individuo perteneciente al tercer rayo es sensible a las cosas externas como el del primero lo es al Yo y el del segundo a la conciencia de los demás seres. Sin embargo, como está en la esfera de los tres primeros rayos, entre quienes buscan a Dios, al Yo o a la

felicidad en su interior, se interesa por las cosas del mundo tan solo en atención a su enlace con los estados de conciencia.

Es el filósofo que necesita entender y comprender y creer que de esta comprensión y entendimiento depende la felicidad, y que aunque el mundo derramara pródigamente todos sus bienes sobre los hombres y reinara paz fraternal entre ellos, faltaría la felicidad si el alma no comprendiera todas las cosas. El hombre del tercer rayo es activo respecto de las cosas, pero tan sólo en interés de la conciencia.

La comprensión es en suma el estado en que la mente abarca el mundo en un amplio pensamiento que satisface el alma, y el anhelo del hombre del tercer rayo no estriba principalmente en la mera adquisición del conocimiento, sino en satisfacer el hambre que de conocimiento tiene el alma.

Si aplica a los negocios de la vida externa este su poder o facultad de comprensión que le permite ver el conjunto de las cosas y comprenderlas, tendremos al hombre de talento organizador que prevé la manera de hacerlo todo eficientemente. Cuando la comprensión es hermanada con la voluntad del primer rayo tenemos el genio de la invención y de la organización.

Su poder especial es el pensamiento, y si actúa en colaboración con personas del primero y segundo rayos le prestaran su voluntad y amor al ver que comprende el modo en que se han de disponer las cosas.

Si le preguntamos a un individuo de tercer rayo lo que hará respecto de un asunto practico, como por ejemplo, encargarse de la dirección de una escuela, responderá: “Dejadme pensar en ello durante cinco minutos.” Probablemente preguntará a unos y a otros, no porque necesite que alguien piense por él, cosa que aborrece, sino porque le convienen informes en que basar firmemente su pensamiento.

Es hombre precavido, y si por si acaso tiene graves deficiencias en alguno de los demás principios, pensará tan cuidadosamente sobre la cuestión que traiga entre manos, que a veces se le escapará la ocasión de obrar antes de decidirse por el medio mejor.

El poder de este rayo da al hombre muy amplia mentalidad y le ofrece coyuntura de abrirse paso en diversas actividades de la vida; pero a causa de esta misma amplitud libre de toda coacción, y de las muchas ocasiones que se le deparan, le es difícil concentrarse en una sola actividad con suficiente vigor para lograr éxito en la vida, mientras que otros de mente estrecha lo consiguen porque su misma limitación los mueve a concentrarse en una sola actividad.

El individuo del tercer rayo maneja el poder que moldea la materia, y lo aplica a la ciencia, al arte, a la magia o a cualquier otra actividad, pues no está limitado por predilecciones que dan tan intenso poder sobre determinadas actividades en algunos otros rayos.

Cuando el individuo se concentra, emplea el poder de su voluntad en aplicar la atención a un vigoroso foco donde mantiene su pensamiento.

Cuando el individuo medita, se identifica con el objeto de meditación, atendiendo fijamente a cada una de sus partes y poniendo todo su pensamiento en el objeto.

Pero cuando contempla, interviene un tercer acto, en que por decirlo así fija su perfeccionado pensamiento, y entonces el poder del pensamiento moldea sobre la imagen mental la material y gobierna las fuerzas naturales como limaduras de hierro atraídas por el imán.

El pensamiento es el gran poder creador empleado en el principio por el *Brahma* solar. No es simplemente meditación, sino algo superior a la meditación, , la llamada *sanyama*,

que comienza por la concentración y termina por la contemplación y abre la puerta a todo éxito.

Los yoguis de cada uno de estos tres primeros rayos practicarán toda la *sanyama*; pero el individuo del primer rayo practicará más cumplidamente la parte de concentración; el del segundo la meditación; y el del tercero la contemplación.

Cabe imaginar el poderío del adepto en quien los tres primeros rayos han alcanzado el pináculo de la humana perfección.

A causa de la amplitud de su visión y de estimar las cosas tan solamente como pasto del alma hambrienta de conocimiento, el hombre del tercer rayo ve iguales todas las cosas, pero en su aspecto mejor y nunca en el peor. Es el sabio de quien dicen las Escrituras orientales que lo mismo mira el amigo que al enemigo, una pepita de oro o un pedazo de barro. Desde luego que esto no significa que el oro sea barro y carezca de valor ni que el amigo valga menos para el alma como el enemigo tal como se le suele considerar, sino que todas las cosas tienen su valor y significado para quien sabe utilizarlas, de suerte que en este sentido tan valioso es el barro como el oro y un enemigo es en realidad un amigo.

Dice Emerson:

“Para el poeta, el filósofo y el santo todas las cosas son amigas y sagradas, todos los sucesos aprovechables, todos los días santos, todos los hombres divinos, porque la vista está fija en la conducta y desdeña lo circunstancial.”

El principio subyacente en esta declaración lo expuso con mucho tino Epicteto al decir que Dios le había puesto en este mundo con el único objeto de que perfeccionara su carácter con toda clase de virtudes y que nada había en el mundo, que no pudiera aprovechar para el cumplimiento de aquel propósito.

El hombre del tercer rayo ve que las cosas llamadas comúnmente adversas se consideran tales por lo desagradables a la sensación o que agitan la mente llena de prejuicios, y ve también que todo puede redundar en beneficio del hombre cuando con rectitud de ánimo lo recibe como si viniera de la mano de Dios, el Dador de todas las cosas.

Asimismo ve el hombre del tercer rayo el significado de las cosas insignificantes y la sublimidad de lo vulgar. Para él todo es admirable y sin embargo nada es misterioso. Una brizna de hierba le hablará de lo infinito mientras otros necesitan una cordillera o un estelar universo para concebirlo. Cuando el positivista científico le dice: “No hay milagros”, él responde: “Todo es un milagro.” Y sin embargo, ambos afirman lo mismo: la unidad de la naturaleza.

Siempre tiene una razón. Y a menudo varias, de lo que hace; y puede descubrir la razón de las cosas que ocurren extrañamente a él.

Brahma es el ideal de este rayo, porque enseñó a los *rishis* todo lo concerniente a las cosas de este mundo.

La cualidad de *viveka* o discernimiento capacita al filósofo para distinguir lo importante de lo superfluo en el asunto que le ocupa. Refiérese en el Japón que al morir el gran shogún Ieyasu y sepultado el cadáver en las colinas de Nikko, su sucesor en el shogunado invitó a todos los daimíos del imperio a que cada uno enviara una lámpara de bronce o de piedra para ornamentar el jardín que rodeaba el templo sepulcral. Todos correspondieron a la invitación menos uno que era demasiado pobre; pero en vez de la lámpara que no podía ofrecer, plantó voluntariamente dos hileras de árboles a lo largo del camino para que su sombra amparase a los pasajeros. Después se vió que su ofrenda valía más que las otras, y un hombre de tercer rayo lo hubiera echado de ver desde un principio.

Esta maravillosa visión da singular adaptabilidad a la persona del hombre del tercer rayo, que lo mismo puede habitar en una choza que en un palacio y dormir en el suelo o en un colchón de plumas. Demuestra además exquisita sensibilidad en el uso de las cosas particulares y aprovecha todos los materiales a propósito para realizar su plan. Es el ajedrecista por excelencia que se sirve de las diferentes piezas según su índole convenga a determinado plan, es decir, que tiene en proyecto varios planes a la vez, por si la pieza que mueve no conviene a uno de ellos, pueda convenir a otro y sacar el mayor provecho posible de cada situación.

Como quiera que en su trato con la gente tiene la misma amplitud de visión, no le preocupan las menudencias, sino que acierta a distinguir entre lo necesario y lo superfluo, y su natural adaptabilidad se manifiesta en forma de tacto o don de gentes.

A veces el estudio y examen de las costumbres de los animales nos da a comprender bastante de lo que es la condición humana y desde hace tiempo opino que nuestro hermano menor el elefante, con quien tuve ocasión de tratar extensamente en la India, es el animal típico del tercer rayo.

Se puede ver al elefante cimbreándose graciosamente horas enteras en un concurridísimo mercado, y observando atentamente cuanto a su alrededor ocurre, pero sin mostrar el menor deseo de intervenir en ello. Dícese que al verse cazado el elefante se revuelve furiosamente como un demonio; pero cuando comprende la inutilidad de toda resistencia, tiene la suficiente filosofía para aceptar con perfecta calma la nueva situación y se acomoda dócilmente a las nuevas condiciones. Es muy valeroso ante un peligro cuya índole comprenda, pero se muestra en extremo tímido ante frivolidades si no las comprende, pues a tal punto está concentrada su vida en la comprensión. En un momento de pánico se desconcierta y enloquece, pero en circunstancias normales es muy cuidadoso y considerado y sumamente fiel y solícito en sus afectos, siempre profundos y duraderos.

El individuo perteneciente al tercer rayo progresará con mayor rapidez si disciplina su mente en la intensidad a la par que en la amplitud del pensamiento. Al efecto ha de imaginar y preconcebir claramente lo que haya de hacer en determinado tiempo. Como el experto patinador que a cada momento se yergue cual si fuese de acero, o como el pájaro bobo que sin errar uno solo pesca los peces, así podrá pensar el hombre del tercer rayo cuando haya disciplinado su mente.

Para vigorizarla y darle mayor abarque ha de ir añadiéndole idea tras idea, pero de modo que antes de añadir una esté perfecta y claramente comprendida la anterior. Así puede pensar en una brizna de hierba, después en muchas e ir añadiendo arbustos y flores a su representación mental hasta que sea capaz de forjar y mantener en su mente la imagen de un jardín con todos sus pormenores, como en un principio mantuvo la imagen de la brizna de hierba.

CAPITULO XIV

EL CUARTO RAYO

El predominio del cuarto principio caracteriza al hombre del cuarto rayo. Su cualidad es la armonía. No puede separar el mudo interno del externo. Si concibe una idea no queda satisfecho hasta ponerla en práctica, y si ha de hacer una obra en el mundo, necesita para ser dichoso que la obra exprese una idea o un ideal.

No representa entre los hombres únicamente el aspecto interno, como el gobernante, el filántropo y el filósofo; ni tan solo el aspecto externo como el cientista, el devoto y el artista, sino que manifiesta el principio de *maya*, ya descrito como especial expresión de *Shiva* que armoniza con *Vishnu* y *Brahma*.

No cabe en el mundo terrestre mayor realidad que esta armonía, y sin embargo es ilusión, porque no es la verdadera vida de *Shiva*, la verdadera *ananda* o *bienaventuranza*.

La actividad del hombre del cuarto rayo no es la de *prakriti* o material ni la de *purusha* o espiritual ni la de *sat* o existencia ni la de *chit* o conciencia sino la de lo que *Shri Krishna* llamó “Mi otra *prakriti*”, “Mi otra manifestación”, la *daivi-prakriti*, que no es meramente *maya*, sino *yoga maya*.

Corrobora esta verdad la experiencia del individuo del cuarto rayo, en cuya alma, como dice Emerson, no hay valla, ni cerca, ni línea divisoria en donde cese Dios y empiece el hombre.

En las primeras etapas de su desenvolvimiento el hombre de este rayo denotará vigorosas disposiciones de ánimo que a veces le inclinarán a los tres tipos de confianza propia (los tres primeros rayos) y otras veces a los tres tipos de devoción (los tres rayos últimos) pero nunca se apartará de su equiponderada posición en que manifiesta simultáneamente los dos aspectos de la naturaleza humana.

Esta quietud le ocasiona no poca desdicha, porque la obra que ha de hacer en el mundo necesita expresar un ideal, y los ideales que no puede expresar en acción le agotan y queman el alma.

Su conciencia está conturbada hasta que llega el dichoso estado de vida en que el aspecto interno y el externo actúan en constante armonía y las capitales leyes del progreso externo y el interno, el karma y el drama se han entrefundido en una sola.

Cuando así se entrefunden ambas leyes alcanza el hombre del cuarto rayo el punto más cercano a la verdadera felicidad que cabe disfrutar en el mundo, porque es plena y constante la interpretación de lo interno por lo externo y de lo externo por lo interno, y a veces se manifiesta fúlgidamente el espíritu de profecía.

La vida y la religión de los antiguos egipcios denota muy señaladamente la influencia de este rayo. Las cosas de aquel país eran representaciones de la vida, y las representaciones de la vida eran muy materialmente objetivas. Así ocurre, por ejemplo, con la arquitectura egipcia de mezquinas líneas y redondas y abultadas columnas, y cuya traza se ajustaba constantemente a las formas vegetales y animales sin que le sirvieran de ornamentación.

Por otra parte la escultura, pintura, y dibujo de la forma humana y otros seres vivientes fue en Egipto matemática y hierática como en parte alguna. Y todo ello no era más que el apropiado ropaje de la magia interna, verdadera vida del antiguo Egipto.

Era el egipcio un arte henchido de arrobadora belleza, pero simbólica y solo accesible a los iniciados. Y tras el símbolo descubrían los egipcios la entrañada realidad y necesitaban representar en forma material las verdades psíquicas.

Cualquiera puede notar la influencia que las formas y colores ejercen en la mente y en el ánimo. Si entramos en un aposento ornamentado con floreados dibujos influirá su vista en la naturaleza emocional; pero si el decorado es de dibujos geométricos recibiremos una impresión mental. La influencia es directa y mucho interviene en ella el simbolismo; pero como el pensamiento se fija en las formas y entre los pensamientos se atraen los semejantes, resulta que muchos símbolos entrañan gran cantidad de energía mental cuya influencia son capaces de sentir los individuos del cuarto rayo.

Del reconocimiento de estas verdades derivaron muchas variedades de arte mágica, y el mago blanco pertenece al cuarto rayo.

Notamos la influencia de este rayo en gran número de actividades humanas. Quien tenga vigorosamente desenvuelta su peculiar cualidad podrá ser eminente actor, pues con asumir la externa actitud correspondiente a una emoción, la suscitará en su ánimo. Por ejemplo, si

quiere sentir piedad o devoción, tomará la actitud y el traje de religioso, y la emoción pía y devota brotará en respuesta.

Por doquiera vemos gente de este tipo que fingen ser lo que anhelan ser, y sin embargo no hay en ello simulación ni hipocresía ni deseo de que los demás los tomen por lo que aparentan, sino sencillamente la arrogación de lo que con el tiempo será una realidad.

También pueden ser eminentes actores las personas del cuarto rayo porque cuando suscitan en su ánimo la emoción que desean manifestar les siguen fácilmente la actitud, gestos y ademanes propios de la suscita emoción.

El grácil y donoso aspecto de la cultura y expresión de belleza física (como se observa por ejemplo en las españolas) es también peculiar del cuarto rayo, porque manifiesta la libertad espiritual en el cuerpo físico. En las múltiples actividades de este rayo se encuentran todas las variedades de interpretación de lo mental por lo material y de lo material por lo mental. El mago, el actor y el artista simbólico pertenecen al cuarto rayo.

En la India, donde todo se encuentra con tal abundancia que parece ser un compendio de la raza humana. La influencia del cuarto rayo se manifiesta vigorosamente en el arte y en algunas formas culturales.

Si un occidental tiene la fortuna (lo que es muy raro) de simpatizar con una familia inda y ganar su verdadera amistad y confianza hasta el punto de que en su presencia se le muestren tal cual son sin disimulos ni modificaciones, quizás se le permita ver el interior del sagrario que existe en todo hogar indio. Hallará imágenes y pinturas de las formas de la Divinidad y a veces de santos, muy lejanas de la belleza exigida por los cánones artísticos. Pero observará, el occidental, que cuando sus amigos indios se acercan a aquellas representaciones, las reverencian profundamente y se arroban ante su belleza. Allí está la belleza; pero no en la imagen ni en la pintura, sino en la mente del que las contempla como si fueran la vívida realidad.

Algo parecido sucede en el lenguaje. La palabra “belleza” no es bella de por sí, pero al pronunciarla aparecen en la mente las visiones de la conocida belleza. Ciertamente es que el lenguaje puede ser bello independientemente de su significado, pero este aspecto corresponde al séptimo rayo, mientras que el uso del lenguaje como expresión de ideas pertenece señaladamente al cuarto rayo.

Por lo general el hombre del cuarto rayo tiene muy nutrido vocabulario.

Hemos visto que en el primero y séptimo rayos predomina la voluntad; en el segundo y el sexto el amor; y en el tercero y quinto el pensamiento. Pero como el hombre del cuarto rayo no ha seguido ninguno de dichos tres senderos, tiene usualmente entremezclados en más o menos iguales proporciones los tres atributos de la conciencia, aunque ninguno tan perfecto como si se hubiera especializado en cualquiera de ellos. Este equilibrio da a la mente la facultad llamada imaginación, en la que se entremezclan la voluntad, el amor y el pensamiento.

Si un hombre de este tipo estudia un problema, no esperará por mucho tiempo su lógica resolución, sino que sus sentimientos se derramarán sobre el problema y a menudo brotará de su mente la solución revelada por la concentración de la voluntad.

Si por el contrario, hay algo que suscite sus emociones, intervendrá lógicamente la voluntad para mostrarle la índole de la situación y el cariz de los sucesos.

En su positiva modalidad es la imaginación una mágica potencia que llena la vida humana, pues cuando el imaginativo mira las cosas ve la vida, y cuando mira la vida ve el mundo de las cosas. No puede atender aisladamente a la vida o a las cosas. Cuando la

imaginación llega a su punto culminante, el hombre es un verdadero mago que enlaza lo visible con lo invisible y lo invisible resulta de medios visibles.

Los literatos pertenecientes a este rayo muestran fertilísima imaginación al expresar sus ideas, y su pasmoso poder de analogía pone a su servicio imágenes traídas de los confines de la tierra. Los vivos relámpagos de fantasía, como los de Shakespeare y Kalidasa, brotan de la imaginación.

La virtud de esta facultad puede ser muy viva y a menudo se la observa con singular pureza en la vida infantil.

Recientemente me refirieron que dos chicuelas estaban hablando de lo que harían cuando fueran mayores. Y una de ellas dijo que tendría una casa muy linda y muchos hijos. La otra, que sin duda había sido educada en un ambiente muy poco idealista, replicó: “Pues yo seré maestra de escuela y tus hijos vendrán a ella y yo les zurraré la badana de lo lindo.” Pero la interlocutora rompió en llanto y con voz entrecortada por los sollozos, repuso: “¡Que horror! ¿Qué te han hecho mis hijos para que así los maltrates?”

No es muy frecuente hallar una tan viva imaginación en los adultos, aunque en los individuos remanentes de la raza raíz atlante está más señalada que en los de la aria. Conocí a un médico chino que me decía que su mayor placer en las horas desocupadas era repatingarse en su poltrona e imaginar que estaba en el cielo. La sensación era para él tan real como si en efecto fuese positiva.

En occidente nos dan los irlandeses una genuina manifestación de las cualidades mentales de este rayo. A menudo las entremezclan de suerte que provocan la perplejidad o la risa de quien los observa según la ocasión sea seria o frívola. Cuando uno menos lo espera discurren lógicamente, y con la misma rapidez se van de la razón a la fantasía.

En general es característica del cuarto rayo que sus actividades comiencen de una manera y propendan a terminar de otra. Si empiezan con gozo suelen acabar en melancolía, y si el principio es serio el fin puede ser jocoso. Tal es el origen de muchos chascarrillos irlandeses.

Refiérese que un caballero, yendo un día de paseo, encontró a un irlandés amigo suyo que a orillas del camino estaba excavando un hoyo. El caballero le hizo las fútiles preguntas que se suelen hacer en tales casos, y le dijo:

-¡hola, Miguel! ¿Qué haces? ¿Estas excavando un hoyo?

El interrogado respondió:

-No; excavo la tierra y dejo el hoyo.

De índole inversa es otro caso en que al contratar a un irlandés para trabajar en una edificación, le preguntaron si estaba acostumbrado a subir escaleras, y respondió:

-No señor; nunca he subido por una escalera, menos una vez cuando me caí a un pozo.

El teutón que tributa culto fetichista a las leyes y a las reglas, no es capaz de comprender la ingenua lógica del irlandés que no vive sujeto a formulas y desdeña las reglas cuando le parecen innecesarias.

Quisiera ilustrar este rayo con referencia al reino animal, aunque debo advertir que en el ejemplo que voy a citar se manifiesta el rayo en muy primitiva modalidad que muy rara vez manifiesta el hombre.

El animal a que me refiero es el mono, a quien he tenido la fortuna de observar de cerca en su propia guarida. Se le ve emprender muy formalmente una cosa y al cabo de poco saltan a otra. Cuando quietos, están melancólicamente pensativos, y en actividad se muestran juguetones, con el capricho que denotan entre ambos estados. Se regocijan cuando no están sumisos en la desesperación o acuciados por algún grave empeño. Fingen

e imitan las acciones del hombre y nada dejan completamente acabado de cuanto emprenden su veleidoso y tornadizo carácter.

No puedo resistir a la transcripción de los siguientes versos de *The Road-Long of the Bardar-log* de Kipling, quien observó genialmente el temperamento de los simios:

A la luz de la celosa luna, formamos bullicioso corro. ¿No envidiáis nuestra cabriolante pandilla? ¿No quisierais tener cuatro manos?.

En hilera nos sentamos en una rama, pensando en las bellas cosas que conocemos, soñando en las hazañas que proyectamos, para realizar en un momento algo noble, grande y bueno que podríamos lograr si quisiéramos.

Hemos oído lo que dicen el murciélago, el bruto y el ave. Piel, aleta, escama y pluma charlan en confusa jerigonza. ¡Excelente! ¡Admirable! ¡Que se repita! Ahora hablamos como los hombres.

Después nos enlazamos en brincante hilera, que a través de los pinos columbra aquella colina por donde ligera y alta trepa la vid silvestre.

Por los restos de nuestro festín y por el noble ruido que hacemos, estad seguros de que vamos a realizar grandes proezas.

CAPITULO XV

EL QUINTO RAYO

Este y los dos rayos siguientes denotan la general característica de obediencia porque su medio busca el Dios interno al Dios externo. En rigor son rayos devocionales. El primero que hemos de mencionar es aquel en que la parte pensante del hombre se consagra en incuestionable servicio a la gran mente del mundo de las ideas, al servicio de ley, y se coloca bajo la tutela de este mundo. La verdad es la ultérrima realidad cuando se ve de este modo; y aun los científicos, en su constante investigación de la verdad, examinan y analizan rigurosamente todas las cosas, nunca ponen en tela de juicio la verdad de la verdad o el hecho del hecho, sino que se inclinan ante ellos en completa y deleitosa sumisión, porque son la final realidad, y cuando se les ve el rostro es evidente para el alma su autoridad.

Para el hombre del quinto rayo la verdad del mundo es el fundamento de la realidad, y por eso la investigación del conocimiento es para él una actividad religiosa fundada esencialmente en la fe.

En otras de mis obras formulé este credo con los términos siguientes:

“Creo que el mundo es un lugar donde puede hallarse la verdad. Creo que la mente humana es un instrumento para descubrirla. Creo que cuando el hombre la descubra será beneficiosa para su vida.”

Si comparamos el estado de salvaje con el de hombre civilizado de nuestros días, advertiremos la virtualidad de este credo. Poca tranquilidad de ánimo tiene el salvaje, por la sencilla razón de que no sabe qué puede pensar sobre todas las cosas, sino que acepta gran número de ellas, por ejemplo, el trueno y el relámpago, la pena y la enfermedad, como inescrutables misterios, sin saber cuando, ni como, ni de donde le sobrevendrán, y así teme de continuo que le sobrevengan.

Pero el hombre civilizado conoce muchas cosas de este mundo y ha intensificado la potencia de sus sentidos y la fuerza de sus manos de infinidad de maneras demasiadas conocidas para mencionarlas, de cuyos beneficios disfruta a cada momento del día.

Por extraño que parezca, con todas estas conquistas a su servicio y a pesar de la admiración que a la generalidad de las gentes les causan los triunfos de la ciencia, todavía considera el hombre civilizado como un misterio algunas cosas a que no le parece aplicable en pensamiento, entre ellas la muerte.

El trazado de la línea entre lo que puede y no puede conocerse es una reminiscencia salvaje; pero los hombres del quinto rayo que contribuyen al progreso humano, desvanecerán algún día este prejuicio y someterán al dominio de la mente el conocimiento de fenómenos tales como la muerte, mucho antes del fin de la raza aria.

Es imposible calcular las divinas cumbres de conocimiento y poderío a que la ciencia ha de exaltar la vida de la humanidad terrestre en el transcurso del tiempo. Y sucederá así por virtud del método científico que examina hechos y fenómenos con sumo cuidado, los compara sin pasión ni prejuicio, y no espera de ellos preconcebidos resultados, sino que acepta sus ideas sobre ellos como conocimiento y su hipótesis como teorías únicamente después de reiterada comprobación.

Para comprender que la ciencia se apoya en la fe, recordemos las condiciones de Europa en los tiempos medievales, cuando la luz del conocimiento estaba eclipsada por la crueldad y cobardía de los hombres de aquella edad que en nombre de la religión ejercían absoluta autoridad secular. Decidieron que este mundo no era el mundo de Dios, que Dios estaba en alguna otra parte, y que si bien nos había puesto aquí como almas en probación, permitía que Su gran adversario el demonio, un enemigo del alma, la morada de la mentira, y que el conocimiento del mundo conduciría al hombre a la condenación, de suerte que la mente con la cual se proponía el hombre examinar el mundo, se consideró tan pecaminosa que no podía servir de instrumento para la indagación de la verdad en positivo beneficio del hombre.

La mayoría de la gente ignoraban entonces que el mundo es morada de la verdad; pero hubo unos cuantos que comprendían que lo era, que tenían fe en el mundo y en si mismos, y fe tan firme que los terrores de la inquisición no lograron quebrantarlos ni apagar del todo la luz de la ciencia.

Aquella selecta mayoría trazaron firme y gradualmente el camino del conocimiento y demostraron el valor de la fe del quinto rayo que moraba en ellos. Hoy día todo devoto inteligente reconoce no solo que la ciencia ha enaltecido espléndidamente la vida física del

hombre, elevándola muy por encima de la vida animal; que ha capacitado al hombre para arrostrar tranquila y pacíficamente todos los problemas de la existencia material, y ha desenvuelto la mente humana por el ejercicio hasta un espléndido grado, sino también que la ciencia ha auxiliado al devoto a conocer mucho mejor a Dios.

En toda época han considerado los hombres a Dios como el Señor del universo, pero cuando creían que la tierra era plana y que el firmamento era una bóveda sostenida por columnas y con agujeritos por donde en forma de estrellas se filtraba la luz del cielo, no podía compararse el concepto que entonces se forjaban del Señor del universo, con el dimanante de la devocional adoración de hoy día, en que los hombres piensan en las maravillas de lo magno, en los millones de mundo que revelados por la astronomía pueblan el infinito espacio; en las maravillas de lo mínimo reveladas por la Física y la Química, en los prodigios de la vida y la naturaleza revelados por la Fisiografía y la Biología, que convierten el universo en un incesante milagro y abren en él cada día nuevas perspectivas.

El carácter devocional del hombre del quinto rayo se echa de ver que adora sin reparo las leyes de la naturaleza, y cree fácilmente en la inmortalidad de la materia esencial. Nunca desea alterar ni un ápice la actuación de la mas tenue ley de la naturaleza; ni aunque con solo levantar el dedo pudiera, querría modificar por su individual iniciativa el orden de las cosas, pues perfecta le parece la disposición de este mundo en el que se ve su mejor y mas idóneo maestro.

Advierte claramente que doquiera el hombre inventa o hace una cosa, la naturaleza le obliga por medio de la experiencia a mejorarla. Por ejemplo, construye un automóvil; pero cuando lo ponga en marcha la experiencia le enseñará algo nuevo que no sabia respecto a la técnica automovilística y que sin el auxilio de la naturaleza de las cosas no hubiera aprendido. Además esta lección le servirá para acrecentar la potencia de su entendimiento.

Si los científicos filosofaran algún tanto; como no tienen por costumbre, se convencerían de que su limitada mente se adapta por completo a la mente divina representada por las leyes de la naturaleza, y que de cada vez se vigorizan con el ejercicio y se enriquecen con los conocimientos adquiridos de un ambiente tan adecuado a su índole.

Si el cientista fuese también devoto y tuviera altas aspiraciones, se convencería de que el mundo nos familiariza con la naturaleza de Dios y nos hace más semejantes a El.

Nos acerca el mundo a lo omnisciente, según el entendimiento humano, por el mundo instruido, comprende algo más de la viviente realidad a cada momento, y reconoce la verdad de que todo tiene sumo significado para el sabio aunque le parezca insignificante al necio.

Con un poco de filosofía también se convenciera de que el hombre no domina con sus conocimientos las leyes de la naturaleza, sino que con ellas se asocia, y mientras él trabaje con ellas, ellas trabajarán con él en la gran ley de cooperación reveladora de que entre los reinos de la naturaleza no hay oposición ni conflicto, sino que todos contribuyen conjuntamente al bien.

Me parece que el animal perteneciente a este rayo es el caballo, el fiel sirviente del hombre, que en el arado, en el tiro o en la silla aprende a vivir disciplinadamente, a respetar las reglas y las fórmulas, la ley y el orden, entre las inevitables dificultades de la vida material.

CAPITULO XVI

EL SEXTO RAYO

Así como en el quinto rayo predomina el pensamiento, en el sexto prevalece el sentimiento, porque pensamiento y sentimiento se aplican a las cosas. Y así como la fe del cientista le mueve a investigar las leyes d la naturaleza, la fe del hombre del sexto rayo le conduce a descubrir la Bondad subyacente en el mundo y rendirse con plena obediencia y devoción a esta bondad que para la mayoría de la gente está significada por Dios.

En toda época hubo devotos místicos cuyas oraciones no contenían ni sombra de suplica material, sino que eran un perpetuo derrame de gratitud y adoración a los pies de la suma Bondad que los atraía con impelente poderío y los bañaba de sobrehumano gozo.

Los místicos comprendían por directo sentimiento lo que otros alcanzaban por argumentación, esto es, que las experiencias de la vida no son buenas ni malas por agradables o dolorosas, sino que todas son útiles porque llegan de mano de Dios.

Dice un proverbio Indo:

“Todo cuanto recibimos es un don”. Verdaderamente Así le parece al devoto de sexto rayo.

El verdadero devoto debe descubrir en las cosas del mundo y experiencias de la vida más bondad que los otros hombres, porque está más cerca del corazón del mundo, o por lo menos vislumbra la divina bondad en el mundo y su devoción es el anhelo de acrecentar el vislumbre.

Aunque generalmente no se de cuenta, este su sendero es un muy eficaz medio de invalidar el dolor, derivado en gran parte de la desordenada imaginación del hombre, que en las primeras etapas evolutivas le mueve a comer más de lo que puede digerir, a codiciar más de lo que puede retener y a desear cosas incompatibles. Pero, al devoto el dolor físico le parece insignificante comparado con las delicias de sus visiones y el honor de su servicio. Sabe que cuanto le sobreviene es bueno aunque ignore por qué lo es. Y cabe formular su credo análogamente al del científico y decir: “Creo que el mundo es la morada de la Bondad de Dios, y que alentados los sentimientos del corazón la irán crecientemente descubriendo, de modo que cuando el hombre confíe en Dios y no le tema, quedará incalculablemente recompensada su fe aun en el mundo material.”

La sencillez de esta fe es a veces muy conmovedora, como de ellos nos dan ejemplo Las Florecitas DE San Francisco.

Conocí muy a fondo a un caballero Indo, famoso jurisconsulto en su provincia, que era señaladamente de este tipo y tenía admirable confianza en su destino. A veces llegaba tarde para tomar el tren, pero no sé qué misteriosa simpatía le enlazaba con los sucesos, que cuando llegaba tarde para tomar el tren, siempre llegaba el tren a la estación con retraso y podía tomarlo.

Tan solo una vez vi que se le escapó el tren, y entonces me dijo sonriente como no creo que nadie con tanta dulzura sonría en la tierra: ¡Oh! Todo lo que hace Dios es lo mejor que nos conviene.” Tal era su constante exclamación en todas sus no pocas tribulaciones. Sin embargo, nunca se mostraba perezoso en auxiliar al prójimo, y centenares de gentes tenían algo que agradecerle profundamente, y cuando murió parecía que la ciudad en que moraba hubiese perdido luz. En la sencillez de la devoción consiste su vigor espiritual. No se ha de reconocer a Dios en este mundo por medio de ostentosas ofrendas, sino por absoluta pureza devocional. ¿Qué dice Vishnu por labios de Krishna en el Gita?

“Acepto la ofrenda de una hoja, una flor, un fruto, de agua sola, si vehemente y con devoción me la ofrecen.”

“Lo quieras que hagas, lo quieras que comas, lo quieras que ofrezcas, lo quieras que des y cualquiera austeridad que cumplas, hazlo todo en ofrenda a Mi”

No se ha escrito jamás un relato descriptivo de esta sencilla devoción, que supere al de la aldeana de La luz del Asia que habló al señor Buda diciendo:

¡Venerable señor mío! Pequeño es mi corazón, pero una menuda lluvia que apenas humedecería la llanura, colma la corola de las azucenas. Me basta ver el brillo del sol de la vida en la gracia de mi esposo y las sonrisas de mi hijo, y que reine en nuestro hogar el eterno estío del amor. Transcurren dichosos mis días ocupados en el gobierno de mi casa. Al salir el sol, me despierto para orar a los dioses y ofrecerles granos. Podo mi planta de tulsi y distribuyo el trabajo entre mis siervas. Al mediodía apoya mi esposo la cabeza en mi regazo y se adormece con sueños felices al rumor del aleteante abanico. A la hora de comer, cuando

tranquilamente atardece, estoy a su lado y le sirvo manjares. Después, las estrellas encienden sus lamparillas de plata invitando al sueño tras las plegarias en el templo y las conversaciones con los amigos.

.....

Porque los Libros Santos enseñan que si un hombre planta árboles que den sombra a los caminantes, abre un pozo para calmar la sed de las gentes y le nace un hijo, tiene segura la felicidad más allá de la muerte. Y humildemente creo lo que dicen los libros...

También creo que la bondad ha de provenir del bien y la maldad del mal en todas las cosas y en todo lugar, porque veo que los frutos sabrosos nacen de raíces sanas y las cosas amargas de troncos ponzoñosos. Veo que la mezquindad engendra el odio y la benevolencia la amistad y la paciencia la paz durante nuestra vida. Y cuando suene la hora de nuestra muerte ¿no seremos entonces tan felices como antes?

.....

Pero en cuanto a mí, procuro hacer lo que me parece bueno, y obediente vivo a la ley, con la esperanza de que lo que ha de suceder, sucederá y será bueno.

Nuestro señor respondió:

-Tu das lecciones a los maestros. Tu sencilla enseñanza es más sabia que la ciencia.

Hinduistas y budistas dicen que la energía del mundo no se aplica a la comodidad y bienestar material de los seres que lo habitan, sino tan solo a lo que puede beneficiarlos, y hablan de la capital ley del karma que rige en todo el universo, de suerte que ningún sufrimiento le puede sobrevenir a un ser viviente que no lo merezca por haberlo infligido él anteriormente a otros. Por lo tanto, añaden que no hay motivo de temor en este mundo de Dios.

La ley kármica o la Buena Ley, se ha considerado siempre como inmenso beneficio en la religión budista, cuyos fieles la reverencian como lo mejor del mundo; y quienes la adoran y en ella hayan su dicha pueden también en muchos casos, pertenecer al sexto rayo.

En los muchos libros budistas e hinduistas que tratan de la positiva construcción del carácter y el mejoramiento del hombre por su propia cultura, se le enseña siempre al aspirante que debe someterse a Dios, en todas las cosas, y contentarse, como dice el Gita, con lo que eventualmente le sobrevenga sin esfuerzo por su parte, aceptándolo como uno de los mejores medios de perfeccionar su conducta.

El anhelo de descubrir la bondad en las cosas puede ligar también al hombre del sexto rayo con lazos de sincera gratitud al instructor o maestro que proclame la suprema bondad y demuestre en su conducta la eficacia del servicio que presta. Así se han congregado las personas de este rayo bajo el estandarte de Cristo en Occidente, de Shri Krishna en la India, y de otros instructores de diverso grado en excelencia en todo tiempo.

En el Cristianismo encontramos los tres tipos de hombres existentes en todas las religiones, a saber: 1· Los que están bajo el dominio del karma y no pertenecen definitivamente a ningún rayo, porque no son dueños de sí mismos ni de su conducta, sino que viven en continuo temor y zozobra y se refugian en la religión; 2· Los que reverencian Cristo por Su amor y servicio a la humanidad; 3· Los que aman y sirven a la humanidad en obediencia a Cristo, a quien principalmente reverencian por su gran bondad. Los del segundo grupo pertenecen al segundo rayo, pues están movidos de simpatía a cuanto les rodea; y los del tercero pertenecen al sexto rayo, primeramente como devotos y después como servidores.

La estimación de la prosperidad toma parte importantísima en la reverencia tributada al mundo sin personificarlo. Millones de gente aman con gratitud a este nuestro mundo

porque disfrutan deleitosamente de los beneficios de Lakshmi, la diosa de la prosperidad, cuya presencia admiran sin restricción ni reparo en los éxitos y riquezas de la humanidad.

Este sentimiento es hoy en día muy vigoroso en el pueblo estadounidense que ama a sus ciudades y sus feraces llanuras con ilimitada devoción, diciendo con lagrimas en los ojos: “Esta es la tierra de Dios”. Porque son un pueblo que no se avergüenza de sus sentimientos, y verdaderamente está Lakshmi allí.

Entre los animales, nuestro amigo el perro es el que mejor responde al sexto rayo. El dueño que lo acaricia y ningún daño le hace, cuya vida le parece una sucesión de milagrosos poderes, es para el perro la fuente de todo bien, el ser en quien confía y espera, por quien ha de trabajar y si es preciso morir, quien por doquiera abre las puertas del paraíso, cuyo rigor tiene mucho de benevolencia y ante quien le parece suprema y luciente dignidad humillarse si le ve disgustado. Su dueño es para el perro un dios salvador, y no tienen Cristo ni Krishna tan fieles devotos entre los hombres.

CAPITULO XVII

EL SÉPTIMO RAYO

Así como el cientista ve el divino pensamiento en todas las cosas y el devoto adora al amante corazón del mundo, así el artista responde a la hábil mano de la naturaleza, cuya belleza adora sin reservas.

Este es el tercer rayo de obediencia o devoción, porque el artista y el amante de la belleza tienen por maestro al Universo.

El verdadero artista no se considera creador de la belleza como el verdadero filosofo no se considera autor de las verdades que proclama. En este aspecto reconoce la sabiduría de los platónicos y pregunta: “¿ De donde obtiene el filosofo su verdad y el artista su belleza? ¿Brotan de la mente del genio sus invenciones y da con ello algo nuevo al mundo, o las

entresaca de la maravillosa creación en cuyo seno vive?”. Y responde a la pregunta diciendo que el arte es imitación de la naturaleza y el artista un vidente del pensamiento divino que satura el universo de bellezas y maravillas.

Recuerdo que en una exposición en la Escuela de Bellas Artes de Calcuta, algunos visitantes se detuvieron ante unos cuadros que representaban puestas de sol en los Himalayas, y los criticaron en voz alta diciendo que en ninguna puesta de sol podían verse matices como aquellos; pero los mismos criticones se admiraron algún tiempo después al contemplar una puesta de sol cuyos matices eran, según confesión propia, exactamente iguales a los de los cuadros de la exposición de Calcuta.

No los habían visto antes de entonces, y si en aquella ocasión los echaron de ver fue porque ya los habían visto pintados, y el artista les había enseñado en cierto modo a ver lo que él viera.

Las bellezas en todas las cosas conmueve al artista cuya exquisita sensibilidad, por nadie superada, puede elevarlo a alturas de conciencia inaccesibles para la vulgaridad.

Recuerdo que un artista ruso estaba convencido de que no podía haber esperanza para Europa hasta que se asimilara el arte ruso de suerte que su influencia moldeara la civilización y refundiera a las gentes.

El platónico, con su amor a la belleza, añadió devoción a su filosofía, y dióse cuenta de que la felicidad ha de dimanar de la reverente y agradecida contemplación de las obras del Ser universal en quien vivimos.

El éxtasis en la belleza ha de ser un elemento constituyente del estado de ananda o felicidad más allá de la conciencia.

De esta suerte considerado, el hábil artista colabora con Dios en la evolución del hombre. Aunque reciba el flujo de belleza en la proporción en que a su corriente se abra, como le sucede a todo ser humano, domina además sus pensamientos y emociones de modo que por su mano se vierten en la obra artística. Así se concentra en su devoción y desdeña los juicios de las gentes. Ante todo ve la belleza que los demás no pueden ver y después la reproduce separada de la confusa masa de belleza con que está entremezclada en ordinarias condiciones y así llama la atención pública.

Como quiera que el artista ve siempre a Dios en todas las cosas, nunca en su vida desiste de su propósito, y raramente cabe contemplar en las demás personas, la sostenida concentración de voluntad que con todas sus facultades pone al servicio de su obra.

Consideremos, por ejemplo, la solícita y completa devoción con que se construyeron hasta en sus menores detalles los templos y mezquitas de la India. Casi todas las ciudades y las grandes poblaciones de la India meridional están dominadas por magníficos templos con goparas cubiertas de minuciosas esculturas y tallas y rodeados de cisternas ceñidas por artísticas vallas, mientras que en el norte u centro de la India se ven por doquiera suntuosas mezquitas con minaretes y cúpulas, palacios, tumbas y templos de dimensiones menores que los del sur.

Estos magníficos edificios, hermosos por sus tamaños y proporciones, así como por sus detalles escultóricos, subsisten entre nosotros como perdurables monumentos de las primitivas épocas, cuando los hombres se extasiaban ante la belleza en demanda de la revelación, y hoy en día sirven de efficacísimo instrumento para refinar, enaltecer y ampliar la conciencia de cuantos moran cerca de ellos o los visitan y se conmueven ante su insuperable belleza; y seguramente que la singular donosura del pueblo indo deriva en gran parte de la influencia del séptimo rayo en su país.

No sabemos quienes fueron los arquitectos y escultores de dichos edificios, pero al contemplar su obra, advertimos la paciencia y perseverancia con que debieron trabajar año tras año para asegurar la perfección de cada pormenor de su obra.

Escritores de diversas nacionalidades coinciden en elogiar a aquellos desconocidos artistas por su labor y agradecerse, pues continuará siendo durante millares de años, fuente de inspiración para los amantes y devotos de la belleza en el mundo entero.

No es posible contemplar semejante belleza sin acrecentar la interna belleza que a su vez se manifestará en externas formas.

La mayoría de los verdaderos artistas son de hermoso aspecto, aunque los caricaturistas son caprichosas criaturas.

Al contemplar la belleza de una espléndida puesta de sol o la magnificencia de los ingentes Himalayas o el enorme macizo de Río de Janeiro, notamos después que nos hemos asimilado algo de su belleza y energía y nos sentimos más tranquilos y seguros que antes de la contemplación. Hemos recibido algo de la fortaleza y serenidad de Dios, que nos ha equilibrado internamente con firmeza y serenidad.

Así como la adquisición de conocimientos vigoriza la mente, así la hábil producción de obras bellas hermosea el aspecto y ademanes del artista. De esta suerte en cada sendero se acerca el hombre a Dios asemejándose a Dios, y la positiva belleza es uno de estos senderos, porque nunca puede ser superficial la belleza ni manifestada por repulsivos medios, así como el edificio del conocimiento no puede erguirse sin la verdad en cada una de sus partes.

Quienes buscan la belleza externa, aunque se conviertan al fin en escorias, son como los que se figuran que las pingües riquezas materiales dan fuerza y vigor al poder en positivas cualidades del carácter.

En el airoso galope del caballo hay habilidad de acción y belleza en el movimiento del conjunto y del más diminuto músculo. Una verdadera yoga en acción.

Lo mismo sucede con todas las acciones que siglos de evolución o rigurosa disciplina han perfeccionado, y más que nunca nos da hoy día prueba de ello el cinematógrafo.

En los movimientos cinematográficos, el filósofo y el cientista pueden descubrir la estabilidad del principio de belleza, aunque el artista no esté especialmente interesado en este aspecto del asunto. Hay equilibrio en el movimiento, tan verdaderamente estable como cualquier espléndida forma de la moderna arquitectura finlandesa.

Al contemplar la belleza de las cosas dirá el hombre: “Aunque al cielo vaya, he de llevarme conmigo estas cosas.”

Con exquisito buen sentido los autores de los Puranas cubrieron el camino por donde habían de conducir a la ciudad al herido Yama, con caballos descendidos del Uchchahshrava, y elefantes de la familia de Airavata y *ánades* en hermosos estanques y ríos y corpulentos árboles que daban deleitosa sombra.

La belleza es el reposo de la perfecta acción en sonido, color o forma, y con acierto se ha dicho que de todas las cosas del mundo solo persiste el arte.

Podemos a este propósito transcribir las hermosas frases de Sir Edwin Arnold sobre la ley de acción:

A su toque florecen los rosales; su mano modela los pétalos del loto; en el oscuro suelo y en las silenciosas semillas teje el atavió de la primavera; su pincel colora las lucientes nubes y en la cola del pavo real engarza sus esmeraldas; las estrellas son su apostadero, y el relámpago, el viento y la lluvia, sus esclavos; elabora en las tinieblas el corazón del hombre y en la oscuridad el huevo del faisán de pincelado cuello. Siempre activo, transmuta en amor la ira y la destrucción. Sus tesoros son los grises huevos en el nido del colibrí dorado; las

hexágonas celdillas de la abeja son sus redomas de miel; la hormiga recorre sus caminos y la blanca paloma los conoce muy bien.

.....
Concierta en el interminable dosel del cielo la armoniosa música de las movibles esferas; en los abismales senos de la tierra esconde el oro, el ónice, los zafiros y los lázulis.

Envuelto perpetuamente en el misterio se oculta en las verdescientes claras de los bosques y alimenta al pie de los cedros admirables retoños con nuevas flores, briznas y hierbas.

Imposible hablar de la belleza sin nombrar al Japón. Yo he viajado por todo el mundo y he vivido con gente de veinte países diversos y en ninguna parte vi la copiosa belleza que colma la vida del japonés. Los templos, jardines y tiendas de objetos artísticos son indescriptibles maravillas del mundo, y se comprende el valor que el Japón tiene para la humanidad al advertir que ya nacen artistas los japoneses.

No elaboran para los extranjeros que van a visitarlos, sino para sí mismos, sus singularísimas pinturas y objetos de arte, y en el más modesto hogar hay un sagrario de la belleza en el principal aposento de la casa, algo levantado del suelo y de muy estrecho espacio, como lugar apartado y de retiro, adornado por lo menos por un cuadro, el kakemono y una pieza de bronce, marfil o laca sobre un pequeño pedestal de ébano. —

En la primera vista a la casa parecerá que en esto del hogar; pero hay otras en el sagrario de la belleza donde la dueña de la casa las tiene guardadas y solo de cuando en cuando enseña unas cuantas a un tiempo. ¿En que otro país hallaremos esta comprensión del principio de Aun?, el más leve contacto de manos japonesas con un objeto lo embellecen, con belleza más literal que sugestiva, porque la cualidad de la séptima subraza está de tal modo perfeccionada, que casi encubre el carácter de la cuarta raza en que inmanece. ¿Qué otro pueblo se gozará en sus floridos cerezos que cultiva por las flores y no por las cerezas de variedad incomedible? ¿Y en donde encontraremos niños tratados con tanta delicadeza, a quienes se les enseña a sonreír en las dificultades y contratiempos, no para endurecerles el corazón, sino para que se acostumbren a no entristecer el jubiloso ánimo de sus compañeros?.

Seguramente que tal belleza y devoción a la belleza son gratas a los *devas*. Belleza. Belleza por doquiera, y un pueblo sumamente delicado, pero con férrea voluntad. Dichoso el Manú de semejante raza.

Singular aspecto de la expresión del principio de belleza, que actúa por medio del sentido del tacto, es el instinto de limpieza que caracteriza a los individuos de este rayo, sin llegar a la pulcritud y nitidez, pues se contrae a la eliminación de la suciedad que pueda afean la belleza de las cosas. Los japoneses manifiestan esta cualidad, pues en aras de la limpieza casi se cuecen vivos diariamente en el baño. No es fácil la excesiva limpieza personal; y sin embargo, recordamos a este respecto el proverbio japonés sobre la suerte de la minuciosa ama de casa que se empeñó en lavarle la cara a un tigre.

El ceremonial es también muy importante parte de la activa operación de este rayo, y podemos definirlo diciendo, que es la magia del rayo practicada por el hombre.

Quien viviera en compañía de un hombre de altos y santos pensamientos, se vería enaltecido por las ondas y formas mentales del pensador en el grado en que el otro respondiese a ellas.

Tal es lo que le sucede a muchos discípulos, que en presencia del Maestro comprenden ciertas verdades que no acertaban a comprender aisladamente. La influencia de toda modalidad de kriyashakti en el mundo es indudablemente real, y actúa por medio de la belleza como por cualquier otro medio, y así logra el peregrino que va a Badarinarayan la

fuerza y pureza de los Himalayas, y el peregrino a Kyoto la suave amenidad de los jardines en que se asientan los santuarios.

Más positivamente y con mayor fruto lo alcanza el peregrino reverente, porque entonces se coloca en disposición de responder a la energía mental y absorberla por medio de su cuerpo físico, sus armónicas emociones y nobles pensamientos.

Las ceremonias del culto en todo lugar y país propenden especialmente a la trasmisión de dicha influencia, y de aquí que la belleza tenga mucho significado en relación con la ceremonia, en cuanto a la forma, el movimiento, sonido, olor y sabor de los agentes ceremoniales, de suerte que sin la ceremonia no pueden muchas personas manifestar toda la devoción que son capaces.

Tan sumamente importante es el ceremonial en el séptimo rayo, que hay muchas personas en la India que cuando se les habla del sendero de la acción, enseguida piensan en las ceremonias de su religión, pues la consideran como las acciones capaces de poner al hombre en contacto con los *devas*, y creen que el servicio prestado de este modo a los seres invisibles les allega a ellos y a su ambiente de enaltecida gracia.

El ceremonial se instituyó como un instrumento para auxiliar deliberadamente al hombre, como de otros diversos modos le auxilian otras cosas en las que la mente se dirige a un ideal. Por esta razón, los excelsos guías de la humanidad añadieron a la belleza del ceremonial agradable a los *devas*, la magia y simbología del cuarto rayo.

Así vemos en el genuino ceremonial hermosas formas cuya belleza multiplican armónicos pensamientos en ellas derramados durante siglos, y también otras formas de profundamente oculta belleza que entrañan las esenciales matemáticas y la influencia de los grandes reinos de los *devas* que viven en la emoción de la belleza y se deleitan en acudir doquiera hay formas bellas.

Entre los animales denota el gato la cualidad del séptimo rayo. Es un animal de bellas formas y graciosos movimientos y actitudes.

En el caballo, el elefante, el mono y aun en el perro se denota cierta tosquedad aparte de la especial línea de su desenvolvimiento, pero no en el gato. Una señora amiga mía me refirió que un gato de la vecindad acostumbraba a meterse en su casa con al parecer deliberada intención. Se paseaba por el aposento donde se reunía la familia, y si veía que tenían calefacción se acomodaba junto al fuego, y si no se marchaba desalentado.

La afición del gato a las comodidades no es precisamente amor a la mollicie como en los hombres perezosos, sino a la satisfacción de su sensibilidad, pues es el animal que más de lleno entra en las condiciones físicas, y si se aparta de las personas y no acaricia, no es por desvío, sino porque otras cosas para él más importantes le llaman la atención.

El gato gusta de tener todas las cosas limpias y es muy aseado de sí mismo, con mayor cariño a la casa que a las personas, a quienes tan solo estima cuando le pasan la mano por el lomo o de otra suerte le acaricien; y en cambio, si el hombre lo estima no es por compañerismo sino por sus graciosas actitudes y movimientos, su fino pelaje y el servicio que presta ahuyentando a los ratones.

CAPITULO XVIII

CUADRO SINÓPTICO DE UN MAESTRO.

RAYO	CARACTERÍSTICA DEL RAYO	CARACTERÍSTICAS MÁGICAS	RELIGIÓN
1	Fohat Shechinah	_____	Brahamánica
2	Sabiduría	Yoga Raja (Mente Humana)	Budista

3	Akasha	Astrología (Magnetismo natural)	Caldea
4	Nacimiento de Horus	Yoga Hatha (desenvolvimiento físico)	Egipcia
5	Fuego	Alquimia (sustancias materiales)	Mazdeísta
6	Encarnación de la deidad	Bhatky (Devoción)	Cristiana, etc (Kábala, etc)
7	_____	Magia ceremonial	Culto de los elementales

Este cuadro sinóptico de los rayos tiene todo el valor de un documento histórico. Hace cuarenta años, el Maestro Djwal Kul se lo dio en Adyar al famoso ocultista C. W. Leadbeater diciéndole a él y a los amigos que a la sazón le acompañaban, que era todo cuanto por entonces podía revelarse al mundo acerca de los rayos.

En un principio no resultó muy inteligible el cuadro sinóptico, pero ha servido de fundamento clásico a los ulteriores informes obtenidos de cuando en cuando.

Se ha publicado en la obra **Los Maestros y el Sendero**. Cayó en mis manos por primera vez hace pocos días, después de los escritos precedentes capítulos. Sin embargo, al examinar el cuadro noté que nada hay en él que indique error alguno en la presente obra ni punto necesitado de alteración. Lo reproduzco con permiso del autor, porque me parece que mis comentarios sobre él han de interesar a los estudiantes de los rayos.

Quienes hayan leído **La Doctrina Secreta** de la señora Blavatsky, conocerán las palabras *Fohat* y *Shechinah* que juntas indican la característica del primer rayo.

Fohat por sí solo significaría el de todo punto indescriptible poder resistente en el Dios universal antes de la manifestación, el cual poder fue empleado en también de todo punto indescriptible manera cuando el inmanifestado Uno quiso multiplicarse y desdoblóse en dos y luego en tres concomitantes con ellos.

Pero *Fohat-Shechinah* significa el mismo poder manifestado como *Shakty* o causa primera de la variedad, que al descender al nivel humano es voluntad o potencia con que a sí mismo se modifica y con auxilio de la mente rige la materia según ya quedó explicado.

Es *Fohat-Shechinah* la verdadera vida de que dimana toda vida y promueve el desenvolvimiento de todo cuanto medra.

Los ocultistas que han tenido la rara fortuna de ver al Señor del Mundo, al Jefe del primer rayo de nuestro globo, asociarán a esta idea el recuerdo de la eléctrica índole de Su aura, semejante a un azul relámpago porque en nuestro planeta no hay quien lo aventaje en el activo ejercicio y gobierno de la voluntad.

El cuadro enumera la característica mágica de cada rayo. No podemos asegurar por qué el Maestro habla particularmente de la magia, pero podemos conjeturarlo.

La señora Blavatsky expuso la principal razón de que la Fraternidad de Adeptos sean tan cautos en la revelación del conocimiento acerca de los rayos, pues dice que este conocimiento confiere gran poder.

Muchos han deseado este conocimiento con objeto de saber a que rayo pertenecen y después practicar la correspondiente magia por cuyo medio recibir copiosa y fácilmente las naturales energías. Así es que al hablar de los rayos se pensaba mucho en la magia alguna al primer rayo, porque con toda probabilidad, los altivos individuos de este rayo prescindían de toda auxiliar energía y no admiten otra magia que su propia voluntad, en lo que no les falta razón, pues sienten el poder del Yo y como nadie son capaces de utilizarlo.

Quien esté directamente familiarizado con la religión hinduista o brahmánica, y especialmente con las modalidades existentes antes de instituirse el culto de Sri Krishna, habrá advertido la insistencia de esta religión sobre la doctrina que el atman o Yo humano es uno con el Yo universal, un inexpugnable centro de conciencia destinado a libertarse de todos los lazos terrenos, no por gracia ni favor externos, sino por el directo dominio de todas las partículas de su ser, y la inflexible afirmación en pensamiento y actividad que entraña la capital frase: “Yo soy Aquello”.

Si la religión hinduista no fue en sus primeros tiempos tan suave y benigna como ahora, al menos expuso lo mas claramente posible la creencia en el principio y valor de la justicia según las fundamentales doctrinas del karma y del dharma.

El valor y la voluntad del anciano magnate Bhisma son típicos de esta religión. Los demostró en su espléndida independencia, cuando amenazado por el terriblemente colérico rey Shishpala, se contuvo y replicó tranquilamente: “Has de saber que todos los reyes de la tierra son para mí como tenue paja. Aunque me matarais como a una bestia salvaje o me abrasarais en la hoguera, en este momento pongo el pié sobre vuestras cabezas, porque ante nosotros está ahora el Señor a quien adoro”.

Cabe decir de paso que los aspirantes al primer rayo no necesitan imitar este lenguaje, pues las circunstancias en que se vió Bishma eran sumamente provocadoras; y además, la imitación no es peculiar del primer rayo.

Mas tarde, cuando Bishma yace moribundo en el campo de batalla, cubierto de heridas y acribillado de flechazos, habló antes de expirar al pueblo reunido en su derredor sobre la valía de las trece formas de verdad, asegurándoles que el esfuerzo es superior al destino y la voluntad humana mayor que los acontecimientos.

Aun el mismo Shri Krishna que tanta preeminencia dio en el hinduismo al influjo del amor del segundo rayo, enumera en primer lugar las robustas virtudes de la impavidez, la pureza satvica y el perseverante anhelo de la sabiduría, entre las cualidades divinas que ha de actualizar el hombre.

La sabiduría, señalada en el cuadro como característica del segundo rayo, apenas requiere comentario; pero conviene recordar la importantísima verdad ya explicada, de que la activa expresión y esencia de toda sabiduría es el amor.

El *yoga raja* que al segundo rayo adscribe el cuadro sinóptico significa, a mi entender la espléndida y regia ciencia de unión enseñada por Shri Krishna en el Bhagavad Gita; y la frase “mente humana” usada hace cuarenta años en este respecto, no se refiere tanto al principio manásico o mente, llamada el sexto sentido en el *yoga raja*, como al verdadero centro de la ciencia humana, denominado buddhi por los teósofos.

La religión budista es seguramente el mas acabado tipo del segundo rayo. Muy a menudo, su Fundador al recorrer el valle del Ganges, representaba a los hinduístas el riesgo de soberbia subyacente en la doctrina del Yo, si alguien decía “Yo soy aquello”, pensando

en el “Yo” como generalmente piensan los hombres o sea como personalidad material o conciencia ordinaria.

Con mucha frecuencia insistía el Señor Buda en que el común de las gentes se forjaba un falso concepto de Dios, pues no existía el eterno Ser tal como los hombres se lo figuraban.

Consideremos además su enseñanza sobre la compasión y la benevolencia. Gautama el Buda “hizo al Asia benigna” y dejó tan honda huella de su amor en el mundo, que los centenares de miles de millones que han sido sus discípulos durante el transcurso de los siglos, se distinguieron siempre por su benevolencia y desinterés. Nunca apoyó su propaganda en la persecución, y sin embargo, ninguna otra religión del mundo ganó tan gran número de fieles. Verdaderamente es la religión del segundo rayo.

El cuadro señala el akasha como característica del tercer rayo. Akasha es el propósito o almacén de la mente universal, donde están todos los arquetipos, el primer plano material en que actúa el *kriya* o energía mental de nuestro Logos solar. Es la vigorosa memoria de la conciencia de nuestro globo; el medio por el cual la conciencia llena el espacio. Del akasha dimanaban por diferencia todos los fenómenos de la vida objetiva.

Opino que la astrología con este rayo relacionada no se refiere al sistema de símbolo y especulativas correspondencias denominado hoy astrología, sino a la positiva ciencia del influjo de los Espíritus planetarios que presiden los rayos.

El hombre del tercer rayo, una vez aprendida su magia, sabrá todo lo referente a las características de los siete distintos tipos de cada grado y clase de energía y materia, de suerte que el número sería para el experto en este rayo como un vasto tablero de ajedrez en que podría ver la posición y valor de cada pieza y aprovecharlas para sus fines y propósitos.

Todas las fuerzas de la naturaleza se recopilan en una gran ciencia matemática y tienen unas con otras afinidades que bien pueden llamarse magnetismo. La religión caldea, con su complicada astrología práctica, con su Libro de los Números, su enlace del árbol del conocimiento con el árbol de la vida y su gran reverencia con el dios lunar, parece que perteneció a este rayo.

Muy extraño resulta que el cuadro señale el nacimiento de Horus por característica del cuarto rayo; pero todo se explica al recordar lo expuesto en el Capítulo VIII sobre *maya*, considerado como encarnación de Shiva para proporcionar un lazo de unión entre Vishnu y Brahma, o sea, armonizar las relaciones entre la conciencia y la materia.

Cuando Osiris fue desposeído de su reino, mucho sufrió el pueblo bajo la cruel tiranía de su opresor, pero Osiris renació en su propio hijo Horus quien vino a vengar las injurias y restaurar la felicidad.

En la religión egipcia el ceremonial de duelo por la muerte de Osiris, causaba verdadero dolor, y era símbolo de las vivas ansias de felicidad o *ananda* que experimenta el hombre atado a la vida terrena.

Set, el matador de Osiris, símbolo de los rebeldes elementos de la naturaleza y de las tinieblas de la noche, quedó vencido por Horus que restableció la armonía y fue por último el dios de los justos premios y castigos. Además, Horus era el símbolo del Hombre en el intermedio estado en que se encuentra el supremo espíritu y la ínfima materia y después de batallar se armonizan.

Como este punto es interesantísimo, trataré de explicarlo en relación con los siete principios del hombre. Al cuarto principio se le suele llamar Antahkarana, que literalmente significa causa, instrumento o agente interno. En planos superiores (en cierto sentido) están

atma, buddhi y manas, los tres primeros principios, y debajo los otros tres principios que en la constitución del hombre representan el quinto, sexto y séptimo.

Las denominaciones de estos tres últimos principios son muy confusas, pues cada autor les ha dado diversos nombres. Por mi parte adoptaré los mas convenientes a este estudio. Lo que comúnmente se llama mente inferior es *kama-manas*, o sea el *manas* entremezclado con el deseo, el *manas* interesado en las cosas materiales. Por lo general se ha empleado la palabra *manas* en sentido por demás restringido, como si solo significara el grosero deseo sensual, cuando en rigor significa todo linaje de deseos. Y el deseo es el aspecto externo del amor, el amor a las cosas de los tres mundos, mientras que el genuino amor es el amor de verdadera vida o amor de lo divino y pertenece al Yo íntimo y superior.

Lo que comúnmente se denomina principio astral es sencillamente *kama*, y cuando está ya formado un definido cuerpo astral se llama *kamarrupa*. El séptimo principio está en el doble etéreo llamado también *linga-sharira* o cuerpo sutil.

El cuerpo físico no contiene ningún principio humano. Es tan solo una parte del mundo objetivo. Ni siquiera es la mano del hombre, sino el instrumento manejado por el principio residente en el doble etéreo. El cuerpo denso solo sirve para entrañar los órganos por cuyo medio funciona el hombre en el plano físico.

En las tabulaciones de los siete principios, unos autores incluyen el Antahkarana y otros el cuerpo denso, pero ninguno los incluye a entrambos.

Transcribiremos tres de estas tabulaciones como sigue:

1. Atma	1. Atma	1. Atma	
2. Buddi	2. Buddi	2. Buddi	
3. Manas	3. Manas	3. Manas	
4. Cuerpo físico	4. Antahkarana	4. Mónada	
5. Manas inferior	5. Kama-manas	5. Kama-manas	(Kama-manas)
6. Astral	6. Kama-rupa	6. Kama-rupa	(Kama-rupa)
7. Etéreo	7. Linga-sharira	7. Linga-sharira	(Linga-sharira)

Como muy luego veremos, la primera tabulación enumera propiamente los siete principios del hombre ordinario; la segunda expone los del ocultista que no ha logrado la perfección; y la tercera da los del adepto en el momento de entrar en el adeptado. El cuarto principio que ahora estamos considerando actúa por medio del cuerpo físico en el primer caso, por el Antahkarana en el segundo y por la Mónada en el tercero.

Ahora bien, hay una admirable relación entre la *mónada*, el *antahkarana* y el cuerpo físico; pero como esto es algo difícil de comprender, lo explicaremos gradualmente.

El *atma-buddhi-manas* es la individualidad o ser divino del hombre, el que verdaderamente evoluciona. El cuerpo causal o *manas* superior evoluciona con mayor ímpetu en el sendero probatorio; el búdico en la primera mitad del sendero del discipulado (entre las primeras y quinta iniciaciones). Por lo tanto, en estos planos está la primera actuación del ser divino del hombre; pero necesita algo para especializar sus funciones, como la mota de polvo en la niebla o la migajita de cieno en la perla. Como mucho más tarde ha de llegar a ser un Logos, debe aprender a ver un mundo desde su mundo interno, es

decir, el mundo que ha de construir el ambiente externo en donde ejercitar la percepción. De aquí la necesidad de sumirse o incorporarse a la materia.

Por lo tanto, el ser divino del hombre no puede entrar todo de una vez en la materia. Sino tan solo punto por punto. Este punto es el *antahkarana* que enlaza el ser divino o individualidad con determinada personalidad. Así vemos que en el hombre inferior o personalidad *el antahkarana* es un sustituto del Yo superior.

En determinada encarnación, el Yo superior no intentará manifestarse ni mostrar el desenvolvimiento adquirido en vidas anteriores. La vida que entonces pasa tiene algún especial propósito, y la personalidad habrá de contentarse con no evolucionar, sino dar la lección que entonces dar debe, pues pertenece al presente y no a la eternidad, y así es que debe entregarse por completo al Yo superior sin otra esperanza de beneficio para sí misma que su recompensa en el devacán. Si así no se porta será el antagonista del Yo superior cuyo propósito frustrará.

Todo esto simbolizaba la leyenda egipcia de Osiris, el Yo superior es Osiris que tiene que efectuar su labor en los planos superiores. No puede descender a pelear contra Tifón o Set, pero envía a su hijo Horus con este propósito. Horus es el *antahkarana*, y el *antahkarana* es lo único divino que hay en la personalidad, una menor reencarnación de su propio padre. Así se explica la frase: “nacimiento de Horus”.

Consideremos ahora la distinción entre la personalidad y la serie de cuerpos. Horus ha de ser el gobernante de la personalidad, es decir, ha de establecer en la tierra un reino que represente a su padre. Para ello los cuerpos atraerán diversas clases de materia con grados de vibración y formas y hábitos congruentes con una personalidad superior. Así fue Horus la divina personalidad del hombre, en completa armonía con los tres principios superiores, y estableció en la tierra un reino como el establecido en el cielo, quedando constituida la divina Tetractys, llamado también el sagrado “Cuatro” y asimismo Tetragrammaton por los pitagóricos.

Pero hay que tener en cuenta el karma de las acciones cometidas por medio del cuerpo físico denso en pasadas existencias. Este karma interviene para dar forma al cuerpo, aún antes de nacer, mediante la herencia y otros agentes externos.

Desde el instante del nacimiento, las cosas del mundo objetivo, lo que llamamos el ambiente, influyen sin cesar en el cuerpo y propenden a formar otra personalidad. Tifón desea gobernar. Si gana la batalla en toda la línea en una encarnación, tendremos el desdichado fenómeno del establecimiento de la personalidad egoísta.

Sin embargo, no es inútil la derrota. Si el Yo superior no es capaz de dominarse en medio de las experiencias a que el pasado karma le somete, será tan solo indicio de que todavía se halla en estado de tuición y no de intuición. Ha de aprender por experiencia, a veces amarguísima. Pero todas las experiencias que el karma allega aprovechan para la evolución del alma, y aunque sobrevengan disfrazadas de enemigo son nuestro mejor amigo.

Por lo tanto, en rigor no es Tifón un enemigo sino otro sustituto, el sustituto del *antahkarana* que le proporciona una ordenada y continua disciplina al Yo superior como medio de proseguir su evolución. Este sustituto es el representante de los Señores del Karma.

Ahora llegamos al punto vital del asunto. Dije que el *antahkarana* es un sustituto del Yo superior, del Ser divino, y no es así rigurosamente, aunque era necesario decirlo para penetrar una más profunda verdad.

El Yo superior es el sujeto de la experiencia, el único que experimenta; lo material es el objeto de la experimentación. Lo divino y lo material no pueden enlazarse porque ambos son desgloses de un gran todo.

Recordemos la historia de la columna de Luz. *Vishnu* (el segundo Logos, lo divino) y *Brahma* el tercer Logos (lo material) no pueden conciliarse hasta que *Shiva* (el primer Logos) se manifiesta y les demuestra que es muy superior a entrambos. Entonces los dos se le someten devotamente y empiezan a actuar conjuntamente en obediencia a El. Sin embargo, *Shiva* no permanece con ellos, sino que después de haberlos armonizado les promete que volverían a verle cuando hubiesen terminado su obra. Subsistió la armonía como medio de conexión entre el sujeto y el objeto, el conocedor y lo conocido, entre lo divino y lo material. Esta armonía es *maya*; es nuestra vida es sustituto de la verdadera y real.

Por lo tanto, en el ser humano, el Antahkarana es el representante de *maya* y lo mismo es el cuerpo físico que de pulcro o punto de apoyo le sirva al *karma*.

Y puesto que la *mónada* es el Primer Logos en el hombre, el Yo superior el segundo Logos (con tres facultades) y el Yo inferior es el Tercer Logos (con tres cualidades) tendremos que el antahkarana representa al Primer Logos (la *mónada*) hasta que se completa el enlace, conexión o armonía entre el Tercero y Segundo Logos, entre *Brahma* y *Vishnu*, entre la materia y la conciencia, entre lo material y lo divino. Realizada esta armonía ya no es necesario el *antahkarana* porque el hombre ha terminado su carrera humana y vuelve de nuevo ante la presencia de la *mónada*, de su Señor.

El *Yoga hatha* de la India se basa sobre las teorías de las correspondencias y en la creencia de que así como la mente influye en el cuerpo, también el cuerpo influye en la mente. Quienes practican la *yoga hatha* disciplinan rigurosamente el cuerpo, pero no por medio de austeridades dañosas ni mortificaciones, excepto algunos ignorantes que a tan abusivo extremo llegan, sino manteniéndolo en perfecta condición de salud y resistencia fisiológica, y actuando sobre el doble etéreo por medio de sistemas de respiración; todo ello con objeto de obtener facultades psíquicas o *siddhis* y ser capaces de profunda y sostenida concentración.

La magia egipcia tomaba en cuenta no solo el cuerpo físico, sino muchas otras cosas, y se valían de la simbología y de la correspondencia para producir efectos en los mundos interno y externo.

Todos los objetos materiales del mundo externo tuvieron para los egipcios significados y efectos internos, pues enlazaban estrechísimamente en su pensamiento y en su conducta los mundos interno y externo.

Vemos señalado el fuego por características del quinto rayo y la alquimia por su magia, lo que claramente indica la índole científica de este rayo en el que la mas escrupulosa verdad y pureza son requisitos del éxito.

Agni, o el fuego en todas sus modalidades, toma parte muy principal en todas las operaciones del hombre referentes a la química, física y demás ramas de la ciencia aplicada. Está relacionado el fuego con la mente concreta del hombre, y también interesantísima circunstancia de que la ciencia depende casi por completo del sentido de la vida y por lo tanto de la acción de la luz, una de las modalidades de *Agni*.

Por ejemplo, si necesitamos conocer la naturaleza del calor en un cuerpo, el cientista no lo tocará con los dedos para averiguar por la sensación el grado de calor, sino que se valdrá de un termómetro que lo indique visiblemente. Como todos sabemos, el *mazdeísmo* es la religión del fuego y la pureza.

La característica del sexto rayo es la “encarnación de la deidad” y la devoción o *bhakti* es su magia. Esto concuerda exactamente con nuestro esquema, porque el devoto de este rayo considera a Dios como la suma Bondad en el mundo objetivo y no como la abstracta Deidad que conciben los individuos de otros rayos. El cristianismo ha sido siempre en su mayor parte una religión de este tipo, no olvidadiza de las riquezas y prosperidad en la tierra y en la vida futura.

Por alguna razón que desconocemos no señaló el Maestro la característica del séptimo rayo, acaso, porque, si hubiese señalado la belleza, pudiera inadvertirse su profundamente asentado carácter. Todas las referencias de las relaciones del hombre con la gran evolución *dévida* demuestran cuan amantes son los devas de todo lo bello en la naturaleza y en el arte, en forma, color, sonido y cualquier otra modalidad. Especialmente se ha observado que son aficionadísimos a los fragantes y delicados olores, aromas y perfumes.

No es extraño que en semejantes circunstancias el ceremonial sea la magia del séptimo rayo, y los magníficos colores, armoniosos sonidos y rítmicos movimientos que casi siempre acompañan al ceremonial, pueden mejorar el ambiente psíquico de la humanidad y poner a los devas en mas estrecho contacto con nosotros.

La sensible percepción de la existencia de seres invisibles en la naturaleza conduce también a las primitivas formas del ceremonial que ponen en relación a los hombres con los devas y los espíritus de la naturaleza.

TERCERA PARTE

UTILIDAD Y PELIGRO

DEL CONOCIMIENTO DE LOS RAYOS.

CAPITULO XIX

EL RAYO INDIVIDUAL

El conocimiento de los rayos solo conviene a quienes tienen un ideal, una estrella centelleante en Oriente, que con tan irresistible fascinación los atrae que no pueden menos de hacer el camino hacia el ideal del sendero de su vida.

Los que todavía viven para la momentánea satisfacción del cuerpo, de los sentidos y de la mente, aun son esclavos de *maya* y tienen la mudable dicha de los animales.

Únicamente quien tiene un constante ideal está en camino de la verdadera vida, de ananda o felicidad; y aun entonces, si ha de recorrer rápidamente el sendero, no solo necesita la guiadora estrella de su ideal que ante él brille en lo alto de la oscuridad de la noche, sino también una lámpara de virtud para sus pies y una fuerza que ponga en movimiento sus miembros. Mas todavía, para hollar velozmente el sendero debe determinar

la estrella que ha de seguir, y que virtud o fuerza han de ser las tuyas, es decir, ha de conocer su rayo.

Esto solo es posible cuando su conducta está dirigida desde el interior.

Días atrás observaba yo a dos ajedrecistas. Uno estaba inclinado sobre el tablero con ansiosa mirada y arrugado ceño, y al mover las piezas le temblaban los dedos. El otro estaba echado hacia atrás, estudiando serenamente el tablero y movía las piezas con natural y graciosa soltura. Quien anhele hollar el sendero de la felicidad ha de comprender que la vida es semejante al juego de ajedrez, y está en el punto de coincidencia de dos mundos.

Llamaré “mi mundo” al lugar en donde me encuentre con el mundo exterior. No es mi mundo todo este mundo exterior, sino tan solo una parte de él donde está en marcha mi juego, donde las cosas me tocan y conmueven por medio de los sentidos y yo influyo en ellas por medio del pensamiento. Muchas cosas hay en el tiempo y el espacio con las que no me pondré en contacto en el transcurso del presente juego, y otras muchas cosas hay fuera de mi alcance; pero seguramente hay alguna esfera o región que es “mi mundo”, grande o pequeño, según la amplitud con que he venido al mundo y tomándolo en mis manos, interviniendo en el juego de la vida por medio de los sentidos de la percepción.

Útiles son todas las piezas del ajedrez del mundo: rey, reina, alfiles, torres y peones, es decir, la familia, la riqueza, la fama, los amigos, los negocios y aun el cuerpo con sus cualidades de salud, fuerza y vigor, con su cerebro y sentido y sus hábitos físicos, emocionales y mentales.

El juego prosigue para cual en su mundo, en el punto de encuentro del interno Yo con el mundo exterior.

Al principio la posición nos parece segura, pero al hacer un movimiento para acrecentar nuestros poderes o disfrutarlos quedamos expuestos al ataque.

Porque cada movimiento del individuo provoca otro en respuesta en el mundo donde la reacción es inseparable de la acción. Se suceden alternativamente las buenas y malas posiciones; caen peones y caballos, pero cae el jugador y aprende a conocer el valor de las piezas, por el uso que de ellas hace, y tranquilamente se las deja arrebatar cuando su sacrificio le proporciona posición mas ventajosa. Caen los alfiles, las torres y la reina; pero el jugador no cae. Ni tampoco cae aunque pierda el rey que es su cuerpo en el ajedrez de la vida, y no ha de afligirse por ello, pues si jugó bien, tendrá mas fortaleza en un nuevo juego.

Los sucesos de la vida nunca afectan al verdadero ser, sino solamente a nuestro pequeño mundo. Si nos inclinamos ansiosamente sobre el tablero, sin prudencia ni discernimiento, parecerá que la pérdida de torres y peones lastima al verdadero ser; pero en realidad nada de ello le ha afectado, sino tan solo a su mundo, pues todo cuanto sucede es favorable para la serena y activa alma. Que cada cual se siente apoyado en el respaldo y verá como es así.

Yo considero cinco etapas en la evolución del alma, y por doquiera se ve a los hombres colocados en las siguientes posiciones, en los peldaños de la escala evolutiva.

1ª Etapa	Reclinado hacia atrás
2ª Etapa	Erguidamente sentado
3ª Etapa	Encorvado hacia delante
4ª Etapa	Erguidamente sentado
5ª Etapa	Reclinado hacia atrás.

La primera etapa es la del hombre primitivo y aun dormido, civilizado o salvaje, apático y perezoso, que solo se mueve por los duros golpes del destino.

La segunda etapa es la del que ha aprendido que en el mundo hay cosas muy agradables y ansiosamente las apetece con extremos de codicia.

En la tercera etapa todavía le avasalla el deseo, pero ya sabe que el mundo está lleno de peligros y compensaciones; que lo rigen definidas y peculiares leyes, y anhela timonear con seguridad la débil nave de su existencia por entre el oleaje del tormentoso océano de la vida física.

En la cuarta etapa, el hombre todavía está metido en el juego, pero juega con dignidad aunque le afectan hondamente las ganancias y las pérdidas.

En la quinta etapa, juega con el convencimiento de su inmortalidad, pues sabe que sin cesar va progresando y no puede menos de ganar la partida final de un juego mayor, del que es mínima y contingente parte el que está empeñado.

Ya no experimenta ansiedad ni descontento ni aflicción. Se han desvanecido para él igualmente la esperanza y el temor, y no se deja arrastrar por los sucesos y las circunstancias hasta el extremo de que su adversario mueva las piezas como le plazca.

Sucedá lo que quiera no pierde jamás la calma. Juega reclinado sobre sí mismo, como si dijéramos, y sus fuerzas de reserva son como las que entraña el salto del tigre. Así como otros hombres han distinguido en su esfera de experiencia dos partes: “Yo y el mundo”, el distingue tres elementos o sectores en su campo de actuación: “yo, mi mundo y el mundo”.

Ya no ha de temer nada del mundo, sino tan solo de sí mismo, y su único cuidado es vigilar el empleo de sus facultades y no dejarlas nunca en ociosidad.

Llegado el hombre en cierta medida a esta etapa cabe preguntar: ¿cómo conocerá a que rayo pertenece? Es imposible dar reglas para averiguarlo; pero cada cual puede hacerse varias preguntas que estimularán su intuición. Puede tener viva afición a la ciencia, al arte o la filantropía, aunque acaso sean fases pasajeras o interés estimulado por el ambiente. Ante todo se ha de preguntar el individuo de qué modo el estudio de la magna ciencia teosófica le libró de las limitaciones que lo aprisionaban. ¿Le pareció que le abría un interminable sendero de victoria para el triunfante progreso de la anhelosa alma? ¿Parecióle que apartaba los obstáculos que se oponían al universal explaye del jubiloso corazón? ¿Desvaneció la confusión de la mente que ansiaba conocerlo todo de una vez? ¿Le demostró que aun en las mas tenebrosas circunstancias de la vida hay un propósito espiritual y que en la perfección habrá lugar para las cosas ahora imperfectas? ¿Le prometió tiempo y oportunidad para perfeccionar el conocimiento o el ilimitado contacto con cuanto cabe concebir de mas glorioso o la certeza de consumada habilidad en un arte en el que las energías de toda una vida no fueron suficientes para dominar?. Reflexione cada cual detenidamente sobre estas cosas, sin deseo de que su rayo sea éste o aquél, y la intuición hablará.

También puede preguntarse retrospectivamente como influyó en los demás. Esto podrá servirle de información, pues nadie puede darle lo que no tiene sino que da de lo que tiene. ¿Logró fortalecerlos con su contacto y acrecentar su capacidad para arrastrar las vicisitudes de la vida? ¿Los despertó a un conocimiento y sensibilidad superiores a los de la vida personal que se compenetra con el mundo?.

¿ Los guió para que comprendieran internamente el misterio de la existencia? ¿Logró todo esto sin deliberada intención por su parte y tan solo por su influencia individual?. Además, ¿qué lecciones aprendió de la experiencia adquirida en el mundo?

Movido el individuo por las claras y definidas lecciones de la experiencia quizás al obrar le haya acudido a la memoria su pasado; pero si el mundo le puso generosamente las cosas para que las escogiera y las considerara, acaso invirtió el procedimiento.

Sobre todo ¿cuál es su mas íntimo y profundo anhelo? . Que deseche o prescinda de todos sus deseos y se pregunte que es lo que realmente anhela, y no acepte ninguna respuesta superficial sino que analice por que la da, y cual es el profundo anhelo que aun queda subsistente. La preferencia o repugnancia o pasajero capricho por alguno de los rayos, le falseará la visión de la verdad. Ha de estar dispuesto a aceptar lo que la intuición le manifieste y nunca esperar que su respuesta sea ésta o la otra.

Además puede el individuo ceñir el campo de investigación considerando las tres facultades de la mente, para ver cual es la que mas influye en sus resoluciones y excita mayormente la actividad de las otras. ¿Anhela conocimiento y poderío por el amor que le mueve a servir a Dios y auxiliar al prójimo? ¿Desea la compañía de los demás y las oportunidades de la vida para mejor comprensión y entendimiento? ¿O es acaso el vigor del Yo que anheloso de vivir plenamente se arroja a las contiendas de la vida?

Que el individuo tome por piedra de toque sus fracasos. Hay tres leyes espirituales que ningún hombre entero debe desobedecer: ha de ejercitar despiertamente sus facultades, ha de ser sincero consigo mismo y con los demás y ha de estar henchido de amor.

Si aspira lo superior no tiene excusa ni justificación que sacrifique uno de estos tres principios a favor de alguien en los conflictos del deber en la vida practica, aunque de seguro lo sacrificará alguna vez, pero siempre menos según el tiempo pase. ¿Qué sacrificó en el pasado? ¿Fue insincero para ser bondadoso? ¿Ocasionó dolor por ser fiel a la verdad? ¿Flaqueó en la verdad o en el amor al hacer algo que consideraba de vital importancia para el éxito?. El principio que mantuvo con mayor firmeza puede indicar el rayo a que pertenece.

Sin embargo, todas estas cosas son de inseguro auxilio porque del interior ha de brotar el conocimiento del rayo.

También es necesario en este esfuerzo por discernir el rayo no establecer comparaciones con los demás individuos. Puede suceder que uno sea de comprensión mucho mas débil que otro a quien conozca; y sin embargo, que la comprensión sea el rasgo mas señalado de su carácter, porque los otros principios sean todavía mas débiles.

Asimismo puede suceder que el rayo de un individuo sea el del amor; y no obstante, que tenga mas firme voluntad que otro individuo perteneciente al primer rayo.

La cuestión no está en compararse con otra persona, sino en conocer que principio gobierna las fuerzas del alma.

El hombre perfecto en el mas débil de estos principios es tan fuerte como el todavía imperfecto hombre en el mas vigoroso de los suyos, porque ha realizado en todos ellos cuanto le es posible realizar a un ser viviente en forma humana.

Cuando el hombre haya escogido su guiadora estrella, no le faltará la lámpara que alumbre sus pasos por la enmarañada maleza de la vida, ni las fuerzas que le impulsen en su camino.

Rayo	Estrella	Lámpara	Fuerza
1	Liberación	Valor	Voluntad
2	Unidad	Amor	Amor
3	Comprensión	Verdad	Pensamiento

4	Armonía	Valor	Imaginación
5	Verdad	Verdad	Pensamiento
6	Bondad	Amor	Amor
7	Belleza	Valor	Voluntad

La solución es a veces mucho mas complicada por la presencia en el carácter de otro vigoroso principio. Sin embargo, cada rayo tiene siete subdivisiones y cada una de éstas otras siete, aunque no trataremos de ellas, porque la característica del principio dominante prevalece en cada subdivisión así como todos los matices de un color son de este mismo color .

Pero puede suceder que el segundo principio del carácter de un individuo actúe autonómicamente y en determinadas circunstancias iguales en intensidad al prevaleciente.

Se han expuesto diversos conceptos del subrayo; pero aquí lo definimos diciendo que es el principio que sigue en vigor al predominante.

CAPITULO XX

PROGRESO SIN PELIGRO

En la presente etapa de evolución, el objeto de nuestra vida es el desenvolvimiento de la conciencia o mejor dicho del poder consciente hasta la humana profesión y para ello es sumamente útil el conocimiento del rayo, pues cuando el hombre sabe a que rayo pertenece, descubre su mas formidable poder y al ejercerlo adelantará muy rápidamente con felices o desastrosos resultados según lo ejerza.

A causa principalmente de la incalculable gravedad del peligro que entraña y el conocimiento acerca de los rayos se ha mantenido en reserva hasta que los dispuestos a recibirlo han aprendido lo bastante acerca de la naturaleza de la vida humana y de la positiva fraternidad.

Si un hombre se enamora de un ideal y con él se identifica de modo que siempre en su interior el poder propende a ir ciegamente en pos de él, sin tener en cuenta la flaqueza de su carácter, por lo que en tal caso es casi seguro que fracase en sus esfuerzos y adelantos.

Pondremos un par de ejemplos que lo demuestren. Si el hombre busca la verdad en el rayo científico, y el amor o la devoción escasean en su carácter, no tardará en inmolar vidas animales y aun humanas en su afán de investigación.

Por otra parte, si un individuo es intensamente filántropo, pero flaco de entendimiento, puede incurrir sin querer en los mas tremendos desatinos llevado de su celo por el bienestar de la humanidad, y si tiene poder y ocasión para ello, es capaz de provocar sangrientas revoluciones.

La gran utilidad del conocimiento de los rayos consiste en que le permite al individuo hallar y sentir su cualidad dominante, y después de hallada y sentida, emplearla enteramente en el desenvolvimiento de las cualidades relativamente deficientes.

Quienes hayan leído mi tratado sobre la *Construcción del Carácter* recordarán que todo intenso vicio humano indica una deficiencia de carácter acompañada de cierta fortaleza.

Un carácter débil en todos sus aspectos no es capaz de hacer gran cosa, y a los de tal carácter se le suele llamar buenos, aunque sea difícil decir para qué son buenos.

Por lo tanto, si el hombre reconoce algún punto flaco en su carácter ha de emplearlo en reforzar sus vigorosas cualidades; y así por ejemplo, si tiene recia voluntad y escasos sentimientos humanitarios, ha de valerse de su voluntad para favorecer y auxiliar al prójimo hasta que su humanismo alcance un alto nivel.

En este caso y en todos los análogos, el individuo gana mucho y nada pierde, porque fortalece su voluntad en tanto grado como si la empleara en egoístas propósitos, pero al propio tiempo fomenta el amor.

Desde luego que es difícil alterar los habituales motivos, pero quien cree en la reencarnación y se convence de que la finalidad de la vida es la construcción del carácter, no tardará en desechar los fútiles motivos, y sabrá que al obrar cuanto mejor le sea posible se pone en mas amplia y benéfica relación con el prójimo.

En el sendero que conduce a la perfecta conciencia no necesita el hombre esforzarse en el logro simultaneo de las cualidades correspondientes a los siete rayos; pero si debe perfeccionarse en tres de ellos, en los tres primeros cuyas respectivas cualidades son la voluntad, el amor y el pensamiento. Si es un buen filósofo no ha de preocuparse en ser cientista, o si tiene afición al arte del séptimo rayo, no ha de empeñarse en la obra del primero.

Sin embargo, quien tenga por principio predominante el del cuarto rayo, puede considerar que sus deficiencias están en el segundo o en el sexto, o en el tercero o quinto, mas bien que en el primero o séptimo, porque hay estrecha afinidad entre los rayos primero, cuarto y séptimo, como lo hay entre el segundo y sexto y entre el tercero y quinto.

Con todo, siempre conviene que una al menos de las tres escogidas líneas de autoeducación esté en el grupo de los tres primeros rayos y que otra corresponda al grupo de los tres últimos, pues así resultará el carácter mas equilibrado y evitará que el aspirante se aparte demasiado del mundo o se sumerja hondamente en él.

He llamado subrayo a la cualidad o principio que en vigor sigue al predominante en el carácter individual.

Si esta segunda cualidad pertenece al mismo grupo que la predominante, como por ejemplo, si ésta es la del segundo rayo o la del quinto y aquella pertenece al tercero o al séptimo, resultará desequilibrado carácter. En tal caso convendrá que el individuo escoja

como tercera cualidad que actualizar una del otro grupo y emplear en su actualización todo el poder de su rayo.

Al escoger las tres normas disciplinarias del carácter, nadie ha de violentar sus predilecciones. Primeramente ha de escoger la cualidad de su rayo; después la del subrayo, o sea, la que siga en vigor e intensidad a la del rayo; y por fin una tercera, la que mejor le parezca entre las remanentes, luego de aplicada la regla que hemos descrito.

Ya no ha de temer entonces progresar tan rápidamente como pueda, sobre todo si ve en la tercera cualidad elegida el punto flaco de su carácter para cuyo fortalecimiento ha emplear su mas vigorosa cualidad.

La rapidez del adelanto requiere también la comprensión de las dos capitales leyes que lo favorecen. Así como en el mundo experimental hay dos principios fundamentales: el activo representado por *Vishnu* y el pasivo simbolizado por *Brahma*, así hay también dos leyes capitales: la del *karma* y la del *dharma* respectivamente, que actúan en pro del desenvolvimiento de la conciencia.

Suele considerarse la ley del karma como el castigo inflingido a quienes dañaron al prójimo, pero esta explicación no define su verdadera índole. En realidad es un plan armónico que enseña al hombre por coacción externa lo que no quiso aprender por espontáneo impulso de su conciencia. Es el medio de que se vale de la naturaleza para insistir en que el hombre cumpla las responsabilidades contraídas en proporción al desenvolvimiento de sus facultades.

Volvamos al símil del ajedrez. Uno de los jugadores ha movido algunas piezas que le han colocado en determinada posición, y aunque el juego no marche a su gusto o le entren ganas de abandonar la partida, no puede en consideración a su adversario, dejar de hacer otra jugada.

Así nadie ha de permanecer pasivo en el juego de la vida, sino que bajo la consiguiente penalidad ha de proseguirlo, porque el mundo castiga la ociosidad, el egoísmo y la insensatez, y por muy inocente que sea un hombre nadie le salvará de un atropello de automóvil si persiste en cruzar con los ojos cerrados una avenida de mucho tránsito.

La ley kármica nos relaciona con el mundo material y es exactamente la misma que nos quema la mano cuando la ponemos en el fuego y no empleamos nuestra inteligencia en indagar de mas discreta manera la naturaleza del fuego.

Por lo tanto, no es posible la pasividad en el juego de la vida.

Todo el que aspire a hollar el sendero de perfección ha de atender a lo que particularmente le pone el mundo delante y creer que entraña una lección a él destinada y necesaria para su adelanto.

Puede el hombre desenvolver de buen grado en la vida sus cualidades o potencias de voluntad, amor y pensamiento, ejerciéndolas activa, inegoista y sensatamente; o con dolor y aflicción, si necesario fuese, le obligará la experiencia de la vida a desenvolverlas por coacción de la ley.

Así dice acertadamente Emerson:

“Cada día llega una nave; y cada nave trae un mensaje favorable para quienes no sienten temor al mirar en lontananza el mar, seguros de que el mensaje traído por la nave es el que desean escuchar”.

También es parte de esta ley que el hombre reciba el daño o beneficio que hizo a los demás, pero ésto tampoco es castigo, sino pura educación. El hombre que intencionalmente daña a otros da pruebas de ser insensible al bienestar y sentimientos del perjudicado, por lo que necesita experiencias que le aviven los buenos sentimientos; pero si dañó por

ignorancia o estupidez, también necesita experiencias que le enseñen a tener en lo sucesivo mayor cuenta de su conducta. Pocos hay que se arrepientan de su insensatez sin las lecciones de la experiencia.

Dijo Wolsey: “ Si yo hubiese servido Dios con la mitad del cielo con que he servido a mi rey no me hubiese entregado a mi edad inerte en manos de mis enemigos”. La lección que la experiencia dio al famoso cardenal es típica del punto que consideramos, pues no solo sufrió los vejámenes que había inflingido a otros, sino que al sufríros tuvo un vislumbre de sabiduría, una visión de cómo conviene portarse en la vida.

No fue bochornoso para él que no lo viese hasta que la experiencia le golpeó duramente, porque tal es el medio de que se vale la vida para aleccionar al hombre. En verdad que el objeto de la encarnación del Yo no es disfrutar de las ya adquiridas facultades sino vigorizar las deficientes; y la ley kármica no cesa de proporcionar las externas condiciones mas a propósito para la equiponderación del carácter.

Cuando la ley del *karma* nos impide hacer lo que deseamos por saberlo hacer pronto y bien, no es un enemigo , sino un amigo que nos señala lo que todavía hemos de aprender mientras hollamos el recto sendero de perfección.

Así es que para adelantar el hombre tan rápidamente como le sea posible, no solo ha de aceptar el juego tal como lo encuentra en el tablero y disponerse a jugar hasta el fin de la partida con las piezas que tenga y en la situación en que se hallen, sino que debe jugar de buen grado y alegre corazón sin desear que el juego de otra persona fuese el suyo. Dice el *Gita*: **“Cada cual logra la perfección mediante el cumplimiento de su propio karma”**.

La ley de *dharma* rige la evolución de la conciencia y en rigor no existe otra evolución, pues las formas de la naturaleza se construyen de conformidad con la evolución de la conciencia.

El *dharma* de un hombre es su situación en la escala de la evolución de la conciencia, y la principal característica de esta ley es que el amor, la voluntad y el pensamiento se han de acrecentar por el ejercicio y no de otra manera.

Por lo tanto, prudente será quien ejercite sus facultades por insignificantes que sean en vez de mantenerlas ociosas porque no puede medirlas con las de otros a quienes admira. No le perfeccionará la espera, sino el esfuerzo en realizar una obra que superior a sus facultades le parezca.

Dice el *Bhagavad Gita*:

“Mas vale cumplir el propio deber, aunque sin mérito, que el deber ajeno con toda perfección”.

Una de las características de la ley del *karma* que nos relaciona con el mundo exterior, es que cuando el hombre se dedica a la actividad peculiar de un rayo, desenvuelve y actualiza al propio tiempo la cualidad distintiva del rayo que esté en correspondencia con el suyo, según la analogía entre ellos ya mencionada.

Quien se dedica a la belleza artística en cualquiera de sus modalidades, desenvuelve al propio tiempo la voluntad y dominio peculiares del primer rayo. Quien siga el sendero de devoción, como por ejemplo el que conduce a Cristo, entrará en los siempre dilatados campos de la fraternidad humana. Quien investigue la verdad científica llegará a tener también algo de filósofo. Quien trabaje diestramente con firme voluntad, acabará por sentir y amar la belleza, pues la habilidad en la acción produce siempre obras bellas porque es causa de belleza. Quien experimente el sentimiento de fraternidad humana, empezará por estimar en lo que vale el compañerismo, y acabará por venerar devotamente a quienes le

sean superiores, como hermanos mayores en la gran familia humana. Y el filósofo que trate de comprender las relaciones entre el hombre y el mundo, entrará algún día en los dominios de la ciencia.

También rige la misma ley en el progreso de las naciones. Nuestra presente subraza propende a la filosofía y a todo cuanto desenvuelve la mente superior; y en los Estados Unidos, donde las gentes tributan culto a la abundancia y la prosperidad y admiran todo lo grandioso, se echa de ver que la mente de la sexta subraza está dando pruebas de un sentimiento de fraternidad como tal vez en ningún otro país del mundo.

Cuando la fraternidad haya asentado su imperio en todavía la lejana madurez de la sexta subraza, como en la quinta ha conseguido la ciencia ruidosos triunfos y penetrado hasta en los mas leves pormenores de la vida, cabe predecir que todo cuanto el hombre haya de hacer en la séptima subraza será embellecer todos los aspectos de la vida y con ello acrecentará poderosamente su voluntad y gozará de la libertad que posibilite la culta e ilustrada anarquía, imposible de establecer hasta que con indisputada soberanía prevalezca la fraternidad.

CAPITULO XXI

ETAPAS DEL CONOCIMIENTO DE SÌ MISMO

Dice Emerson:

“De cerca nos toca aquella antigua fábula de la esfinge que sentada junto al camino proponía enigmas a los viandantes y devoraba a quien no los resolvía. Porque ¿qué es nuestra vida sino una interminable bandada de alados sucesos?. En copiosa variedad sobrevienen y proponen enigmas a la mente humana. Los incapaces de resolver acertadamente a las enigmáticas preguntas de los sucesos, se esclavizan a ellos. Los sucesos los abruman, los tiranizan y hacen de ellos hombres rutinarios, los llamados *sensatos* en quienes la servil sumisión a los hechos extinguió hasta la última chispa de aquella lucha por la que el hombre es verdadero hombre.

Pero si el hombre es fiel a sus mejores sentimientos e instintos y no se rinde a las circunstancias, como si perteneciera a una raza superior, y se mantiene firme por el conocimiento de sí mismo entonces los hechos y sucesos sobrevienen adecuadamente en su propio lugar, reconocen al hombre por su dueño y le glorifican.”

Esto indica, según antes dije, que el hombre pertenece a la conciencia, y si positivamente así lo comprende nada ha de temer y todo le resultará en bien.

Sin embargo, conviene saber que parte de lo que el hombre toma comúnmente por su verdadero ser, es en realidad una porción del mundo exterior.

Analicemos este punto por el examen del hombre.

En primer lugar vemos que posee varios cuerpos materiales, éstos son, el físico y sus compañeros pertenecientes a planos mas sutiles.

Este conjunto de cuerpos proporciona a la conciencia un limitado instrumento y al encarnar en ellos efectúa un definido acto de concentración.

Según expliqué en mi conferencia sobre *La Psicología personal y la mente subconsciente*, el cuerpo es literalmente una cámara oscura que nos recluye del mundo exterior, y no nos lo muestra como generalmente se supone. Sin embargo, los órganos de los sentidos mitigan algún tanto la oscuridad de la cámara, pues dejan entrar un poco de luz que proyecta en la pantalla de la mente claras imágenes del mundo exterior. La visión pertenece a la conciencia, no a la cámara oscura, pero solo puede ver la parte del mundo exterior iluminada por los rayos de luz que penetran en la cámara, aunque es capaz de concentrar enérgicamente la atención en un rayo de luz.

La concentración da una vaga y muy indefinida impresión del mundo, y es como una embrionariamente subconsciente, pero con claros y brillantes puntos en ellas, resultantes de las vívidas experiencias obtenidas por medio de la cámara del cuerpo.

Natural consecuencia de ello es que el hombre se relaciona con una cosa tras otra y no evoluciona en el cuerpo ni tampoco el cuerpo evoluciona, sino que pasa por una serie de cambios como las estaciones del año y está siempre ganando y perdiendo, en asimilación y desasimilación.

No hemos de figurarnos que el niño y el viejo sean imperfectos, y perfecto el hombre en la virilidad.

El niño y el viejo tienen su peculiar perfección de que carece el hombre maduro. Sucede lo que con el estudiante que durante el día aprende unas cuantas lecciones de diversas materias en diferentes aulas y de distintos catedráticos. Al día siguiente escolar asistirá de nuevo a las mismas aulas y aprenderá algo mas de lo que el día anterior aprendiera, porque en el reino del conocimiento “al que tiene le será dado” y el poder de la mente se acrecienta día en día. Así también en futuras encarnaciones, cuando cada cual pase por las estaciones de su vida, le será mas fácil el paso y se habrá enaltecido su conciencia.

Según prosiga este enaltecimiento, se irán agudizando con mas dilatado campo de percepción los órganos de los sentidos, y la conciencia será capaz, según se fortalezca, de tener mas amplia visión de las cosas, hasta que llegada al pináculo de la perfección perciba todo el mundo exterior y vea sin ojos y oiga sin oídos, dispuesta a entrar en el trascendente estado de la conciencia de Vishnu.

Pero hasta que llegue este día, el hombre encarnado ha de reconciliarse consigo mismo, pues como personalidad en el cuerpo no puede progresar ni acercarse a la perfección. Mientras aprende ahora una cosa en aula y fija su atención en ella, queda en gran parte oscurecido lo que poco antes aprendiera en otra aula. Ha de ir viviendo hora tras hora, haciendo todo lo posible para aprovechar el tiempo. Encarnó con el propósito de adquirir

algo nuevo, y a la adquisición dedica sus sentidos, emociones y pensamientos, y la porción de su ser en esta labor empeñada se le representa claramente como una entidad distinta a todas.

Analicemos ahora la personalidad. No es la serie de cuerpos, sino algo que fue creciendo en ellos. Aunque el niño siente, piensa y aun quiere por medio de su cuerpo, carece en un principio de personalidad, que poco a poco se va formando según pasan los años y crece el cuerpo. Hasta definirse por completo.

El cuerpo físico habrá recibido determinada educación y contraído ciertos hábitos acompañado de otros emocionales y mentales inherentes en los cuerpos astral y mental. Todo ello constituye una distinta personalidad que reaccionará con peculiar idiosincrasia sobre el mundo exterior. No es el verdadero hombre, y en vez de designarla con el pronombre yo, debiera aplicársele el pronombre “ello”.

La personalidad es o debiera ser un instrumento, algo hermoso, bueno, fuerte, puro, definido y útil para los menesteres de la vida, de modo que por su medio pudiera obtener el verdadero hombre positivas y valiosas experiencias. Sin embargo, debe ser la personalidad un instrumento que le sirva al hombre para pensar, amar y querer, y no solo para responder a las impresiones del mundo externo, sino también a los estímulos del hombre interno.

Pongamos por ejemplo que si un individuo que sepa escribir o jugar al tenis con la mano derecha, aprendiera a escribir o jugar también con la izquierda, le allegaría positivo beneficio el resultado, no solo en el orden manual ambidestreza, sino también en el orden moral y en lo referente a su perfeccionamiento, porque mientras aprendía a usar de su mano izquierda, practicaba la concentración, prescindiendo de unas cosas mientras trabajaba en otras.

Tal es el modo de actuar durante la vida terrena. El verdadero hombre es el diestro; pero la personalidad no puede emplear el tiempo en el disfrute u ostentación de lo ya ganado, sino que debe servir de instrumento para dotar de una nueva facultad o poder al hombre interno. En tales circunstancias, todo linaje de ambición personal (*sankalpa* en sánscrito) amenaza menoscabar la eficacia de la personalidad en el servicio del verdadero ser humano.

Si la personalidad vive realizando constantemente la obra del verdadero hombre sin otra aspiración que sus ideales, se identifica con el verdadero hombre; pero si se figura que es algo de por sí misma y que puede ser algo más, está sentenciada a la aflicción. No debe codiciar nada ni siquiera conocimiento.

En Bolivia, las mujeres indígenas y mestizas denotan su posición social y su riqueza llevando a la vez tantas camisas como pueden; pero esta ostentación no las favorece ni agrada a quien las mira. Lo mismo le sucede a la personalidad que se empeña en ser una enciclopedia ambulante.

La personalidad no necesita mayor conocimiento que el indispensablemente apropiado a la índole de la obra que ha de llevar a cabo en el mundo; y cuando uno ve personalidades que asumen conocimientos superfluos, recuerda las superpuestas camisas de las mujeres indígenas bolivianas.

La sencilla naturalidad de un bello animal, de un perro, un gato o un caballo, en su propio pelaje, sin collares ni cintajos, ni arreos, ha de ser el ideal de la personalidad, sin ornamentos superfluos que podrán ser útiles y hermosos en otro lugar.

El tercer elemento de nuestro análisis es la personalidad egoísta. Si la conciencia del hombre se ha sumergido en esta personalidad creyéndose identificada con ella, con exclusión de toda otra cosa, entonces la personalidad usurpa el trono del Yo superior, y no hay otro interés que la prolongación de la vida terrena para satisfacer sus físicas,

emocionales y mentales comodidades y ambiciones. En tal caso, el hombre de ideales, el verdadero hombre queda inane durante toda aquella encarnación. Buena es la personalidad, pero la personalidad egoísta o egoísmo es la mayor maldición.

El cuarto elemento de nuestro análisis es el hombre consciente, cuyo verdadero interés en la vida estriba en las actividades de uno de los rayos y en la consecución de uno de los ideales. Su vida será fructífera en el grado en que refrene el egoísmo personal, pero que mantenga robusta personalidad. Cada cual puede comprobarlo por sí mismo. Mientras tributa culto a su ideal todo le sale en bien, pero cuando cede al egoísmo personal todo le sale mal. Se ha de preguntar el individuo en qué pensamientos ocupa su mente, y más todavía ha de recapacitar sobre lo que hace su mente cuando no piensa. La rigurosa disciplina y purificación de la conducta lo capacitarán para establecer en la personalidad tales hábitos de emoción y pensamiento, que más bien se inclinará a lo interno que a lo externo y se interesará en los ideales y no en los objetos de deseo.

Al hombre consciente le cuadran los pronombres “yo”, “tu”, “él”, pero no el neutro “ello” porque no es una cosa material y objetiva, sino una vida consciente. Aquí se encuentra el fruto de los trabajos de la personalidad. Aquí se encuentra alguien que evoluciona y permanece siempre el mismo a pesar de los cambios. Una cosa material no puede cambiar y sin embargo ser la misma después del cambio a causa de su limitación de espacio, pero el Yo consciente permanece siempre el mismo entre el incesante cambio de pensamientos, emociones y deseos, y amplía cada vez más su visión del mundo material.

Pero tampoco la conciencia es el verdadero ser del hombre ni aun en la hora del triunfo, cuando ha trascendido la necesidad de encarnar en forma humana. La personalidad y el cuerpo son partes del mundo material. El Yo es una parte del mundo consciente, de la infinita e ilimitada conciencia universal. Aquí se encuentra la cosecha de cuanto se sembró en el campo de la personalidad. Cada nuevo logro va ampliando y enalteciendo la conciencia de modo que sea cada vez una parte mayor de la conciencia universal. La conciencia individual es una parte de *Vishnu*, como la personalidad es una parte de *Brahma*.

Sin embargo, ni aun así llegamos al fin por mucha que sea la expansión de la conciencia individual. Puede abarcar todo los siete rayos como resultado de las experiencias adquiridas en el mundo de *Brahma*, en tanto que por este mundo, se extienda la inmanencia de *Vishnu* como resultado de la benévola intervención de *Maya*.

Pero en el segundo rayo es posible explayar todavía más la conciencia y ser parte del trascendente aspecto de *Vishnu*. Y aun más adelante se puede llegar al primer rayo en la voluntad de *Vishnu* en donde se identifica con *Shiva*. Aquí está el umbral del genuino *nirvana*, en donde el hombre se sobrepone a la conciencia, como mucho tiempo antes se sobrepuso a la materia y entonces ya no hay “tu”, ni “él”, sino tan solo el único Yo.

Dijo Buda:

“Si algunos enseñan que el *nirvana* es la aniquilación del Yo, decidles que mienten. Si algunos enseñan que el *nirvana* es vida separada, decidles que se engañan; porque ignoran la verdad, no ven la luz que brilla por encima de sus rotas lámparas y no saben que la felicidad está fuera de la existencia y del tiempo.”

**TABLA DE LOS PRINCIPALES
TÉRMINOS SÁNSCRITOS USADOS EN
ESTA OBRA.**

Ananda.-	Felicidad, la verdadera vida.
Ananta.-	El tiempo sin fin; la base de la conciencia.
Atma.-	El <i>ichcha</i> en el hombre.
Bhakti.-	Devoción.
Brahma.-	El tercer miembro de la divina Trinidad. El mundo material.
Brahman.-	Dios, que incluye la vida real, la conciencia y el mundo material.
Buddhi.-	El <i>jnana</i> en el hombre.
Chit.-	Conciencia.

Deva.-	Un ser divino de cualquier categoría. Vishnu es el <i>deva</i> supremo, la matriz de todos ellos.
Dharma.-	La posición de un alma en la escala de la evolución; la ley de su desenvolvimiento.
Ichchha.-	La voluntad consciente.
Jnana.-	La sabiduría consciente cuya actividad es el amor.
Karma.-	Acción intencionada. La ley de causa y efecto, de acción y reacción.
Kriya.-	La actividad consciente cuya forma positiva es el pensamiento.
Kriyashakti.-	Poder del pensamiento.
Lakshmi.-	La diosa de la prosperidad, esposa de <i>Vishnu</i> . Relacionada con el sexto rayo.
Manas.-	El <i>Kriya</i> en el hombre.
Maya.-	La vida de relación entre <i>Chit</i> y <i>Sat</i> .
Rajas.-	La energía material.
Sannyasi.-	El que deliberadamente renuncia a <i>Maya</i> .
Sat.-	Existencia; la característica del mundo material.
Sattva.-	Armonía; el mundo de los arquetipos materiales.
Shiva.-	El primer miembro de la Trinidad; la verdadera vida.
Shri Krishna.-	Encarnación de <i>Vishnu</i> .
Swayambhu.-	Dios. El ser existente por sí mismo.
Tamas.-	La materia del mundo objetivo.
Vijnana.-	Conocimiento.
Vishnu.-	El segundo miembro de la Trinidad. El mundo de la conciencia.
Yoga.-	La unión con Dios; los medios de lograrla.